ALFAGUARA

Julio Llamazares

Vagalume

Narrativa Hispánica

VAGALUME

El esperado regreso de Julio Llamazares a la novela tras distintas formas de mirar el agua.

'Tras cada ventana iluminada hay un alma semejante a nuestra alma, un náufrago del sueño y un superviviente del día que se termina o que va a empezar que está esperando que alguien le hable para responder'. Un escritor recibe la noticia de la muerte del que fue su maestro como periodista y con el que, a pesar de no verse apenas ya, mantenía una amistad inquebrantable. Después del funeral, alguien le hace llegar de manera anónima un ejemplar de una novela que publicó el fallecido cuando era joven, una novela que prohibió la censura y que todos creían desaparecida. Ese hecho, junto con una serie de revelaciones posteriores, llevará de nuevo al protagonista a la ciudad donde inició su carrera como periodista para intentar descifrar el misterio que se cierne sobre la figura de su maestro y amigo.

Vagalume es una novela de suspense que habla de esa vida secreta que todos tenemos, pero también una reflexión sobre la necesidad de escribir, que se sobrepone a todo. Un homenaje, en definitiva, a todas esas personas que, desde la imaginación, como luciérnagas en la noche, crean vidas mientras los demás dormimos.

©2023, Llamazares, Julio
©2023, Alfaguara
Colección: Narrativa Hispánica
ISBN: 9788420461847
Generado con: QualityEbook v0.87

Julio Llamazares

Vagalume

ALFAGUARA

Para Julio

Entre la pena y la nada elijo la pena.
WILLIAM FAULKNER,
Las palmeras salvajes

1

La despedida

—A PARTIR de una edad todos somos ya supervivientes.

La frase de Carracedo resonó en mi cabeza durante horas, primero por las calles solitarias y húmedas de la ciudad, recién regadas por los camiones de la limpieza, y más tarde en el hotel, aquel edificio nuevo alzado lejos del centro junto a otros también nuevos en el que dormí esa noche. Yo, que había sido el rey de la ciudad, ahora un forastero en ella.

A la mañana siguiente, no obstante, me había olvidado de Carracedo. La ciudad, despejada y recién despierta, enmarcada por un cielo azul topacio, bullía con su actividad habitual a esa hora (las furgonetas de reparto, el tráfico de los primeros coches, los cláxones de los autobuses) y la figura de Carracedo apoyado en la barra del bar de copas en el que terminamos la noche después de cenar en Casa Mundo, un clásico de nuestros tiempos, haciendo cuenta de los desaparecidos se había evaporado como el alcohol. Mientras desayunaba en el restaurante del hotel, en la última planta del edificio, con el periódico abierto sobre la mesa (el mismo periódico en el que comencé a escribir, tan cambiado ahora de aspecto), contemplé la ciudad abajo, una geometría cubista reverberante bajo el sol de julio. Parecía como si la ciudad entera fuera un reflejo de la que fue y que tanto me costaba reconocer.

Hacía mucho que no la visitaba. Puede que nueve o diez años, quizá más. El tiempo pasa tan rápido que a veces uno se equivoca en la cuenta más de lo que desearía. Y aquella mañana era una de ésas, emocionado como seguía tras despedir al hombre que fue mi maestro en el periodismo. Su inconfundible figura recta, su mirada distraída e

inteligente al mismo tiempo, su gesto escéptico y elegante no habían variado con la edad, por lo menos hasta que dejé de verlo, y así quería recordarlo. A pesar de los años de alejamiento, Manolo Castro siguió siendo para mí una referencia y el apoyo silencioso que sabía que tenía en la ciudad a la que permaneció fiel hasta su muerte y de la que yo me fui muy joven, animado principalmente por él: Vete de aquí, no te quedes. Aquí nunca llegarás a nada.

Como la frase de Carracedo en el bar de copas en el que terminamos la noche, sólo que más lejana en el tiempo, el recuerdo de la de Manolo Castro me trasladó a la época en la que todos éramos jóvenes, incluido él. Por un momento —el periódico abierto sobre la mesa, la taza de café a medio tomar, los camareros y los clientes del hotel yendo y viniendo de un sitio a otro— llegué a pensar que la vida se había parado en aquellos años y que todo lo sucedido hasta esa mañana era un sueño, una película de la televisión, que me había dejado encendida, como siempre que duermo en un hotel, para no sentirme solo.

Pisar la calle de nuevo me hizo olvidar ese pensamiento. El choque entre mi memoria y lo que veía alrededor de mí me hacía sentirme fuera de un mundo que me era familiar, pero al que ya no pertenecía. Y eso que algunas personas se quedaban mirándome al pasar como si me reconocieran. Puede que alguno lo hiciera, pero ya no sabría ponerme nombre. Treinta años después de dejar la ciudad atrás, mi rostro se había desdibujado de la memoria de sus vecinos, excepto de quienes me trataron más, como Carracedo. Era el único que quedaba trabajando en el periódico, el único testigo de una época en la que un grupo de jóvenes periodistas coincidimos en aquella redacción que para nosotros era una continuación de la vida y de una ciudad que se nos rendía, pues estábamos llenos de juventud. ¡Cuántas noches no cerramos el último bar abierto y cuántas no hicimos lo mismo con el periódico después de volver de fiesta!

Yo había llegado desde Madrid, donde estudié la carrera, a trabajar en aquel diario por recomendación de un pariente mío que tenía amistad con el dueño, un empresario local que lo utilizaba para sus intereses. Entre ellos no estaba la cultura, que fue la sección a la que el director me envió, como hacía con todos los nuevos. Cultura es una buena sección para empezar, me dijo, porque la lee muy poca gente. Manolo Castro era el responsable de ella, quizá porque tampoco le interesaba al director del periódico lo que escribía o, al contrario, por temor a lo que pudiera escribir. Aún eran tiempos de cierta dificultad periodística en una ciudad tan conservadora como era aquélla.

Pronto me hice amigo de él. Pese a la diferencia de edad (Manolo me sacaba quince años), desde el primer momento simpatizamos, en parte por nuestra forma de ser y en parte por nuestra común afición a la literatura. Aunque él ya no escribía, se comentaba en la redacción que había ganado algún premio literario cuando era joven, incluso publicado una novela que nadie llegó a leer porque la prohibió la censura. Verdad o no (él ni confirmaba ni desmentía aquellos rumores), lo cierto es que escribía muy bien y que tenía una gran cultura que se manifestaba en cualquier artículo que firmara. Nada que ver con los otros redactores del periódico, auténticos forzados del estilo casi todos, comenzando por el director.

Casado desde muy joven, Manolo tenía dos hijas (María y Sara, que ayer lloraban con desconsuelo en el funeral; María ya tiene la edad de él en aquella época), por lo que nunca salía con nosotros, los periodistas más jóvenes, pese a que se lo propusiéramos a menudo. Aunque era nuestro jefe, no lo veíamos como un superior sino como un compañero con más experiencia, un maestro a pesar de su humildad. Sobre todo los que, como era mi caso, trabajábamos a sus órdenes. Manolo Castro fue mi maestro y mi guía en aquellos años en los que el periodismo y la vida eran para mí lo mismo, como para la mayoría de mis compañeros.

Todos se acabaron yendo, por lo que el propio Manolo me iría contando en sus cartas, salvo Vicente, el fotógrafo, que se mató en un accidente de moto, y salvo Carracedo, que aún seguía trabajando en el periódico, del que ya era el más veterano, según me dijera él mismo. Soy el decano del periodismo local, me dijo con ironía no exenta de cierta amargura mientras apuraba la primera copa. Al parecer, tras la jubilación de Manolo Castro, pasó a ser el más viejo de la redacción, una redacción en la que, como Manolo, llevaba toda su vida y a cuya dirección seguramente aspiraba pese a lo que me dijera. Yo no tengo deseos de poder, me confesó con cierta indulgencia, no sé si de mí o de él.

Manolo Castro tampoco debía de tenerlos, pero por su capacidad acabó dirigiendo el periódico. Para entonces rondaba ya los cincuenta años y hasta que se jubiló permaneció al frente de él. Como Carracedo, había entrado a trabajar en el periódico muy joven y se quedó para siempre allí.

Cuando yo lo conocí, aún conservaba cierta ilusión por el periodismo pese a que le divertía ejercer de escéptico con los periodistas nuevos. Nos enseñaba sin que lo pareciera, al contrario que otros redactores jefes, a los que les gustaba creerse superiores y

presumían de saberlo todo del periodismo y de la ciudad. Manolo Castro jamás nos dio una lección, pero nos transmitió el amor a un oficio al que la mayoría habíamos llegado por vocación pero del que lo ignorábamos todavía todo. Lo aprendido en la universidad apenas si nos servía al contrastarlo con la realidad.

Además de periodismo, a mí me enseñó también mucho de literatura, que era mi verdadera pasión y por lo que había decidido estudiar Periodismo. Cuando tuve que elegir una carrera, opté por la que creía más próxima a mi afición a escribir. Al salir del periódico por las tardes, Manolo Castro y yo tomábamos algo en el bar de enfrente (él siempre un whisky, el último antes de volver a casa) y hablábamos de libros, tanto de los que nos ocupaban en la sección en aquel momento por ser novedades o por ser de autores locales como de los que leíamos por nuestra cuenta y que en su caso eran más que los míos. Aunque nunca alardeaba de ello, Manolo me demostraba continuamente que había leído muchísimo y que a mí me faltaba un mundo por conocer. A escribir sólo hay una forma de aprender: leer, zanjaba siempre aquellas conversaciones a las que a veces se unían otros redactores jóvenes tan deseosos de estar con él como yo. Y es que era un maestro para todos pese a que nunca hizo nada por constituirse en tal.

Poco a poco, tanto en el periódico como fuera de él, Manolo Castro y yo fuimos intimando hasta el punto de que un día me invitó a su casa, en la que vivía con su mujer y sus hijas y una abuela de éstas. Estaba cerca del río, en lo que fuera una villa de veraneo que el crecimiento de la ciudad había convertido en un superviviente arquitectónico con cierto halo romántico, pues conservaba el aroma de las antiguas casas de vacaciones, cuando a su alrededor todo era campo abierto y no como ahora, que lo rodeaban grandes edificios nuevos. Villa Adela rezaba aún un azulejo sobre la puerta de entrada, que protegía una reja de hierro que la hiedra había colonizado hasta hacerla casi invisible. El interior de la casa era aún más original. Junto con los muebles y la decoración antigua, las estanterías con libros cubrían todos los pasillos, incluso la pared lateral de la escalera que daba acceso a la planta alta, donde Manolo tenía su refugio. Era un espacio cubierto también por libros, pero con un gran ventanal por el que entraba la luz a chorros y, en el verano, las ramas de una catalpa, uno de los pocos árboles que habían sobrevivido del primitivo jardín del chalet antes de su amputación urbanística. En ese cuarto pasamos muchas horas hablando de literatura mientras su mujer y sus hijas (y la abuela de éstas, una mujer silenciosa que siempre estaba sentada en la galería cosiendo) andaban a sus

ocupaciones. Aún volveríamos a hacerlo años después, cuando desde Madrid yo lo visitaba, algo que fui espaciando cada vez más hasta que dejé de ir definitivamente.

La última vez que volví, la abuela ya no vivía y las hijas ya lo hacían por su cuenta, pero la casa seguía igual que la recordaba. Con bastantes años más, Manolo y su mujer continuaban viviendo en ella rodeados de recuerdos y de libros cuyo peso era cada vez mayor. Manolo y su mujer, la última vez que los visité, parecían dos náufragos en aquel viejo chalet en el que tantas horas pasé con ellos mientras viví en aquella ciudad.

También ésta había cambiado mucho. Aunque durante años, cuando volvía, la veía igual, con aquel aire tranquilo y provinciano que cuando llegué por primera vez tanto me sorprendió, pues estaba acostumbrado a la vida madrileña, en aquel viaje la había encontrado cambiada, no tanto de aspecto como de espíritu, perdido aquel carácter antiguo, sustituido ahora por una extraña modernidad que la convertía en un decorado para turistas, su destino inevitable al parecer a falta de otros recursos de los que vivir, cerrada la poca industria que tuvo en tiempos. Quizá Carracedo se refería a ella también cuando hablaba de supervivientes: la ciudad y sus vecinos, que con el tiempo acaban siendo lo mismo de tanto reflejarse la una en los otros y al revés.

Yo, en cambio, allí era un forastero. Como si nunca hubiera vivido en aquella ciudad, pero reconociéndome a la vez en sus edificios y en los escaparates de los comercios que habían sobrevivido al tiempo, caminaba entre los peatones como si regresara de un largo sueño, el de los muchos años que habían transcurrido ya desde que me fui de allí para no volver. Fue una mañana fría del mes de enero, llevando en el Dos Caballos que había comprado de segunda mano todas mis pertenencias y a Ron, el labrador que me regaló un amigo y que fue mi compañero inseparable, primero allí y luego en Madrid, hasta que se murió de viejo. Cuando dejé la ciudad aquella mañana del mes de enero, ya me había separado de Violeta, por lo que no me fue demasiado difícil dejar atrás también los recuerdos, aunque sí a algunos amigos. La juventud, sin embargo, pese a su fugacidad, se fija en nuestro subconsciente con una fuerza que nos sorprende cuando la recuperamos, como a mí me sucedía ahora.

Cuando me bajé del tren (en la estación antigua, no en la actual, más moderna y adaptada al crecimiento de la ciudad), ésta me pareció fría y desangelada, un lugar del que huiría en cuanto pudiera, pues no me veía viviendo allí mucho tiempo. Pero me quedé seis años. Seis años que se pasaron como en un suspiro, pero que me dejaron una enorme

huella. La ciudad que creía llena de aburrimiento y mediocridad, con sus vecinos vestidos de colores sobrios y los comercios con escaparates pobres pese a los luminosos con los que los adornaban, resultó ser una sorpresa, un lugar que escondía dos almas, una diurna y otra nocturna, a pesar de lo que me pareciera al principio. Bajo su máscara conservadora descubrí pronto una ciudad secreta, minoritaria, es verdad, pero tan divertida y apasionante que en seguida me cautivó.

Como redactor de la sección de Cultura, en lugar de a los gobernantes y a las personas que dirigían la vida local tanto desde los despachos públicos como desde sus empresas, me tocó tratar a esas otras que en apariencia no existen pero que son sus verdaderos protagonistas. Pintores, músicos, escritores, bohemios y diletantes que llevaban una vida paralela a la oficial, mucho más interesante y divertida. Y, junto a ellos, los que, como yo, preferían la noche al día incluso para trabajar.

En la universidad había leído muchas novelas de periodistas bohemios, historias que describían ambientes parecidos a los que descubría en aquella ciudad por las noches cuando salía del periódico y que nada tenían que ver con el de la redacción. En ésta, la monotonía impregnaba la atmósfera de las mesas y convertía el trabajo en algo aburrido salvo cuando algún acontecimiento alteraba la normalidad. Pero eran muy contados. Algún crimen o accidente o la visita de un personaje famoso que revolucionaba la ciudad de pronto pero que en seguida desaparecía. Lo interesante de verdad, por lo menos para mí, pasaba fuera de la redacción y lo protagonizaban personas que nada tenían que ver con ella, pese a que en ocasiones también salieran en el periódico.

Solía ir en su busca al salir de trabajar. Tanto en los bares de la parte antigua como en las cafeterías del centro en las que se reunían los periodistas más veteranos y algún escritor local nunca faltaba algún personaje que por su experiencia lo sabía todo de la ciudad y nos abría los ojos a los redactores nuevos. Gracias a ellos, pronto la empecé a entender y comencé a disfrutar de sus alicientes, que eran numerosos, especialmente por las noches. Unas noches que se prolongaban hasta la madrugada, a veces hasta el amanecer, incluso para aquellos que como yo trabajábamos al día siguiente. La mayoría, para su suerte, cuando nos retirábamos, se iba a dormir hasta el mediodía, pues no tenían nada que hacer.

De los que conocí por aquella época pocos debían de quedar ya en pie. En el funeral de Manolo Castro a los únicos que vi fue a

Santamaría, el pintor más famoso de la ciudad (y el comunista oficial por entonces de ella), y a Rosalía, la exmujer de Carracedo, una antigua compañera del periódico. A Santamaría se le veía muy afectado, lo cual era normal, pues había perdido a su mejor amigo. Y el que tenía más talento de todos, según me dijo al finalizar la misa, cuando el cortejo fúnebre se despidió en la puerta de la iglesia. Manolo quiso que lo incineraran, por lo que no hubo entierro a continuación.

De los demás no conocía a ninguno. Como me comentó Carracedo mientras me llevaba en coche a cenar (su exmujer se marchó en el suyo), la ciudad ya no era la de antes y con el periódico en el que trabajé pasaba lo mismo. Esto ha cambiado muchísimo, me dijo, las nuevas generaciones han arrasado con todo.

—Te sorprendería saber —añadió ya en Casa Mundo ante una copa de vino— cómo son los periodistas de ahora. Son ratas de ordenador. Nada que ver con nosotros, que aprendimos más en los bares que en las redacciones…

—Así acabamos —le respondí yo con una sonrisa mientras miraba la carta para pedir.

Como cuando aún éramos jóvenes, Carracedo y yo terminamos la noche muy tarde evocando a Manolo y a otros amigos de aquella época y con la melancolía adueñándose de nuestros corazones a medida que el alcohol iba haciéndonos efecto. El tiempo había pasado a toda velocidad. Y había dejado su huella en nosotros pero también en la ciudad que tanto disfrutamos y vivimos cuando la juventud corría por nuestras venas y nuestras ilusiones estaban intactas. Ahora, en cambio, una y otras habían desaparecido dispersas entre la niebla de lo vivido y desgastadas por la erosión de la edad, que como un viento lo había transformado todo. La ciudad también. Pese a sus restauraciones, había algo en ella que la delataba, un aire de decadencia que iba parejo al de sus comercios, algunos de los cuales seguían como los recordaba. Incluso creí reconocer a algún dependiente, pese a que seguramente ninguno quedara ya de mis tiempos. E igual sucedía con sus vecinos, todos iguales o parecidos a los de entonces, pero ninguno que pudiera recordar.

Nada era ya lo que había sido. Ni la ciudad, ni sus habitantes, ni el aire que se respiraba, liberado de aquellos humos de las chimeneas de carbón, hoy ya desaparecidas de su paisaje. Todo era diferente y yo no era una excepción, pese a que me buscara en los escaparates y en las miradas de los que me cruzaba, que como yo a ellos tampoco me reconocían. ¡Qué sensación tan extraña! ¿Sería eso estar muerto para el

mundo como ya lo estaba Manolo, sólo que en mi caso en vida? ¿Sería eso la desaparición?

El camarero del bar me miró también sin ninguna expresión: como a un forastero más. Como a cualquiera de los turistas que cada poco pasaban tras el ventanal abierto por el que la calle entraba en el establecimiento. El bar ya existía en mi época, pero su nombre había cambiado. Y la decoración también. El camarero, que era muy joven, seguramente no había nacido aún cuando yo me volví a Madrid. Por eso era imposible que me reconociera. Y, como él, la mayoría de los clientes. Y, sin embargo, yo había sido muy popular en aquella ciudad que llegué a conocer mejor que muchos de sus vecinos de tanto patearla y recorrerla. Porque me enamoré de ella. Tanto que, cuando la dejé, la eché en falta mucho tiempo. Incluso pensé en regresar más de una vez, una idea que por suerte deseché. Fui tan feliz en aquella ciudad que, cuando me acordaba de ella, la mitificaba como los emigrantes hacen con sus países. Y, sin embargo, ahora que habían pasado los años, me volvía a parecer desangelada y gris como el día en que llegué para trabajar allí.

A todo te acostumbras, me dijo Manolo Castro la última vez que lo visité, cuando ya se había jubilado como director del periódico. Íbamos por un camino, el mismo por el que él paseaba todos los días, según me dijo, salvo cuando llovía o hacía mal tiempo. Era octubre y hacia el río la vegetación amarilleaba anticipando un invierno que no tardaría en llegar.

Ya junto al río, la ciudad detrás, Manolo se internó entre las choperas hasta un recodo de aquél a partir del cual desaparecía repentinamente. Al parecer, una antigua riada había desviado su cauce y en el original ahora crecía una vegetación frondosa que escondía el secreto que Manolo me quería enseñar. Era un puente de hierro del XIX que, al abandonarlo el río, había quedado inservible. Un puente que nadie cruzaba ya porque pocos sabían de su existencia. Es como yo, me dijo Manolo Castro con una sonrisa triste.

Guardé silencio, sin saber qué responderle. Me pareció que todo lo que dijera en aquel momento iba a estar de sobra. Manolo seguía mirando el puente como si lo viera por primera vez y yo a su lado, en silencio, pensaba en su vida, de la que, pese a nuestra amistad, sabía tan poco.

¿Por qué había dejado de escribir? ¿Por qué había renunciado a una carrera como escritor que, según todos los que lo conocían, podría haber sido muy exitosa, puesto que tenía mucho talento? ¿Por qué el

consejo que me dio a mí no se lo aplicó a sí mismo?

Ya nunca podré saberlo. Cuando podía habérselo preguntado no lo hice y ahora ya no podía. Manolo se había ido con su secreto como tantas personas en este mundo, supongo.

La cerveza estaba helada. Lo agradecí, pues hacía mucho calor, como correspondía a los últimos días de julio, vísperas de las vacaciones para bastante gente. Según comentaban en el funeral de Manolo, se había notado bastante, pues muchos de sus amigos no estaban ya en la ciudad. Tenía razón Carracedo: morir en el verano es morir dos veces, pues muchos de los que te quieren no están para despedirte.

Pero yo había querido estar. Aunque me enteré ya tarde de la noticia, cogí el primer tren que pude y llegué a su funeral a tiempo. Manolo había muerto la tarde anterior, pero nadie me avisó hasta el día siguiente.

Fue Elvira, su mujer, la que se acordó de hacerlo. Se acordó ya tarde, pero se acordó. Sé lo que le apreciabas, me dijo, cuando la saludé. Y se lo agradecí muchísimo. Porque gracias a ello me pude despedir de Manolo. Me habría gustado hacerlo en vida, pero no fue posible. En los últimos años todo había ido tan deprisa que no encontré el momento para ir a verlo como hacía al principio. Aunque quizá se tratase de una justificación, una disculpa para no reconocer lo evidente: que el tiempo nos va alejando de las personas lo mismo que de los recuerdos.

—No te preocupes, César, las cosas son como son, no le des más vueltas —me dijo Elvira quitándole importancia a mi contrariedad. No haber vuelto en tanto tiempo y, sobre todo, no haber ido a despedirme de Manolo cuando aún vivía me hacía sentir culpable.

Y así seguía sintiéndome pese a que ya habían pasado horas del funeral. El sentimiento de culpa que tenía, de hecho, en vez de apaciguarse iba en aumento a medida que se acercaba el momento de despedirme de la ciudad.

—¿A qué hora sale tu tren?

—A la una.

—Tienes tiempo —me dijo Carracedo consultando su reloj y mirando la cafetería. El local estaba lleno, lo mismo que la terraza, que ocupaba toda la calle frente al ventanal. Por delante de él, los turistas iban y venían. Era verano y la vida continuaba—. ¿Quieres verlo? —Señaló Carracedo el edificio del que acababa de venir, justo enfrente de la cafetería. Era un edificio blanco sobre cuya fachada campaba un

letrero con el nombre de nuestro periódico.

—No, prefiero recordarlo como era —le dije.

—Haces bien —me dijo él pidiendo un café a pesar de la hora—. Dormí mal —se justificó.

Había sido él quien había querido quedar para despedirse. Quizá porque sospechaba que no nos veríamos más. Y no le faltaba razón. Desaparecido Manolo Castro, nada me unía ya a aquella ciudad salvo los recuerdos, por lo que posiblemente nunca volviera.

Pero a Carracedo no se lo dije. Al revés, cuando nos despedimos, lo hice con una promesa vaga de reencontrarnos que él aceptó con generosidad.

—Pues aquí estaré si vuelves… Eso sí, lo que ya no te garantizo es que siga trabajando en el periódico —me dijo con una sonrisa irónica señalando el edificio al que regresaría cuando yo me fuera, algo que hice al cabo de un rato atravesando la calle entre los turistas, los únicos que aquella mañana parecían habitar la ciudad.

Los turistas y yo, que también lo era, aunque me resistiera a reconocerlo. Al menos así me trató el recepcionista del hotel cuando volví.

—¿Qué, le gustó la ciudad? —me dijo antes de revelarme que alguien me había dejado un paquete, que me entregó.

Era un paquete pequeño. Qué contendría, pensé sopesándolo en la mano mientras el hombre iba a buscar mi maleta, que había dejado en la recepción antes de salir.

—¿Quiere que le llame un taxi? —me preguntó.

—No, iré dando un paseo. Me gusta caminar —le dije.

2

Primera sorpresa

HASTA que me senté en el tren no lo abrí. Estaba deseando hacerlo, pero algo me hacía dudar. ¿Qué contendría aquel paquete? Y, sobre todo, ¿quién me lo habría dejado?

Sabía por el recepcionista que había sido una mujer, incluso que me esperó durante un buen rato, pero no quién era. No había ninguna nota en la que se identificara.

La nota estaba dentro del sobre: un papel escrito a mano, pero no por ninguna mujer. Era la letra de Manolo Castro, inconfundible para mí a pesar de los años que hacía que no la veía. Decía: «Mi padre hizo la guerra muy joven. Tenía diecinueve años cuando comenzó. Luchó con los perdedores y por ello estuvo en la cárcel y no pudo ejercer su profesión cuando salió. Así que durante años se ganó la vida escribiendo novelas que firmaba con seudónimos porque no podía hacerlo con su verdadero nombre…».

El paisaje, detrás de la ventanilla, se deslizaba cada vez más rápido dejando atrás la ciudad. Fábricas, puentes, polígonos industriales, talleres de automóviles, gasolineras se sucedían detrás de la ventanilla mientras yo iba de la nota manuscrita de Manolo a la última imagen que conservaba de él: aquélla frente al puente abandonado por el río contemplándolo en silencio junto a mí. Me acordé de lo que me dijo al volver, antes de entrar en su casa para comer: Como dice un personaje de *Las palmeras salvajes* de William Faulkner, entre la pena y la nada yo elegí la pena.

Su nota manuscrita proseguía: «Esta novela la escribí en su honor, porque cuando lo hice él ya no podía leerla. Mi padre se murió joven, cuando yo tenía dieciséis años. Fue la única que publiqué y éste es el

único ejemplar que pude guardar porque el resto los destruyó la censura. Me costó una denuncia por injurias y por poco no terminé en la cárcel como mi padre al finalizar la guerra; eran los últimos años del franquismo, pero el Régimen seguía en plena forma. Así que entenderás que nunca te hablara de esta novela. No me traía buenos recuerdos. Pero ahora quiero que la guardes tú…».

> *Entre la pena y la nada elegí la pena, me dijo el viejo cuando se lo pregunté, varios meses después de llegar como médico a aquel asilo de ancianos en el que él llevaba ya varios años. Me llamó la atención desde que lo conocí, pues era diferente a los demás ancianos. Tenía una elegancia natural que le distinguía del resto y siempre paseaba solo, sin hablar apenas con los otros, ni con los trabajadores. Lo que más me llamó la atención de él fue, no obstante, que siempre estaba leyendo. A todas horas lo veía en los pasillos, o en el jardín cuando hacía buen tiempo, leyendo unas novelitas que había traído cuando ingresó y que guardaba en su habitación, cosa que no era habitual entre los demás ancianos. La mayoría se pasaban las horas dormitando en los sofás de los pasillos o mirando la televisión. Todos ellos con una expresión infinita de hastío. Esperando a Godot, como los describió el director de la residencia con una frase que no he olvidado desde que se la escuché…*

Levanté la vista de la novela. El tren corría ya a campo abierto, sin rastro de la ciudad en la que aquélla se había impreso cincuenta años atrás a tenor de lo que decía en su primera página. En la portada, el título, *Vagalume*, me sumió en el desconcierto, pues ignoraba su significado. Pensé que lo entendería cuando hubiera leído la novela, cosa que hice en el viaje, porque era corta y en seguida me atrapó:

> *… Lo curioso es que las novelitas que el anciano leía eran las mismas siempre. Las tenía desgastadas de tanto pasar las hojas, pero no parecía importarle mucho. Lo más sorprendente, no obstante, era que, por lo que me dijeron, llevaba haciéndolo desde que llegó al asilo. Durante horas y horas leía aquellas novelas que debía de saber ya de memoria de tanto leerlas una y otra vez…*

Vagalume (luciérnaga en gallego, lo supe pronto por la novela) era la historia de un hombre —el padre de Manolo, entendí también— cuya vida condicionó la guerra, que le condenó a perder su nombre y a sobrevivir como un desaparecido. Al protagonista, como a tantos otros,

tras pasar por la cárcel y sufrir el maltrato y las represalias de los vencedores, le prohibieron ejercer su profesión, que era la de maestro de escuela, por lo que se vio obligado a ganarse el sustento con otros trabajos, todos precarios y mal pagados, hasta que por casualidad encontró aquel al que dedicaría ya todo el tiempo: la escritura de novelas de quiosco que publicaba con diferentes seudónimos según el género al que pertenecieran. Más de mil llegó a escribir, del Oeste y policíacas sobre todo, que leyeron cientos de miles de lectores, todos ellos sin saber que su autor era alguien cuya identidad nada tenía que ver con la que sugerían sus nombres, ingleses o franceses para aparentar una extranjería que no era tal, pues las novelas así se vendían mejor. Y, de paso, esquivaba a la censura, siempre velando por la pureza moral e ideológica de lo publicado, sobre todo si el que lo escribía era alguien con antecedentes políticos, como era su caso. La historia, no obstante, empezaba por su final, cuando el protagonista, ya anciano e ingresado en el asilo, llamó la atención del médico por su afición a leer novelas, que eran las mismas siempre y que ya sabía de memoria, pese a lo cual seguían interesándole. Era su única actividad y lo único que le parecía importar:

> *… ¿Y por qué no lee otros libros?, me interesé ofreciéndome a traérselos sin saber que el anciano era el autor de los que leía…*

La relación del médico y el anciano y el descubrimiento por el primero de la verdad cuando éste ya se había muerto (se lo reveló una hija) articulaban la trama de la novela, pero lo que debajo de ella latía era la autodestrucción de un hombre al que las circunstancias privaron de ser quien era y que sufrió por ello un doble infortunio: el de no poder revelar su nombre y el de quedar sepultado por otros que llegaron a adquirir cierta fama.

Mientras miraba pasar los campos y las aldeas detrás de la ventanilla del tren, pensé en lo triste que debió de ser la vida del padre de Manolo Castro, al que era más que evidente que su hijo retrataba en su novela, pero también la de este mismo, que como su progenitor vivió guardando un secreto que no quiso revelarme nunca en vida. Lo hizo cuando ya no estaba, a través de su mujer o de sus hijas. ¡Cómo habían pasado los años! Aquellas niñas que yo conocí eran ya dos madres de familia. Tanto María como Sara eran dos mujeres hermosas, como su madre lo fue cuando tenía su edad.

Leída con la distancia del tiempo, la novela de Manolo, que terminé cuando el tren se acercaba ya a Madrid, su final de trayecto y mi

destino, me pareció dura y desesperanzada, propia de alguien a quien la vida había golpeado desde muy joven, aunque no tanto como para prohibirla y mucho menos para retirar todos los ejemplares en la misma imprenta antes de que llegaran a los posibles lectores. Las conversaciones entre su protagonista y el médico de la residencia, así como las descripciones del país que se dibujaba al fondo no eran las que le gustarían al Régimen, pero tampoco eran tan descarnadas como para molestar tanto a sus responsables y menos en unos años, principios de los setenta, en los que aquél empezaba a dar signos de debilidad. Aunque quizá fuera esto mismo lo que le perjudicó a Manolo. Eso y su juventud, que hacía más fácil adoptar con él una decisión que con otros autores más conocidos les hubiera costado más tomar. Al fin y al cabo, a Manolo Castro, cuando ganó el premio que suponía la edición de su novela además de una cantidad de dinero, nadie lo conocía como escritor.

¿Cómo sería el tiempo que siguió a aquellos hechos que ahora descubría yo, tantos años después de sucedidos, gracias a su confesión? Imaginé que no muy fácil para Manolo, despojado de un premio que había ganado por su talento y enfrentado una vez más a la injusticia que vivió en sus propias carnes de niño viendo a su padre sufrirla durante años y que era precisamente lo que contaba en esa novela tratando de redimirle de ella. Imaginé también que durante varios meses le daría vueltas a aquella amarga experiencia, especialmente mientras esperaba el juicio, pero no alcancé a comprender por qué razón decidió dejar de escribir y dedicarse sólo al periodismo, que era lo que le daba de comer, es verdad, pero que no le satisfaría del todo dada su gran pasión por la literatura; es decir, en qué momento renunció a escribir y por qué y, como su padre, se convirtió en un fantasma cuya existencia nadie conocería, en su caso porque nada volvería a publicar, sólo sus artículos de prensa, que a veces ni firmaba o lo hacía con seudónimo dada su falta de vanidad y de necesidad de reconocimiento.

El taxi hasta mi casa me sumió en una especie de ensoñación en la que se mezclaban los edificios de la ciudad, medio vacía por el calor de la hora cuando llegué, y las imágenes que había dejado detrás, tanto las vividas aquella mañana y el día anterior como las que pertenecían a mi juventud: Manolo Castro todavía joven en su despacho lleno de libros, Carracedo evocando de madrugada en el bar de copas anécdotas de nuestros tiempos, el funeral de Manolo con su mujer y sus hijas en la iglesia y como las recordaba treinta años atrás, la habitación del hotel

en el que dormí, idéntica a todas las habitaciones de hotel del mundo, Santamaría diciéndome que iba a echar mucho en falta a su amigo, el recepcionista del hotel entregándome el paquete con la novela de Manolo, el puente de hierro al que abandonó el río…

La imagen del puente fue la que permaneció al final. Me acompañó hasta mi casa y se quedó conmigo durante horas como si la vida entera de Manolo Castro se resumiera en aquel puente que él mismo me mostró un día y con el que se comparó con cierta tristeza. Un puente abandonado por el río que para él era la metáfora de su vida, según me dijo.

Y no le faltaba razón. Ahora que volvía a pensar en Manolo Castro volvía a imaginar cómo habría sido su vida en aquella ciudad en la que las posibilidades de crecimiento eran tan pocas y el azar apenas tenía cabida. Para alguien como él, aficionado a leer y a hacerse preguntas, la falta de alicientes debió de pesarle tanto como la rutina de su trabajo y de su vida familiar, a pesar de lo cual se conformó con ellas. «Vete de aquí, no te quedes, aquí nunca llegarás a nada…». El consejo que me dio a mí seguramente se lo dio a él mismo muchas veces, pero por la razón que fuera no lo llevó a la práctica y se quedó como el puente olvidado por el río mirando pasar la vida lejos de él y viendo cómo la maleza iba borrándolo del paisaje hasta desaparecer del todo. Como su padre tras los seudónimos con los que firmaba sus novelas de quiosco, aquellas que leía aquel anciano del asilo que protagonizaba la única que él escribió y que yo acababa de conocer gracias a su generosidad y a la de su mujer.

3

Segunda sorpresa

—PUES no, no fui yo… Les preguntaré a mis hijas… Me dejas desconcertada… Yo no tenía ni idea…

La respuesta de Elvira al otro lado del teléfono me sorprendió, pues daba por hecho que había sido ella quien me había dejado la novela en el hotel, la mujer que, según el recepcionista, me esperó un largo rato antes de marcharse sin dejar una sola nota. Aunque lo que más me sorprendió fue que Elvira desconociera que existía un ejemplar de la novela. Si ella no sabía de la existencia de ese ejemplar, más extraño resultaba que sus hijas lo supieran, salvo que Manolo Castro, por algún motivo, se lo hubiera querido ocultar y sólo se lo hubiera dicho a una de éstas cuando ya estaba enfermo para que me lo diera a mí…

—Pues no, ninguna de las dos ha sido —me dijo Elvira cuando me volvió a llamar después de hablar con sus hijas, acrecentando aún más mi sorpresa. Porque ¿quién era entonces la mujer que me llevó al hotel la novela y por qué Manolo se la entregó a ella en vez de a Elvira para que me la diera a mí?

Durante los siguientes días hablé con ésta unas cuantas veces y ella, a su vez, con otras personas que pudieran saber de dónde había salido aquel ejemplar de una novela desaparecida medio siglo atrás y cuya existencia desconocía por completo. Pero nadie pudo darle razón. Que la tenía guardada Manolo era evidente, pues la acompañó con una nota escrita por él (y, por lo que parecía, cuando ya estaba muy enfermo: su letra era temblorosa), pero lo que no se entendía es por qué nunca se lo contó a su familia ni a sus amigos más próximos, incluido yo, que sería su destinatario final.

Volví a leer la nota manuscrita de Manolo. Nada en ella hacía

alusión a su portadora. Llamé al hotel, pero el recepcionista tampoco me pudo aportar ningún dato nuevo sobre la misteriosa mujer. Tan sólo que le entregó el paquete y que apenas cruzó dos palabras con él.

Así que me quedé sin saber quién era. Y como yo Elvira, que seguía sorprendida de que Manolo nunca le hubiese contado que guardaba un ejemplar de aquella novela que a punto estuvo de hacer que terminara en la cárcel como su padre. Porque eso sí lo sabía. Y que los ejemplares de la novela habían sido destruidos en la imprenta para que ninguno pudiera llegar a las librerías. Aunque se ve que no todos lo fueron. Al menos el que yo tenía se salvó de la destrucción confirmando que, en efecto, era verdad el rumor que circulaba por el periódico en el que trabajé a sus órdenes y que Manolo llegaría a dirigir pasados los años de que cuando era más joven también escribía, incluso había publicado algún libro. Sara, su hija pequeña, me contó que ella lo supo ya de mayor y que se enteró por su madre, no por él, como parecería lo lógico. Mi padre siempre fue muy reservado con sus cosas, me dijo, confirmándome algo que yo ya sabía.

¡Pero tanto!… Me sorprendía aquel secretismo de Manolo con una historia que al fin y al cabo había pasado hacía mucho tiempo, pero seguramente lo explicara el sinsabor del recuerdo, no sólo el de la retirada de la novela y su destrucción sino el de lo que significó para él como escritor. Nunca volvería a escribir y ello debió de pesarle toda su vida.

Carracedo, a quien le pregunté también, me respondió con una de sus frases: todos tenemos tres vidas, la pública, la privada y la secreta, me dijo. Y no le faltaba razón. Pero parecía excesivo tanto secreto en torno a unos hechos que ya quedaban muy lejos. Aunque puede que para Manolo Castro no fuera así, que para él siguieran presentes y vivos porque le recordaban a su padre, al que había dedicado su novela.

Volví a leerla otra vez. Sin la sorpresa de la primera, pero paladeando la buena prosa de Manolo y fijándome en detalles que me habían pasado desapercibidos entonces. Uno de ellos el del título, cuya significación era más que clara, pese a lo cual no la percibí al principio. Y eso que en su novela Manolo incidía en ella al aclarar el significado de Vagalume, que era el apodo de su protagonista:

> *Lo llamaron así, en gallego, que era su nacionalidad, porque escribía siempre de noche y la luz estaba permanentemente encendida en su habitación, lo que le convirtió en luciérnaga. Y porque como las luciérnagas vivió en la oscuridad toda su vida sin poder disfrutar de*

la luz del sol, esto es, de la normalidad…

Al parecer, por lo que Elvira me contó también por aquellos días, como el protagonista de la novela, el padre escribía por las noches, por lo que su familia le apodó así: Vagalume. Cuatro hijos que el hombre sacó adelante escribiendo aquellas novelitas de quiosco, una cada tres días, lo que hizo que fueran incontables. Yo no llegué a conocerlo, pero sé por Manolo, me contó Elvira en una de nuestras conversaciones telefónicas, que fue un hombre muy trabajador y que, pese a tener que vivir oculto toda su vida tras un seudónimo, jamás se quejó de ello, pues su único objetivo era mantener a su familia. Era maestro, pero se murió sin poder ejercer su profesión, el Régimen se lo prohibió.

Con los datos que me proporcionó también, me dediqué a buscar el rastro del padre de Manolo tratando de encontrar algunas de las novelas que publicó y que firmó con distintos seudónimos, pues para cada género literario tenía uno diferente. Las del Oeste las firmaba con el más popular de todos: Max Colorado, y eran las más numerosas, por lo que en seguida encontré varias que compré de segunda mano por Internet. Todas ellas publicadas en la década de los sesenta, hacia la mitad de la cual se murió. En sus portadas, imágenes de un Oeste americano imaginario acompañaban a unos títulos con los que se pretendía captar la atención del público y que posiblemente ni siquiera pondría él. De corta extensión, todas tenían la misma estructura y la misma falta de descripciones, que desaparecían en pro de la acción. Se trataba de entretener, no de hacer pensar, y eso lo conseguían, lo que demostraba el talento de su autor, que escribía dos novelas por semana y que ni siquiera conocía los lugares en los que se desarrollaban sus argumentos. Por lo que Elvira también me contó, el hombre nunca salió de España y pocas veces de la ciudad a la que llegó de niño junto con su familia huyendo de la pobreza de su remota aldea gallega.

Las novelas policíacas eran iguales a las del Oeste, sólo cambiaba la ambientación. En lugar de los horizontes infinitos y las montañas llenas de peligros que los protagonistas cruzaban a caballo o en diligencia arriesgándose a encuentros inesperados y jugándose la vida, en las policíacas era la ciudad la protagonista. Una ciudad que era un decorado, pues sus calles y edificios sólo servían para situar la acción. Por lo que todas eran la misma aunque cambiaran sus nombres. Unos nombres que el padre de Manolo extraía de los mapas de la época, según contaba éste en su novela, y que, como los de las ciudades del Oeste, evocaban un mundo lejanísimo y por ello imaginario, que era lo

que se pretendía. Se trataba de llevar a los lectores, gente de poca cultura generalmente, a vivir aventuras en lugares que nunca conocerían y que ni siquiera sabían si existían de verdad. Y, a la vez, que olvidaran así la realidad del país en el que vivían, que poco o nada tenía que ver con aquéllos.

Leí dos o tres novelas por refrescar mi memoria, pues las conocía de mi adolescencia, cuando las vacaciones duraban dos meses y el tiempo se hacía infinito y las posibilidades de llenarlo se nos agotaban pronto. En aquellas tardes de verano en las que la chicharra de la siesta hacía imposible salir a la calle, yo me pasaba horas leyendo y, como apenas había libros en la casa, buscaba en el quiosco de la playa aquellas novelitas del Oeste cuya lectura no requería demasiado esfuerzo y que entretenían por su mucha acción. Quién sabe si alguna de ellas no la habría escrito el padre de Manolo, incluso si sería una de las que ahora tenía sobre mi mesa alegrándola con sus portadas de colores vivos…

El transcurrir de los días, sin embargo, hizo que me olvidara de ellas y que pasaran a ocupar un lugar en el montón de los libros a ordenar (un montón que crecía de día en día, pues nunca encontraba tiempo de hacerlo), y que Manolo Castro y su padre se convirtieran en dos fantasmas más, ahora ya definitivamente, como la ciudad en la que vivieron, que volvía a diluirse en mi memoria como esos lugares que se difuminan en el retrovisor del coche a medida que uno se va alejando de ellos. Durante algunos días tanto unos como otra habían vuelto a mi vida, pero ahora desaparecían de nuevo borrados por otros sucesos y por el propio discurrir de la actualidad. Al mes ya ni me acordaba de ellos y mucho menos de las circunstancias que rodearon mi descubrimiento de la novela de Manolo Castro, que, ésta sí, pasó a ocupar un lugar de privilegio en el armario en el que guardo las primeras ediciones de mis libros (puede que fuera el único ejemplar que existiera de ella), aunque de cuando en cuando me venía a la memoria el recuerdo de la mujer que me la llevó al hotel y cuya identidad se quedó en el misterio. La de Manolo nunca logró averiguar quién era y yo no volví a preguntarle por ello, pues advertí que la incomodaba el asunto. ¿Quién sabe lo que pasaría por su cabeza tras conocer, con su marido ya fallecido, que no sólo éste le había ocultado que conservaba un ejemplar de un libro que todos creían perdido sino que se lo dio a otra persona para que me lo entregara a mí en lugar de pedírselo a ella, como sería lo normal? Por mi parte, al margen de la extrañeza, lo que me quedó de toda aquella historia fue un sentimiento contradictorio, como de haber asistido a un descubrimiento que, aparte de la sorpresa

que me causó y del orgullo que me produjo constatar el aprecio que Manolo me tenía (de todos sus amigos me eligió a mí, pese a que apenas nos veíamos ya, para que conservara el único ejemplar de su novela publicada), añadía más melancolía aún a la historia de un hombre que habría merecido mucha más suerte.

4

Zarazos de marzo

Cuando alguien se despierta en plena noche con la necesidad de plasmar en palabras sobre el papel su sueño; cuando alguien se levanta cada día pensando qué va a escribir porque es lo que ha hecho toda su vida; cuando alguien escribe todos los días porque para él es como respirar…

ME DETUVE ahí. El arranque estaba muy bien, pero de repente me pareció vacío. Y no porque no pensara lo que acababa de escribir, que lo pensaba, sino porque me vino a la cabeza el recuerdo de Manolo Castro. ¿Quién era yo para decir que escribir era como respirar? Que para mí lo fuera no suponía que para otros lo fuera también. ¿Qué sabía yo de los sentimientos de los demás y de su necesidad de escribir o no? Ensimismado como vivía desde hacía años, hacía extensivos mis pensamientos a todos los escritores sin conocer más que a unos pocos. Y había muchos tipos de escritores. Incluso escritores que no escribían por decisión propia, como Manolo Castro, o porque los atacó la seca, como Juan Rulfo. Y respiraban igual que yo. Que no escribieran no significaba más que no necesitaban escribir. Y no por ello dejaban de ser escritores. Escritor es aquel —recordé las palabras del propio Manolo Castro un día ya remoto en el periódico— que continuaría escribiendo aunque no publicara. Es más, añadió mirando la redacción en la que mis compañeros se afanaban en componer sus artículos o en corregir los de otros, hay gente que no para de escribir sin ser escritor y, al revés, otra que no deja de serlo aunque no escriba una sola línea en su vida.

Dejé el ordenador y me levanté. La habitación estaba en semipenumbra, pero por la ventana se colaba un día de sol, uno de esos

días de marzo en los que el viento agita los árboles, que ya empiezan a reverdecer. Zarazos de marzo, recordé que llamaba mi padre a esas rachas de viento que se alternan con momentos de placidez y de sol y de lluvia. Pensé que debía salir a la realidad, disfrutar de la mañana en vez de seguir en casa escribiendo un discurso que verdaderamente me importaba poco. Era la rueda de los compromisos la que me obligaba a hacerlo. Esta vez con una universidad que me acababa de conceder un reconocimiento que yo recogería, como siempre, con la sensación de ser un impostor.

En la calle la gente estaba a otras cosas. Las suyas, las que les importaban. Nada que ver con las mías, que de conocerlas les parecerían una estupidez. ¿A quién le importa un día de sol, con la primavera anunciándose en el aire y los árboles mostrando ya sus primeros brotes, saber por qué se escribe o se deja de escribir o por qué alguien escribe toda su vida, como el padre de Manolo Castro, sin ser escritor?

Rememoré de nuevo su historia, la que conocí a través de la novela que le dedicó su hijo. Repasé mentalmente momentos del texto, que de releerlo dos o tres veces sabía casi ya de memoria. Momentos como aquel en el que el médico de la residencia descubre que el anciano sabía, él sí de verdad, de memoria las suyas, pese a lo cual seguía leyéndolas, o aquel otro, ya al final de la novela, en el que el anciano le dice al médico por qué lo hace: «Porque si dejo de leerlas olvidaría quién soy yo, doctor». En cualquier caso, lo que me asaltó de nuevo fue el título de la de su hijo, esa palabra enigmática que era el apodo del padre y el del protagonista de la narración: *Vagalume*. No luciérnaga, *vagalume*, como se dice en gallego y en portugués, mucho más sugerente y poético. Porque en esos dos idiomas las luciérnagas no sólo dan luz sino que vagan en la oscuridad como los cometas. O como las linternas de los caminantes que buscan su casa en la noche, perdidos o extraviados por cualquier razón. Que era como me sentía yo desde hacía ya tiempo aunque me costara reconocerlo.

Repasé mi vida mientras paseaba por la ciudad sin rumbo. Yo también era una luciérnaga, alguien que iluminaba las noches con su linterna de mesa y que por el día vagaba por la ciudad como aquella mañana. Recordé mi llegada a Madrid. En aquel Dos Caballos de color granate que se moriría de viejo y con Ron en el asiento de atrás mirándolo todo con curiosidad. Como yo, el perro empezaba una nueva vida sin saber nada de cómo iba a ser. Lo descubrimos los dos poco a poco. Sin separarnos hasta que se murió, vivimos el cambio, primero, de

la ciudad pequeña de la que veníamos a la capital y, luego, mi peregrinar por distintos trabajos hasta que pude vivir de escribir. Para entonces Ron ya había muerto (se murió al final de un verano y se quedó en el jardín de la casa de Rosa, mi novia en aquella época) y yo vivía ya con Martina, a la que conocería poco después. La llegada de los hijos y la dedicación a ellos fue a partir de ese momento mi principal ocupación junto con escribir, que pasé a hacerlo por las noches como el Vagalume de la novela de Manolo Castro. Por el día era imposible, con tanto ajetreo en casa. Pero los hijos crecieron, la casa se vació, Martina y yo volvimos a reencontrarnos después de años de distanciamiento y la vida se me presentó de pronto como una novela cuyo final, aunque desconocido, empezaba a vislumbrar a lo lejos. A los cincuenta y nueve años, todo lo que tenía que hacer lo había hecho, y lo que no ya era tarde para pretenderlo. Por delante de mí se extendía una inmensa planicie, esa que va de la madurez al final de la vida y cuya monotonía se atisba en la lejanía como una condena. No era viejo, pero ya no era joven para ilusionarme con nada, con lo que sólo aspiraba a seguir viviendo.

Recordé la frase de Carracedo, aquella que me conmovió al oírsela el día del funeral de Manolo Castro: a partir de una edad todos somos ya supervivientes. ¡Cuánta razón tenía! Cercano a los sesenta, al borde, pues, de la jubilación si en lugar de dedicarme a escribir hubiera seguido trabajando en prensa, las pérdidas a mi alrededor se contaban por docenas no sólo entre mis familiares sino también entre mis antiguos compañeros de trabajo y mis amigos. La vida, como la guerra, había sembrado de cadáveres mi horizonte, unos reales y otros sentimentales, como los de las mujeres de las que me enamoré antes de encontrar a Martina.

La conocí en la radio en la que trabajamos juntos. Ella ya estaba allí cuando yo llegué. Y allí siguió cuando me fui, algo que hice muy pronto para dedicarme sólo a escribir. Ya no necesitaba como hasta entonces compaginar la escritura con el periodismo y además ella trabajaba. Así que, si venían tiempos difíciles, podríamos sobrevivir con su sueldo. Pero no hizo falta. Contra mis temores, que aún hoy mantengo, no sólo he podido vivir de escribir sino que lo he hecho sin dificultad. Incluso sin pasar apuros cuando llegaron los hijos y los gastos se multiplicaron.

¿Dónde andarían ahora? ¿Y qué estarían haciendo en aquel momento? Víctor trabajaba en Londres, en una multinacional, con lo que lo veíamos muy poco. Lucía, en cambio, aunque seguía viviendo en Madrid, había elegido ayudar a los pobres y estaba ahora en Andalucía

colaborando con una organización que se dedicaba a asistir a los inmigrantes que llegaban huyendo del hambre a través del mar. Al lado de las suyas, mi vida era aburrida y rutinaria, una existencia sin mucho interés pese a que desde fuera algunos la imaginaran apasionante como yo cuando era joven. Dedicarse a escribir, pensaba en aquella época, debía de ser tan emocionante como vivir en una película. Pero no era así. Quizá lo fue al principio, cuando todo me parecía nuevo y escribir era una pasión a la que merecía la pena entregar la vida. Pero la costumbre lo relativizó. Ya ni siquiera me emocionaba comenzar una novela cuando menos verla editada, habituado como estaba a ello. Las novelas son vidas que no vivimos pero pudimos vivir, repetía a menudo en las entrevistas y en los coloquios con los lectores, aunque hacía tiempo que lo decía sin convicción, sin sentirlo de verdad como cuando comencé a escribir.

¿Cuánto tiempo hacía ya que no escribía una buena historia? No me refería a contarla, me refería a vivirla con el entusiasmo de la juventud, cuando cada palabra era una apuesta. La costumbre de escribir (sin llegar al extremo del padre de Manolo Castro, que tenía que entregar a la editorial un libro cada tres días, yo también tenía una obligación, más que con la editorial conmigo) había apagado la ilusión de aquellos primeros tiempos, cuando todo era novedoso. Con Ron al lado me sentía seguro y el futuro entonces no me importaba, al revés: el futuro no existía y si existía quedaba muy lejos.

Me senté en la terraza de un bar para descansar un poco. El frío no era muy intenso (las estufas de gas y el sol lo atenuaban) y la calle resplandecía como un espejo abrillantado por la velocidad de los automóviles. Parecía como si se estrenara el mundo y yo fuera el único testigo de ello, el único que era consciente de lo que sucedía en la ciudad a esa hora. Porque toda la gente iba concentrada pensando en sus preocupaciones o en lo que tenía que hacer. Sólo yo miraba la calle ajeno a las prisas de los demás, dentro y fuera de la vida al mismo tiempo, como por otra parte solía sentirme bastantes veces. Escribir me expulsaba de la vida pero a la vez me sumergía en su misterio. Era la paradoja de mi existencia, la que vivía desde que empecé a escribir.

Fue siendo aún un adolescente. Sin saber por qué, sin ninguna razón. De pronto me vi escribiendo poemas sin que hubiera una premeditación en ello. Escribía sin saber por qué como otros hacen otras cosas sin pararse a pensar en por qué las hacen, excepto si viven de ello. Seguramente el padre de Manolo Castro fue de éstos, un escritor por necesidad y, por tanto, sin conciencia de que lo que hacía era algo

trascendente independientemente de su calidad. Que miles de personas leyeran lo que escribía convertía su actividad en algo más que un trabajo, fuera consciente de ello o no. Porque llenar de sueños las almas de los lectores, esos seres anónimos a los que nunca conocerás pero que te siguen, es mucho más importante de lo que creemos mientras escribimos, incluso en el caso de personas como el padre de Manolo, que nunca consideraron lo que hacían más que un trabajo. Por eso yo nunca lo consideré así. Aunque también vivía de escribir, nunca consideré lo que hacía un trabajo y menos una profesión, puesto que nadie me obligó a ejercerla. Sólo yo, que desde adolescente necesité soñar otras vidas y qué mejor manera de soñarlas que escribirlas.

—¿Qué va a querer tomar?

La pregunta del camarero me devolvió al presente y a la realidad. Me había acostumbrado a vagar por mis pensamientos y a menudo me sorprendía, como ahora, haciéndolo lejos de donde me encontraba. Desde lo de Manolo Castro, además, era como si el tiempo hubiese girado sobre sí mismo y me interesara más el pasado que lo que estaba viviendo, que por otra parte no era nada original. Encerrado en mi casa escribiendo, apenas salía para comer con algún amigo o para hacer alguna entrevista o, por las noches, para ir al teatro o al cine con Martina. ¡Qué diferencia con cuando era más joven, que apenas entraba en casa para dormir!

Y es que desde hacía ya tiempo lo único que me apetecía era escribir. Después de años compaginando la vida familiar con mi trabajo (y antes de ello las noches sin dormir), ahora que todo se había calmado a mi alrededor lo que más me gustaba era encender la lámpara de mi mesa y sentarme a escribir y a leer durante horas, puesto que nadie me interrumpía como tiempo atrás. Martina se iba temprano y ello me permitía estar solo durante horas sin que nadie me sacara de mi ensimismamiento. Pero, aun así, seguía prefiriendo la noche para escribir. Después de tantos años refugiándome en ella como quien se refugia en una placenta, seguía prefiriendo la noche como el Vagalume de la novela de Manolo Castro (y como el padre, su inspirador), que escribía cuando todos dormían en su casa. Más de una vez me paré a pensar, asomado a la ventana desde la que se veía la ciudad dormida, si yo no sería otro Vagalume fantaseando mientras los demás dormían, un insomne que combatía su falta de sueño inventando sus propias historias. Porque lo que hacía yo escribiendo era soñar, sólo que sin cerrar los ojos. Y sin dejarme llevar por el subconsciente, ese motor que empuja a la imaginación hacia lugares desconocidos y hacia territorios

tan inexplorados como los de las novelas que escribía el padre de Manolo Castro y que aprendería de memoria de tanto releerlas el protagonista de la única que éste escribió.

¿Qué habría sido de su mujer y sus hijas en aquellos meses? Desde la última vez que hablé por teléfono con Elvira no había vuelto a saber de ellas. Y de eso hacía ya mucho tiempo. Imaginé que seguiría dándole vueltas a la sorpresa que para ella supuso descubrir que Manolo guardaba un ejemplar de su novela censurada y destruida, y aún más la existencia de una persona cuya confianza con él debía de ser especial, puesto que le encargó que me la diera a mí. Pensé que ahí había un relato de misterio, una historia con todos los ingredientes que una novela debe tener para atrapar al lector desde su principio: una sorpresa inicial, una figura misteriosa, quizá una historia de amor secreto… Pero yo no era un escritor para una novela así. Yo escribía con ambición literaria, no era un autor de best sellers. Para mí escribir era exprimir las palabras, no las historias, hasta sacarles toda su expresividad. Y a través de ellas transmitir al lector mis sentimientos, que era mi única pretensión. Justo todo lo contrario que la del padre de Manolo Castro y otros como él, cuyo objetivo principal era y es entretener a los lectores haciendo de la ficción una vía de escape de una existencia sin interés o, como en el caso de los de Vagalume, de una realidad adversa como era aquella España de la posguerra en la que le tocó vivir. En eso yo había tenido más suerte, pues cuando comencé a escribir aquella España se había disuelto ya como el azucarillo de mi café en la historia…

5

Tercera sorpresa

—¿César?

—¿Sí?… ¿Quién es?

—Soy María, la hija de Manuel Castro.

No la había conocido por la voz. María, la mayor de las hijas de Manolo, aquella a la que vi crecer y hacerse casi una adolescente, nunca me había llamado directamente. Siempre lo había hecho su madre, aunque alguna vez me pasó con ella.

—¿Qué tal, cómo estáis?

Las preguntas de cortesía duraron muy poco. En seguida percibí que algo me quería contar y ella tampoco lo disimuló. Se le notaba en la voz la impaciencia.

—Hemos encontrado algo —me dijo.

—¿Algo? ¿A qué te refieres?

Lo que me contó María me dejó impactado. Según ella, el día anterior, recogiendo el despacho de su padre (iban a vender la casa; su madre no quería seguir viviendo en ella, me dijo, era muy grande para una persona sola), habían encontrado unos cuantos manuscritos con la firma de su padre cuya existencia ignoraban por completo.

—¿Manuscritos?

—Originales. Con correcciones a mano sobre la copia a máquina o del ordenador.

—¿Qué clase de originales son?

No lo sabía. Aún no habían tenido tiempo de leerlos, los habían encontrado el día anterior. Ni siquiera se habían repuesto de la sorpresa. Su padre nunca les había hablado de aquellos libros, como

nunca les habló del ejemplar que conservaba de su única novela publicada y que me regaló a mí.

—¿Son de su juventud?

La respuesta de su hija me sobresaltó. Con voz grave al otro lado del teléfono, María me reveló que todos los originales encontrados eran recientes, es decir, habían sido escritos después de que su padre dejara en teoría de escribir.

—¿Estás segura?

—Tan segura como que están fechados. El último el año pasado, dos meses antes de morirse —añadió por si aún me cabía alguna duda.

A la semana estaba con ella. Y con su madre y su hermana Sara, la otra hija de Manolo, en el despacho ya vaciado de éste en el que sólo permanecían su mesa de trabajo, un sofá y el armario de roble macizo en el que aparecieron los originales. Tuvieron que forzar la cerradura para abrirlo, me dijeron, pues la llave no la encontraron por ningún sitio.

—Siempre lo tenía cerrado. Decía que no quería que se extraviaran los documentos que guardaba en él. Ya sabes que Manolo siempre fue muy ordenado… —me explicó Elvira contemplando el despacho en el que aquél pasó tanto tiempo, parte de él en mi compañía—. ¡Cuántas horas no estaría aquí leyendo! —exclamó mientras sus hijas guardaban silencio quizá esperando una explicación mía al hallazgo que acababan de hacer. Sobre la mesa estaban los diez originales, siete novelas y dos libros de cuentos, más una obra de teatro, una adaptación, parecía, de *Vagalume*, la novela cuyo único ejemplar superviviente tenía yo en mi poder. La copia estaba fechada en 2015, muchos años después de publicada aquélla.

—¿Y no sabíais que escribía?… ¿Nunca os comentó nada?… —les pregunté a las tres mujeres, que me miraban tan asombradas como yo a ellas. No era para menos.

—Nada. No teníamos ni idea —me dijo Elvira con lágrimas en los ojos, desarbolada en medio de la habitación vacía. Por segunda vez en sólo unos meses descubría que su marido le escondía secretos que ahora, a su muerte, salían a la luz.

—Nosotras tampoco —la apoyó María—. Ni imaginábamos que hubiera seguido escribiendo… Al revés, siempre dimos por hecho que había dejado de hacerlo cuando le pasó lo que le pasó…

—Por las noches —intervino su madre de nuevo— se encerraba aquí

después de cenar y a veces estaba hasta muy tarde, pero yo creía que lo que hacía era leer.

—¿Nunca lo visteis escribir?

—A veces. Pero pensaba que eran artículos para el periódico… —concedió Elvira, que seguía sin salir de su sorpresa a la vez que se le notaba una expresión de contrariedad. No debía de ser muy agradable descubrir que la persona con la que has vivido toda tu vida te ha ocultado algo tan importante. Y, además, sin ninguna razón aparente.

Carracedo no pensaba como yo. Con su escepticismo característico, desde el primer momento consideró que si Manolo ocultó a su familia tantos años que escribía tuvo que ser por algún motivo. Nadie hace algo así sin él, sentenció.

—¿Y qué motivo podía tener?

—Eso ya no lo sé…

Estábamos en su despacho, él a un lado de su mesa y yo al otro, al final de la redacción del periódico, de la que nos separaban unas cristaleras que apenas amortiguaban el ruido de las conversaciones telefónicas, puesto que la puerta del despacho estaba abierta. Tras los cristales, una docena de redactores se afanaban ante sus ordenadores como yo ante una máquina de escribir mucho tiempo atrás.

—Pero tú lo conociste bien…

—Todo lo bien que se podía conocer a Manolo… —me respondió Carracedo poniéndose el abrigo para acompañarme fuera—. Trabajé con él treinta años. Pero eso no quiere decir que lo conociera. Manolo siempre fue muy reservado, acuérdate.

—Me acuerdo —le dije yo bajando a su lado la escalera que conducía a la planta baja y a la salida—. Pero de ahí a guardar tanto secreto…

—Mira, César —me dijo Carracedo acodado ya en la barra de la cafetería en la que me citó al día siguiente del funeral de Manolo para despedirnos; ahora el público era diferente, no había turistas, estábamos en invierno—, las personas somos un misterio. Tú lo sabes mejor que nadie, puesto que como escritor te dedicas a desentrañarlos…

Los clientes de la cafetería, esos cuyos misterios me dedicaba yo a desentrañar según Carracedo, tomaban café a esa hora. Eran las seis de la tarde, pronto aún para empezar a beber. Aunque a Carracedo eso le daba igual. Pidió un gin-tonic, el primero de los varios que le vería

tomar esa tarde-noche.

—¿Tú sabes si Manolo tenía una doble vida? —le pregunté a bocajarro. Al fin y al cabo, habían trabajado juntos mucho tiempo y algo habría llegado a sus oídos de existir.

—No, que yo sepa…, Lo que no quiere decir que no la tuviera —me respondió él—. ¿Por qué me preguntas eso?

Le expliqué lo de la novela censurada. Le había hablado por teléfono de ella, pero no de cómo llegó a mi poder.

Carracedo observó la cafetería. Todos estaban a sus conversaciones, incluidos los dos camareros, que hablaban entre ellos tras la barra, lejos de donde estábamos nosotros.

—¿Y eso qué relación tiene con los libros que su mujer ha encontrado ahora según cuentas? —me preguntó.

—No lo sé —le contesté—. Ninguna seguramente. Pero es todo tan extraño…

—Bueno… —cuestionó Carracedo mi afirmación—. Depende de cómo lo mires.

—Lo mires como lo mires es muy extraño, Javier. Es más, creo que tiene que haber alguna relación entre el comportamiento de Manolo y su vida, alguna razón que explique tanto misterio —le confesé mis sospechas.

A su mujer y a sus hijas no se lo dije, lógicamente. Me invitaron a comer al día siguiente después de pasar la mañana leyendo y tomando notas de dos novelas, una sobre un extraño suceso que recordaba haberle oído contar a Manolo cuando trabajé con él de un cadáver misterioso encontrado en un camino de montaña, suceso que él había cubierto para el periódico cuando empezaba, y otra sobre un amor entre dos personas comprometidas, pero, por supuesto, no hice ningún comentario sobre la sospecha que desde hacía ya tiempo me rondaba la cabeza. No le iba a preguntar a Elvira si creía que Manolo le ocultaba algo más. Pero yo estaba convencido de que algo extraño y misterioso había en la vida de aquél más allá de lo que le ocurrió con su primer libro, y a su búsqueda me dediqué tratando de descifrar el enigma en los que escribió después, cuando todos creían que había dejado de hacerlo. Lo imaginé escribiendo a escondidas mientras su mujer dormía (y sus hijas, cuando aún vivían con ellos) y me vino a la memoria la imagen de su padre, aquel hombre que escribía también por las noches para poder mantenerle a él y a sus tres hermanos. Aunque el caso de Manolo era diferente. Él a nadie tenía que mantener con sus libros (ya

lo hacía con su trabajo en el periódico) y sin embargo siguió escribiendo mientras vivió, si bien lo hiciera en secreto. ¡Qué paradoja! El que escribía por necesidad lo hacía sabiendo que sus novelas verían la luz apenas entregadas a la editorial y el que escribía por vocación lo hacía a escondidas para que nadie llegara a saberlo… ¿Qué sentido tenía todo aquello?

Sentado en el despacho de Manolo, en el sofá que sobrevivía aún junto con su mesa al vaciamiento casi total de la habitación y que era el mismo en el que años atrás yo me sentaba a escucharlo, pensé en qué motivaciones podría tener su dueño para ocultar que siguió escribiendo y, sobre todo, por qué nunca intentó publicar. Mientras que todos los autores en seguida damos al editor nuestros libros, él, Manolo Castro, cuyo talento estaba fuera de toda duda, decidió dejar los suyos en un cajón sin ni siquiera encomendar a nadie su publicación cuando él ya no estuviera. No habría sido el primero de la historia que lo hacía.

Contemplé el jardín a través de la ventana, la línea de los edificios que se levantaban enfrente, el cielo ennubarrado de marzo sobre ellos, la catalpa aún sin hojas detrás de la cristalera. Todo estaba igual que siempre, como lo recordaba yo, pero faltaba algo en aquel paisaje además de las hojas de la catalpa. Había una especie de desvalimiento paisajístico, de tristeza existencial de los objetos, como si la realidad echara en falta la mirada inteligente de Manolo, el hombre que durante medio siglo contempló desde su sillón ese paisaje haciendo un alto en la lectura o intuyéndolo por las noches mientras escribía a la luz del flexo sin que nadie en su casa lo supiera. Novelas como la que yo leía en aquel momento y que, de no haber sido por el azar, nadie habría leído jamás, como sucede con tantos libros.

Las novelas no me aportaron ninguna pista. Escritas muy literariamente, esto es, con profusión de adjetivos y ritmo casi poético, eran, respectivamente, una reflexión sobre la pasión amorosa y una aparente investigación periodística en la que un reportero (el propio Manolo con otro nombre) trataba de descifrar la identidad de un ser deforme abandonado muerto en un sendero de montaña, así como las circunstancias en las que vivió. Los que lo abandonaron allí no debían de estar lejos, pero nadie en la zona sabía quiénes podían ser. Se trataba de una población dispersa dedicada a la ganadería que vivía en casas aisladas, muchas de ellas ya vacías y en desuso. La opinión general era que aquel ser monstruoso (aparte de microcefálico medía menos del metro cuarenta) había vivido encerrado en alguna de aquellas casas alimentado y cuidado por su familia, que se avergonzaría de su

deformidad. Por lo que, una vez muerto, lo abandonó en un camino para que fuera encontrado y enterrado con la dignidad que no tuvo en vida. El reportero (Manolo Castro en mi imaginación, Juan Romero en la novela) rastreó toda la zona en busca de alguna pista, pero sólo encontró el silencio. Nadie quería decir nada, como si la posguerra siguiera viva en aquellas montañas en las que la belleza imponente de los paisajes ocultaba un atraso secular.

La otra de las novelas (alterné la lectura de ambas todo ese día) contaba una historia de amor, pero tampoco me pareció que tuviera que ver con Manolo, o por lo menos con el que yo conocí de joven. Estaba escrita también con lenguaje poético, algo característico, como comprobaría esos días, en toda la obra que dejó inédita, no así en *Vagalume*, más realista, pero se diferenciaba de la anterior en que los personajes eran menos misteriosos, puesto que se trataba de una historia de amor común. Eso sí, un amor secreto, pues los dos protagonistas tenían pareja. La ciudad en la que se desarrollaba podía ser aquélla, pero también cualquier otra, ya que en ningún momento se la identificaba con su nombre.

Imaginé a Manolo escribiéndola mientras su mujer dormía, contando aquella historia que quizá deseó vivir como todas las historias que se escriben, y me produjo una gran tristeza, una ternura infinita hacia un hombre al que tanto debía personalmente pero del que al final tan poco llegué a saber. ¿Cuáles eran sus deseos, sus ilusiones, sus sueños? ¿Cuál su ambición secreta? Durante muchos años di por hecho que Manolo era feliz con Elvira y sus hijas, con su trabajo como periodista, con su vida tranquila y provinciana, con sus libros y sus paseos, y nunca me paré a pensar que a lo mejor todo aquello no era verdad, que en el fondo de su espíritu escondía una ambición mayor, esa ambición que vio en mí y que hizo que me aconsejara, después de enseñarme a ser periodista, que me fuera de aquella ciudad en la que él se quedó. ¿No vería en mí Manolo un reflejo de sí mismo y por eso me aconsejó que me fuera habiendo decidido para él lo contrario, quién sabe por qué razón?

—Manolo nunca se quiso marchar. Siempre quiso vivir aquí… Por lo menos a mí nunca me dijo otra cosa —me dijo Elvira muy segura esta vez de sus palabras.

Me despidió en la puerta como la tarde anterior. Ciertamente, la casa debía de parecerle inmensa, con tantas habitaciones para ella sola. Me insistió en que me quedara («¿Por qué pagas un hotel estando esta casa vacía?», volvió a decirme) y me pareció que era una súplica más

que una invitación generosa, pero yo necesitaba quedarme solo para pensar. Llevaba todo el día en aquella casa en la que cada pared me hablaba de mi pasado. Quería volver al presente siquiera fuera por unas horas.

—¿Qué tal? ¿Te gusta lo que has leído? —me preguntó Martina cuando la llamé por teléfono al salir. Iba de vuelta a mi hotel caminando por una avenida llena de árboles desnudos aún pese a que la primavera estaba a punto de estallar.

—Sí, pero no sé qué pensar de ello —le respondí contándole las historias de las dos novelas que había leído aquel primer día.

—A lo mejor es que no hay nada que pensar… —me dijo Martina con ese pragmatismo típico de los periodistas acostumbrados a transmitir las noticias sin cuestionárselas, justo al revés de lo que yo hacía cuando trabajaba en prensa. Y ello a pesar de que Manolo Castro me dejó claro desde el primer día que un periodista no da respuestas, sólo pregunta.

Cené solo en el hotel, apenas un sándwich con una copa de vino en la cafetería de la recepción; no tenía ganas de más. Sólo dos personas compartían conmigo aquel espacio impersonal, tan parecido al de todos los hoteles. Me sentí ajeno a lo que me rodeaba como tantas veces en tantas ciudades del mundo. Pero en aquélla el sentimiento era más perturbador, pues había sido la mía durante seis años. No es lo mismo sentirse ajeno en una ciudad en la que no tienes ningún recuerdo que en una que forma parte de ti. Y aquella ciudad, lo quisiera o no, era tan mía como Madrid o como el pueblo en el que nací y viví hasta que con diecisiete años me fui a estudiar a Madrid para no volver.

Desde la ventana de mi habitación, mientras me desvestía, miré la ciudad al fondo y sobre los tejados y las luces de las farolas y de las ventanas de los edificios próximos creí ver a aquel joven periodista que llegó a la ciudad lleno de ilusión y que ahora, muchos años después, era un completo desconocido para sus habitantes como ellos para él, aunque algunos de los de su época siguieran viviendo en ella, como Carracedo. Los años habían pasado borrándolo todo y lo que quedaba era el humo de los recuerdos.

6

Santamaría

LOS DOS libros de relatos, continuación uno del otro me pareció, aunque llevaran títulos diferentes: *Nubes de paso* y *Elijo la pena*, agavillaban medio centenar de cuentos escritos durante aquellos años en los que teóricamente Manolo Castro ya no escribía y que ahora se demostraban, por el contrario, muy prolíficos. Los unía el estilo y su pesimismo (todos tenían finales indeseados o dolorosos), pero los diferenciaban las historias que contaban, que iban de la simple anécdota al argumento propio de una novela corta. De todos ellos me impresionaron dos, uno sobre una violinista que desapareció una noche después de un concierto y de la que nunca se volvió a saber pese a que su violín se siguió escuchando durante un tiempo y otro que relataba la vida de un periodista de sucesos que acabó provocándolos él mismo para que no le despidieran del trabajo ante la escasez de ellos en su ciudad. Los dos relatos coincidían en una cosa: sus protagonistas eran seres solitarios y asociales y convertían en un misterio sus vidas como el propio Manolo Castro hizo con la suya por lo que ahora se empezaba a descubrir. Aquel hombre cumplidor de su trabajo, unido a su familia y cada vez más encerrado en su biblioteca había escondido otra vida de la que los originales que ahora tenía en mis manos eran la prueba.

—Deberías hablar con Santamaría —me aconsejó Carracedo cuando me encontré con él ese mediodía para comer. Lo hicimos en un restaurante próximo a su periódico en el que, según me dijo, comía a diario. Desde que se separó de su mujer, me dijo también, ya nadie lo esperaba en casa.

—¿Y tus hijos?

—Por ahí… Uno en Madrid y el otro en Mallorca. Esta ciudad no es

para los jóvenes.

—¿Tú crees?

—No es que lo crea, es que es así —me señaló las mesas del restaurante, en las que la media de edad de los comensales superaba la nuestra—. Aquí no quedamos más que los viejos —remachó Carracedo su descripción.

Santamaría, el mejor amigo de Manolo Castro, vivía fuera de la ciudad. En un caserón de pueblo rehabilitado para vivienda y estudio de pintor hasta el que Carracedo me llevó en su coche cuando salió del periódico por la tarde después de recogerme en el hotel. Previamente había llamado por teléfono al pintor para anunciarle nuestra visita y confirmar que no importunábamos. Santamaría nos recibió en el estudio en el que, según nos manifestó, se pasaba los días pintando y escuchando música, puesto que ya nada le atraía fuera.

—Ya no me quedan amigos —nos dijo con expresión melancólica—, así que ¿para qué voy a salir de aquí?

El estudio era una auténtica galería, con objetos y cuadros apilados por todas partes y un desorden aparente que escondía en realidad un orden muy impreciso que su dueño debía de conocer. Por lo menos se movía por él con seguridad, sin miedo a tirar algo como me pasaba a mí. Santamaría, barba blanca y pelo blanco revuelto, nos invitó a una copa de vino, que tomamos sentados en unas sillas que trajo de alguna parte tras quitar los cuadros que había encima de ellas.

Yo no sabía cómo empezar la conversación. Santamaría había sido el mejor amigo de Manolo, así que lo conocía muy bien, pero precisamente por eso temía que mi curiosidad le pareciera imprudente. El pintor sabía de mi relación con él, pero ésta no me autorizaba a indagar en su vida privada. Aunque en realidad lo único que yo quería saber de Manolo era por qué siguió escribiendo a escondidas, no si tenía una relación secreta.

—¿Que por qué siguió escribiendo? —repitió mi pregunta el pintor como si se sorprendiera de ella—. Pues porque era un escritor… ¿Tú no eres escritor? —me dijo mirándome fijamente—. Pues sabrás mejor que yo por qué escribís los escritores…

—Por qué escribimos sí —le contesté yo—. Lo que no sé es por qué alguien decide hacerlo en secreto. Que es lo que hizo Manolo, según parece.

Santamaría bebió un trago de vino de su copa. Miró el taller, que era

una prolongación de sí mismo o así me lo pareció al entrar: todo en él era excesivo. Santamaría lo era tanto en su aspecto físico como en su creatividad. El taller estaba lleno de cuadros, la mayoría de ellos obra suya, aunque también los había de otros amigos pintores, según nos dijo.

—Mira —volvió a hablar Santamaría después de dejar la copa sobre una mesa, una especie de escritorio muy antiguo lleno también de objetos de todo tipo—, Manolo siempre fue escritor. Desde que lo conocí escribía y lo conocí muy joven. Escribir era su vocación como la mía ha sido pintar. Por eso yo nunca le creí cuando dijo, a raíz de lo que le pasó con su primera novela, que dejaba de escribir.

—¿No le creíste o sabías que no lo había hecho?

—No le creí y sabía que no lo había hecho —me respondió el pintor sin dudarlo mucho.

—Pues su mujer y sus hijas ni lo sospechaban —le dije.

—Seguro —se encogió Santamaría de hombros, como diciéndome que no le sorprendía.

La conversación giró hacia otros temas que, al parecer, le importaban más, puesto que para él no suponía ninguna sorpresa que Manolo Castro hubiera seguido escribiendo, y acabó hablando de su pintura, no en vano estábamos en su taller. De estilo y pincelada inconfundibles, sus cuadros reproducían los mismos temas de siempre: paisajes urbanos, bodegones de pintor, retratos de gente anónima, composiciones sobre arpillera o cartones burdos, si bien su paleta se había oscurecido un tanto, señal de que su espíritu también. A los setenta y cinco años, dos más que su amigo Manolo, Santamaría se mantenía lleno de energía, pero se le veía preocupado ya por la proximidad del final, algo que ocurre, según nos dijo, no cuando la edad te lo indica sino cuando los amigos empiezan a dejarte solo. Así al menos pensaba Santamaría aquella tarde de marzo mientras el sol caía sobre su estudio llenándolo de una luz dorada, una luz que parecía brotar de los cuadros colgados en las paredes más que llegar de fuera a través del ventanal que se abría hacia el huerto que rodeaba el viejo caserón de adobe.

—¿Sabéis qué es lo que me obsesiona ahora? —nos preguntó señalando un lienzo sin comenzar que esperaba su inspiración en un caballete.

—No —le dije yo sabiendo que esperaba esa respuesta.

—Cuál será mi último cuadro —respondió él.

—Te falta aún mucho para eso… —le dije yo quitándole trascendencia.

—No lo sé, ni me preocupa —dijo él—. Pero sea cuando sea me pregunto ya desde hace algún tiempo cuál será mi último cuadro. Aunque os parezca absurdo, es algo que me gustaría saber.

—¿Y cómo lo imaginas? —le preguntó Carracedo, que hasta ese momento había permanecido callado.

—Si lo imaginara no lo pintaría —le respondió Santamaría con una sonrisa irónica apurando su copa de vino.

Carracedo y yo hicimos lo mismo. El vino estaba bueno, se veía que el pintor tenía buen gusto.

—¿A Manolo le obsesionaba también la idea del final? —aproveché yo para volver al asunto que me había llevado hasta allí.

—Supongo. Aunque nunca hablamos de ello —me respondió el pintor.

—¿Sabía Manolo que se iba a morir?

—Claro. Lo supo desde el primer momento, antes de que se lo dijera el médico —me dijo Santamaría contemplando de nuevo el lienzo en blanco, que parecía un sudario, allí, colgado en el caballete.

La luz cayó en el estudio y el pintor encendió una bombilla que lo iluminó a la vez que lo llenó de sombras, las mismas que nos ensombrecían por dentro a nosotros en aquel momento. Carracedo había regresado a su mutismo y Santamaría encendió un cigarro que cubrió de humo su rostro. Fumaba como vivía, con escepticismo.

Yo había dejado de fumar, pero le pedí un cigarro para acompañarlo.

Me lo alargó.

—El primero que fumo en diez años —le dije mientras lo encendía —. Lo fumaré en honor tuyo y de Manolo, al que tanto le gustaba hacerlo.

—Fumar acompaña mucho —dijo Santamaría—. Sobre todo cuando te sientes solo.

—¿Manolo se sentía solo? —le pregunté.

—Seguro —respondió él.

—Pero tenía una familia…

—Y yo. ¿Y de qué te sirve?

—Para no sentirte solo —respondí yo.

—Todos nos sentimos solos en algún momento, César. Da igual que

lo estés o no. Tú deberías saberlo —me dijo Santamaría volviendo a llenar las copas—. Yo, por ejemplo, donde más acompañado me siento es aquí, pintando —añadió.

—Pues a Manolo le pasaría igual escribiendo… —me atreví a decirle yo.

—Seguro. Por eso seguiría haciéndolo. Uno escribe o pinta porque se siente solo, no porque pretenda estarlo. ¿No es así?

Me quedé pensando en ello. Nunca lo había visto de esa manera: que escribir fuera una forma de no sentirse solo. Al revés, siempre había pensado justo lo contrario: que escribir era un modo de buscar la soledad, una manera de huir del ruido del mundo.

El sol se puso detrás de la cordillera que se recortaba al fondo, en la lejanía, al otro lado del ventanal, por encima de los árboles del huerto, en los que despuntaban ya las primeras flores, blancas como las montañas. Sentí una melancolía que nada tenía que ver con aquel momento, un sentimiento de soledad que venía del pasado, de aquellos años de mi juventud en los que conocí a Manolo. ¿Cómo no había entendido ya entonces que estaba solo y que por eso buscaba mi compañía, no porque me tuviera aprecio? Viéndole con su familia me equivoqué al pensar que se sentía acompañado por ella y que su vida era la que eligió, no la que le procuró el destino. Santamaría lo había tratado más, por eso lo conocía mejor.

—Manolo, desde que nos conocimos, y nos conocimos siendo muy jóvenes —volvió a decir—, fue una persona muy solitaria. Y especial —añadió—. Ni yo mismo llegué a conocerlo del todo pese a que vivimos muchas cosas juntos.

—¿Y Elvira? —le pregunté yo a la vista de los secretos que ésta había descubierto tras su muerte.

—Los que menos nos conocen son a veces los que viven con nosotros —me dijo Santamaría apurando su cigarrillo, que ya empezaba a ser una brasa sólo—. Elvira es una buena mujer. Quería mucho a Manolo. Se casaron muy jóvenes y siempre permanecieron juntos. Pero eran mundos muy diferentes.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Nada en concreto —me respondió Santamaría antes de añadir—: Y sí: que Manolo y su mujer tenían poco en común.

El pintor guardó silencio. El ventanal del estudio se había oscurecido del todo y detrás de él había desaparecido el pueblo, cuya quietud sobrecogía aún más a esa hora. Sólo se adivinaba a lo lejos el ruido de

la carretera, por la que circulaban cada vez menos coches a juzgar por él.

—¿Manolo venía a visitarte aquí? —pregunté por romper el silencio.

—Poco… En los últimos tiempos muy poco —dijo Santamaría apagando su cigarro en la paleta que utilizaba como cenicero; yo le imité, pues me estaba mareando por la falta de costumbre—. Y desde que enfermó ya nunca —añadió.

—¿Cuánto tiempo estuvo enfermo?

—En teoría un año, en la realidad muchos.

—¿Qué quieres decir? No entiendo…

—Que Manolo siempre estuvo enfermo. Manolo era depresivo.

—¿Depresivo?… ¿Desde cuándo?

—Desde siempre.

—Pues yo nunca se lo noté —le dije al pintor, sorprendido por su revelación.

—Es normal, eras muy joven —me dijo él.

—Tampoco luego, cuando volvía…

—Claro, porque venías un día a verlo y te ibas. Y a él le alegraba mucho que vinieras. Eras como un hijo para él, lo sabes.

—Tanto como eso…

Santamaría me miró como si me analizara. Quizá pensaba en cuál era la razón por la que había ido a verlo a su estudio, ya que hasta el momento no se lo había dicho. Aunque era fácil imaginarlo. Tanto él como Carracedo sabían lo que Manolo había supuesto para mí, por lo que no era difícil adivinar mi interés por saber quién era realmente ahora que sus secretos empezaban a aflorar. Después de tantos años de conocer a Manolo tenía la impresión de que no sabía quién era.

—Bueno, pues por Manolo —levantó su copa Santamaría para brindar dando por terminada la conversación. Se le veía ya con ganas de despedirnos.

Aún le hice una última pregunta, pese a ello:

—¿Manolo tenía una doble vida?

—¿Y quién no? —respondió el pintor con una expresión ambigua levantándose para acompañarnos fuera, donde la noche se había adueñado ya del pueblo. Un pueblo que parecía dormido desde hacía siglos y que continuaba desierto igual que lo encontramos al llegar.

—Santamaría sabe más de lo que te ha contado —me dijo Carracedo

mientras conducía de vuelta a la ciudad.

—¿Por qué lo dices?

—Porque lo sé —me respondió él, lacónico, antes de guardar silencio.

7

Elvira

NIEVE de primavera fue la siguiente novela de Manolo que leí. Lo hice aquella misma noche aprovechando que Elvira me había dejado llevármela al hotel para que pudiera avanzar en la lectura de las que me quedaban. Aún me restaban cinco novelas por leer, además de la obra de teatro.

Como las anteriores novelas de Manolo, *Nieve de primavera* contaba una historia que nada tenía que ver aparentemente con él: la peripecia de unos contrabandistas en la frontera de Portugal, pero, al revés que en aquéllas, había párrafos y frases que invitaban a ponerlo en duda. Frases como *la realidad es nieve de primavera, lo que permanece al fin es lo que la nieve oculta* o *la vida no tiene ningún sentido sin otra vida soñada, otra vida que consuele de la propia*, y párrafos como el que iniciaba el libro, que releí tres o cuatro veces hasta comprenderlo bien:

> *Hubo un día en el que entendí por fin que todo lo que me rodeaba se había convertido en hielo, nieve petrificada como la de los glaciares, que destella a la luz del sol pero que contradice el poder de éste porque el frío sigue alentando en su luz como en los sueños de los contrabandistas que cruzan por las noches la frontera al amanecer del siguiente día. Así era mi vida ya: una noria en la que el tiempo se había quedado parado y de la que necesitaba escapar para no morir…*

¿Qué quería decir aquello? ¿A qué se refería Manolo Castro con ese frío que llenaba las frases de su libro, un frío que se te metía en el alma a medida que ibas leyendo y desbrozando el bosque de palabras que integraban aquel texto tan hermoso como fantasmal? Y tan duro.

Porque la historia de los contrabandistas estaba llena de tragedia, la de sus vidas y la de sus muertes. Uno tras otro irían cayendo en el monte, en el que la luna era tan peligrosa como la policía.

Acabé la lectura de la novela ya bien entrada la madrugada. El silencio en el hotel era total. No se oía ni siquiera el murmullo de una televisión o el ruido del ascensor al detenerse en alguna planta. Era como si todo se hubiera quedado quieto, como si el silencio se hubiese helado como la nieve de la que hablaba Manolo en su relato de los contrabandistas. Me asomé a la ventana y entendí el porqué. Todo estaba nevado detrás de ella, la ciudad dormía bajo un manto blanco. Mientras yo leía la novela, había nevado copiosamente y la ciudad era un lienzo blanco como el que esperaba en el estudio de Santamaría su inspiración sobre un caballete; un lienzo blanco y enorme que cubría los tejados del hotel y de los edificios vecinos convirtiendo la noche en una ilusión óptica.

Por la mañana, todo era blanco en la ciudad desierta. Desde la ventana de mi habitación, primero, y desde la calle, luego, la ciudad parecía un sudario de nieve, una fantasía invernal que los pocos peatones que pasaban a esa hora contemplaban con asombro. En medio de ellos, yo iba mirándolo todo con la curiosidad de quien hacía ya tiempo que no veía nevar y menos en primavera, un tiempo en el que la nieve es tan rara como efímera. Pero aquella nieve que ahora pisaba de camino nuevamente a la casa de Manolo confirmaba que su novela no sólo era premonitoria sino realista, puesto que sus descripciones eran exactas a lo que yo veía. Sólo había que cambiar la época de la novela y el escenario para comprobar que todo era igual que entonces. Y lo mismo sucedía con los personajes. Manolo los había descrito con tal detalle que los inmortalizó.

—¿Qué tal? ¿Has visto la nevada que ha caído?…

Elvira me esperaba con el desayuno puesto.

—Gracias, pero ya desayuné —le dije.

—Toma otro café —me insistió—. Te vendrá bien para quitar el frío.

Acepté su ofrecimiento y me serví una taza de café, humeante como la cafetera. Era una cafetera roja, panzuda como una caldera. Tenía ya muchos años a juzgar por sus quemazones.

—Me ha parecido mejor que las anteriores —le dije a Elvira posando sobre la mesa la novela que me había llevado al hotel.

—¿De qué trata?

—De contrabandistas.

—¿De contrabandistas? —respondió ella, sorprendida.

—Sí, es una historia de la posguerra, como la de *Vagalume*. Aunque ésta no cuenta nada que aconsejara a Manolo no publicarla y menos cuando la escribió.

—Sigo sin entenderlo —me volvió a decir Elvira—. No entiendo por qué me ocultó que escribía.

—Yo tampoco —le dije.

Aunque en el fondo no estaba tan seguro. La confesión de Santamaría sobre su relación con Manolo y las palabras de Carracedo sonaban en mi cabeza, de hecho lo hicieron toda la noche mientras leía aquella novela llena de nieve y de premoniciones. Como las anteriores y como los dos libros de relatos de Manolo, *Nieve de primavera* era una novela hermosa pero tenía un halo de dramatismo que la hacía diferente y más profunda, menos previsible y clara, quizá más llena de referencias para quien conociera al autor. Yo lo conocía bastante, pero no tanto como su mujer.

—Los abuelos de Manolo fueron contrabandistas como todos los vecinos de la aldea en la que vivían, muy próxima a la frontera de Orense con Portugal. Lo sé por él.

—O sea, que la novela tiene que ver con su vida…

—En este caso sí —respondió Elvira, que ya sabía por mí de qué trataban las otras.

—¿Las otras tú piensas que no? —le pregunté por ver qué opinaba.

—Creo que no —me contestó.

No insistí más. A Elvira se la notaba incómoda hablando del pasado de Manolo, que ahora se demostraba tan sorprendente. Para ella más que para cualquier otra persona, pues había vivido con él casi medio siglo.

—¿Cómo te sentirías tú —me preguntó después de guardar silencio— si descubrieras que tu mujer te ocultó durante años algo tan importante para ella como para mi marido era escribir? ¿Qué sensación tendrías?

—Desagradable —le respondí.

—Pues así me siento yo: con la sensación de haber sido engañada por la persona que para mí lo significó todo y además sin saber por qué.

—Igual no había ningún motivo —traté de justificar a Manolo y de paso consolarla a ella.

—Pues peor… Si no tenía una razón para lo que hizo, aún me duele mucho más —me contestó con lágrimas en los ojos que en seguida se secó con un pañuelo, avergonzada de que la viera llorar.

La mañana la pasé intentando leer otra de las novelas de Manolo (*Ventanas en la noche* era su título), pero no conseguí concentrarme en ella. No dejaba de pensar en su mujer, por la que empezaba a sentir compasión después de verla llorar. Elvira tenía razón. ¿Por qué le ocultó que seguía escribiendo? Es más: ¿por qué guardó sus libros con llave para que no los pudiera encontrar?

La respuesta nadie parecía tenerla. Por lo menos nadie de su familia y de sus amigos, salvo que me mintiesen. Y en los libros que había escrito, incluida la novela sobre su padre, tampoco había ninguna pista concreta. Al menos en los que yo había leído hasta aquel momento, que eran ya la mitad de los que dejó escritos. No se entendía, por tanto, su ocultación, puesto que nada había en aquellos libros que pudiera ofender a otras personas, en especial a las más cercanas a él.

Cerré el que estaba leyendo y me asomé a la ventana. El jardín seguía nevado, pero el sol, que volvía a coronar el cielo, ablandaba la nieve sobre la hierba, que ya asomaba en algunas zonas. Poco duraría esa nieve, como era de prever dada la época: a las puertas de abril, el mes en el que la primavera se abre camino buscando el calor de la vida después de un invierno largo y lleno de oscuridad. Me imaginé a Manolo en aquel despacho escribiendo durante horas mientras su familia permanecía ajena a ello y sentí una complicidad extraña con él, un sentimiento de solidaridad que tenía que ver más con la profesión que con nuestra amistad, con la incomodidad que para los que nos rodean provoca a veces nuestro aislamiento. En aquel despacho ahora vacío, el hombre que lo ocupó durante tantos años como llevaba viviendo en aquella casa que su padre compró por poco dinero según me contara él mismo, pues estaba abandonada y en ruina, pasó miles de horas fuera del mundo como su padre hiciera también, cada uno por una razón diferente. Lo imaginé escribiendo a la luz del flexo, su silueta proyectada contra la pared del fondo igual que la del ordenador, como una prolongación el uno del otro, como una sombra que integraba los dos cuerpos convirtiéndolos en uno solo. La imagen de Vagalume se repetía así muchos años después, pero ahora sin que nadie la apreciara, pues la familia de Manolo daba por hecho que éste había dejado de escribir. Dos imágenes en una, la del padre y la del hijo, que se convertían en una presencia extraña en aquel silencioso despacho del

que yo era el único ocupante ahora.

—¿Qué tal? —me preguntó Martina al otro lado del teléfono. Me llamaba para saber de mí.

—Bien, aquí sigo —le contesté.

—¿Has visto algo interesante?

Se refería a las novelas de Manolo. A si había encontrado algún dato en ellas que resolviera el enigma que envolvía la figura de su autor.

—Nada. Ni creo que lo haya —le respondí bajando la voz no fuera a ser que me oyera la mujer de Manolo. Desde el despacho la oía ir y venir embalando paquetes para la mudanza que se aproximaba.

—¿Cuándo vuelves? —me preguntó Martina sin mucho interés.

—No sé, en un par de días, calculo. Lo que tarde en leer lo que me falta —le dije.

Martina colgó el teléfono y yo me quedé pensando. ¿Cuánto hacía que no le daba a leer mis escritos, que no compartía con ella nada de lo que estuviera haciendo? Al principio, cuando nos conocimos, yo le contaba todo, le confiaba mis dudas y le pedía opinión, pero en algún momento dejé de hacerlo y desde entonces ni siquiera hablaba con ella de lo que escribía. Martina tampoco mostraba mucho interés por saberlo. Como si los dos diéramos por entendido que cada uno de nosotros necesitaba su privacidad, yo me dedicaba a escribir y ella esperaba a que acabara mis libros para leerlos. Supuse que algo así les pasaría a Manolo y a Elvira, que habría llegado un día en el que se despreocuparon el uno del otro, bien por comodidad, bien por no molestar, y, como me ocurría a mí, Manolo se sumergió en su mundo sin preocuparse de compartirlo con nadie más. Hasta ahí podía entenderlo. Lo que ya no entendía es que lo hubiera hecho hasta el punto de ocultar a su familia que había vuelto a escribir, como si escribir fuera algo de lo que avergonzarse. Sólo alguien con algo que esconder actúa de esa manera y eso es lo que me desconcertaba de Manolo. Porque, fuera como fuera, aunque se tratara de un hombre reservado e introvertido como en efecto era él, ello no justificaba su comportamiento del mismo modo en que tampoco lo justificaría el hecho de que sintiese rencor hacia la sociedad en la que vivía, si es que era ésa la razón de su actitud como en algún momento en aquellos días llegué a pensar.

—A ver, Manolo estaba dolido por lo que le tocó sufrir a su padre y

a su familia. Pero de ahí a que sintiera rencor…

Elvira me miraba sentada en el salón como si ya se hubiese ido de la casa que pronto iba a abandonar. Apenas quedaban ya algunos muebles, los imprescindibles para poder seguir estando en ella mientras recogían todo. En unos días, me dijo, se iría de aquella casa después de cuarenta años viviendo allí.

—Supongo que te da pena —le dije.

—Sí y no —me contestó—. Desde que se murió Manolo me siento como un fantasma entre estas paredes. Sin Manolo esta casa no tiene ningún sentido.

—¿Y tus hijas? ¿No quiere ninguna de ellas mudarse a vivir aquí? Es una casa preciosa…

—Ninguna de las dos quiere. Tienen las suyas —me respondió Elvira mirando el salón con melancolía.

Era la imagen del abatimiento, de la desolación de quien de repente se encuentra sola, enfrentada al vacío de una vida y con la sensación de no entender la pasada o por lo menos de no haberla entendido del todo. Que el hombre con el que la compartió resultara de pronto un extraño para ella, alguien desconocido o cuando menos no el que creía que era, debía de situarla en una suerte de irrealidad, en una ficción semejante a la que describían aquellos libros de Manolo que ella, me parecía, temía leer antes de que yo lo hiciera por si hubiera en ellos algo que no quisiera saber. Esa irrealidad extraña la acentuaba la casa semivacía y aquella nieve de primavera que cubría a medias el jardín dándole una luz opaca, como de alabastro o de sueño, una luz que lo amortiguaba todo, el silencio de la casa y sus rincones, las estanterías con libros y los armarios llenos de ropa y de secretos de toda una vida guardada en sus cajones.

—¡Toda una vida!… —suspiró Elvira volviendo de sus pensamientos y mirándome de nuevo—. ¿Tú qué piensas de todo esto? —me preguntó, y añadió—: Dime la verdad.

—¿La verdad? —respondí yo en voz alta mientras pensaba qué responderle.

—Sí. Lo que de verdad piensas de todo esto —me repitió Elvira señalando la novela que yo había dejado abierta sobre la mesa.

—La verdad es que no lo sé. No pienso nada concreto… —le mentí a medias, pues si, por una parte, era cierto que no tenía una idea concreta sobre el porqué del comportamiento de su marido, por otra, cada vez veía más claro que la explicación tenía que ver con ella siquiera fuera

indirectamente. Pero eso no se lo podía decir.

—Yo cuanto más lo pienso menos lo entiendo… —me sacó Elvira del apuro justo cuando sonaba el timbre.

Era María, su hija, que venía a comer con nosotros.

8

María

LA ACOMPAÑÉ después hasta su trabajo. Necesitaba dar un paseo tras toda una mañana encerrado en aquella casa leyendo y, además, quería hablar con María a solas. Quería saber qué pensaba de su padre sin que su madre estuviera presente.

—Mi padre fue un fracasado —me dijo.

—¿Por qué crees eso? —le pregunté.

—Porque sólo un fracasado hace lo que hizo él —me respondió después de pensarlo un poco.

Se la notaba enfadada. Con su padre o con quien fuera, pero enfadada. María iba andando por la acera junto a mí, pero se veía que su cabeza estaba muy lejos.

—¿Tú crees que no publicar es un fracaso? —le pregunté mirándola de reojo.

—Escribir y no publicar no es ningún fracaso. No haberlo intentado sí —me respondió ella.

—¿Y por qué das por hecho que no lo intentó? —le dije yo ahora contemplando el paseo ya sin nieve, salvo en los árboles y en algunas zonas de umbría. En sólo unas pocas horas el sol la había derretido toda.

—Porque lo conocía. Y porque sé que, de haberlo intentado, hubiera podido publicar todos esos libros sin ningún problema —dijo María sin dejar de andar—. Mi padre era muy conocido aquí, lo que le habría sobrado era dónde publicar si hubiera querido hacerlo… Pero no quiso —añadió.

—¿Tú los has leído ya?

—No. Y no sé si lo haré…

Su librería estaba en una plaza de la parte antigua. Era un local remozado y moderno, pero que conservaba su primitivo nombre: La Comercial.

—¿Quieres entrar? —me invitó María a verla.

Acepté y entré con ella. La librería acababa de abrir después de la pausa del mediodía, pero ya había en ella un par de clientes además de la socia de María, una mujer muy risueña y de aspecto juvenil.

—Bienvenido —me saludó—. María me ha hablado mucho de ti.

Los clientes se volvieron a mirarme. Ninguno me reconoció, por suerte. Mi rostro no es popular, ya me he cuidado yo de evitarlo huyendo en lo posible de la prensa y, sobre todo, de la televisión. Aunque no tanto como Vagalume, yo también soy un escritor sin rostro o por lo menos con uno no demasiado reconocible.

La socia de María se quedó con un cliente y yo acompañé a ésta hasta el altillo donde tenía su territorio, que era el de la literatura extranjera y los libros de ensayo y de poesía. Había también una mesa baja con un par de sillas en las que me invitó a sentarme.

—¿Quieres un café? —señaló la máquina que reposaba sobre una encimera.

—Vale, tomo un café contigo y me voy —acepté.

Como por la mañana con su madre, el café con María animó la conversación y la hija de Manolo acabó por contarme, aparte de algunas anécdotas sobre su relación con su padre, principalmente de cuando era pequeña, otro secreto de éste, un secreto menos trascendente que los que habían salido a la luz después de su muerte pero no menos significativo:

—Mi padre lo que de verdad hubiera querido ser es poeta. Pero le faltaba el don.

—¿El don?

—La gracia de la poesía —me aclaró María—. Ésa se tiene o no se tiene. Y mi padre no la tenía.

—¿Nunca escribió poesía? —le pregunté.

—No, que yo sepa —me contestó—. Aunque después de todo lo que hemos visto, ¿quién sabe?… —añadió con una sonrisa irónica, la primera que esbozaba en todo el tiempo que hacía que estaba con ella —. Mira, César, mi padre era un hombre extraño. Más que extraño, retraído. Y asocial, bastante asocial. En el trabajo lo disimulaba porque tenía que hacerlo, y más cuando le tocó dirigir el periódico, pero en

casa era una persona ausente. Se pasaba las horas encerrado en su despacho sin tiempo casi para nosotras…

—Pues a mí siempre me pareció lo contrario: que estaba muy pendiente de vosotras. De tu madre y de vosotras, sus dos hijas.

—Lo parecía —me concedió María—; pero no era así.

La conversación sobre Manolo terminó ahí. No iba yo a contradecir a su hija, que lo conocería mejor que yo. Y que tenía sus motivos para pensar que su padre era un fracasado, pensara lo que yo pensara. Aunque, a decir verdad, tampoco yo tenía una opinión concreta sobre Manolo. Mientras más sabía de él más perdido me sentía y más lejos de saber qué fue lo que le llevó a vivir una vida así, una vida como la de su padre sólo que sin necesidad de ello.

—¿Qué tal por aquí? —me preguntó la socia de María acercándose a la mesa donde tomábamos el café.

—Bien, recordando viejos tiempos… —le respondí.

—Ya me ha contado María lo que estás haciendo. Es una suerte que lo hagas tú. Quién mejor para valorar los libros de su padre y para decidir si se han de publicar o no que tú, que lo conociste bien y que además eres escritor —me halagó.

—Los que he leído hasta ahora merecen que se publiquen todos, sin duda ninguna. Están muy bien escritos y cuentan historias interesantes. Y los que me faltan por leer imagino que también. Pero lo de publicarlos o no ya es cosa de sus herederas —señalé a María, que me miró con cara de sorpresa. Ella, que tanto recriminaba a su padre que no hubiese intentado publicar lo que escribió, ahora era junto con su hermana y con su madre la que tendría que decidir el destino de los libros que dejó inéditos.

—¿Hablan de esta ciudad? —me preguntó su socia con interés localista.

—Puede ser. Aunque en ninguno de los relatos y las novelas que he leído hasta el momento se nombra ninguna.

—Pero se la identifica… —insistió ella con la esperanza de que fuera así. Se ve que era lo que más le interesaba saber de los libros de Manolo, por lo menos a priori.

—No lo sé, posiblemente —le respondí yo—. Cuando los leáis, vosotras sabréis mejor. Yo me fui de aquí hace mucho tiempo y la ciudad ha cambiado desde entonces —me justifiqué.

—Pues a ver si podemos leer esos libros pronto —se despidió la mujer yendo a atender a un cliente que había entrado en la librería.

Yo aproveché para despedirme también de María. Como a su socia, la esperaba también otra persona, una mujer con boina y muy sonriente que acababa de subir hasta el altillo buscando un libro de un poeta inglés. Tenía aspecto de profesora y vestía de forma muy llamativa para una ciudad tan sobria como era aquélla: un vestido azul de flores bajo un abrigo de color marfil.

Cuando salí de la librería dudé qué hacer. Debería seguir leyendo las novelas de Manolo, pero no me apetecía volver a encerrarme en su casa después de toda la mañana en ella. Mientras lo decidía, eché a andar por la avenida y, cuando me quise dar cuenta, estaba ya al final, en uno de los barrios que bajaban hacia el río, cuya arboleda se adivinaba al fondo sobre las azoteas de los edificios nuevos.

La tarde era luminosa y, aunque la nieve aún cubría algunos tejados, sobre todo los que miraban al norte, el tiempo era suave para la época, lo que me animó a seguir caminando. Necesitaba estirar las piernas después de dos días sentado en el despacho de Manolo leyendo o con Carracedo en cualquiera de los bares en los que quedaba con él para tomar un vino y cenar al finalizar el día. El aire, además, invitaba a respirar. Venía de las montañas cuyo perfil se intuía al fondo, hacia el norte, y traía un aroma a nieve y a primavera recién estrenada que hacía que los pulmones se dilataran como las nubes que atravesaban el cielo en dirección a ninguna parte. Como yo, que no sabía a dónde me dirigía, que era precisamente lo que me hacía sentir tan bien. Por primera vez desde que estaba en aquella ciudad, la ciudad de mi juventud, aquella a la que entregué mis mejores años y otros, como Carracedo o Manolo, su vida entera, sentía que no era un forastero en ella o que, si lo era, no me importaba sentirme así. La condición de desconocido tiene sus compensaciones, una de ellas que nadie te pare por la calle para contarte algo que no te interesa o que no te apetece escuchar en ese momento.

Al final de la calle desemboqué en un paseo que bordeaba el río por su orilla, desde la que lo cruzaban puentes, cada uno de una época y un material diferentes. El más viejo era de piedra y el más moderno una pasarela de hormigón en comba, los dos para uso de los peatones (entre ellos había otro también moderno para los coches y otro de hierro para el ferrocarril). Crucé por la pasarela y me encaminé, al otro lado, por una vereda que se adentraba en la vegetación y que fue por la que Manolo me había llevado una vez hacia el puente olvidado por el río y sepultado por la maleza con el que se identificó. Estaba fuera de la ciudad, en un meandro que el río hacía antes de llegar a ella y por el

que el puente se perdió en su día. Tardé en encontrarlo porque la vegetación había crecido mucho en su entorno (y porque la nieve allí se mantenía más al estar en sombra), pero lo encontré por fin después de dar varias vueltas y de volver sobre mis pasos varias veces. Recordé la mañana en la que me lo enseñó Manolo, su mirada triste y atenta, las palabras con las que se definió: «Es como yo». Habían pasado bastantes años desde aquel día, pero sus palabras seguían intactas en mi memoria, tanto que las estaba escuchando de nuevo. Y también las de su hija, aquella niña a la que vi crecer y que ahora era ya una mujer de la que me acababa de despedir en la librería: «Mi padre fue un fracasado». Unas y otras retumbaban en sordina como el río, no el que había dejado atrás sino el que en algún momento pasó bajo el puente desfigurado por la maleza que había crecido en su antiguo cauce y que seguía sonando entre sus pilares pese a no llevar ya agua. Como el óxido, el pasado continuaba adherido al puente que Manolo consideraba su espejo porque lo reflejaba como él se veía. Y como lo veía su hija, aunque él no llegara a saberlo.

—¿Qué tal el paseo? —me preguntó su mujer cuando volví a la casa sin imaginar de dónde venía.

—Bien, bien —le respondí dispuesto a regresar a la novela que había dejado a medio leer.

9

Ventanas en la noche

—¿No serán imaginaciones tuyas?

La pregunta de Carracedo quedó flotando en el aire, perdida entre las voces de los clientes del bar en el que tomábamos unos vinos, una taberna de la parte vieja a la que él solía acudir muchas tardes cuando salía de trabajar. Creo que ya existía en mis tiempos, pero estaba muy cambiada.

—Puede ser —le dije yo sin estar convencido de ello.

La verdad es que había sido muy extraño aquel encuentro con la mujer de la boina y el vestido azul de flores. En la ribera, cuando volvía del puente, me crucé con ella, yo desandando el camino y ella andando en dirección a él, y, fuese casual o no, el encuentro tuvo algo de irreal, no sólo por el lugar, que parecía fuera del mundo, sino por el hecho de que la mujer y yo hubiéramos coincidido en la librería de María hacía sólo una hora. Si no me había seguido era una casualidad, pero una casualidad de peso.

—Hay mucha gente rara en esta ciudad —dijo Carracedo, no sé si interpretando mi pensamiento en aquel momento o refiriéndose a la clientela que nos acompañaba en el bar.

Como la noche anterior, regresé tarde a mi hotel después de rehusar su invitación a tomar una copa en el bar en el que terminamos la del funeral de Manolo y al que él acudía todas las noches para encontrarse con sus conocidos, más náufragos que supervivientes ya como él. En mi camino volví a cruzar la ciudad, en la que aún quedaban manchas de nieve, placas amontonadas por los servicios de la limpieza en las aceras, lo que les daba a las calles un aspecto fantasmal y misterioso, como si flotaran en una ilusión de invierno, una ilusión que se convertía en un

sueño, el de la ciudad dormida en la que yo parecía ser el único ser vivo a aquella hora, excepción hecha de los clientes de los escasos bares que permanecían abiertos. Aunque no era así. En la oscuridad de la noche, las luces de los edificios demostraban que había gente despierta en ellos, que tras las ventanas rojas y amarillas, dependiendo de la luz de las bombillas encendidas, había personas que seguían conectadas a la vida, cada una de ellas con sus ilusiones y miedos acompañándolas como me sucedía a mí cuando escribía solo en la noche como el Vagalume de la novela de Manolo Castro o como él mismo mientras vivió. Las luces de sus ventanas, ahora apagadas definitivamente, fueron durante años el marco a la fantasía a la que se asomaron sus dueños, aquellos hombres que se pasaron la vida escribiendo de noche para no despertar sospechas o para no molestar a sus familias, que dormían confiadas mientras ellos vagaban por su imaginación como las luciérnagas en las que se convirtieron. Porque de tanto alumbrar la noche ellos mismos se volvieron luz, esa luz tan necesaria para iluminar el mundo cuando la soledad de la gente se hace invivible y necesita que alguien le hable y exprese lo que le pasa sin pedir por ello nada más que la admiración. Esa admiración que hace de los lectores amigos inseparables y necesarios de los escritores, pues es a ellos a quienes escribimos aunque pensemos que estamos solos en el planeta mientras lo hacemos. Tras cada ventana iluminada hay un alma semejante a nuestra alma, un náufrago del sueño y un superviviente del día que se termina o que va a empezar que está esperando que alguien le hable para responder, si bien sus palabras nunca se escuchan. Son luciérnagas también, pero su luz no alcanza a traspasar la noche y a iluminar las almas de otras personas, sólo las suyas.

> *Era la noche oscura, la noche negra de la ciudad desierta, de la ciudad vacía y llena de claroscuros que se extendía hasta su corazón, la que esperaba Antón para abandonar su casa y echar a caminar sin rumbo fijo ni dirección y no dejar de hacerlo durante varias horas. Le gustaba deambular de noche, solo, como si se dirigiera a un punto que sólo él conocía o imaginaba y al que le empujaba la curiosidad más que la constatación de su existencia, pues las certezas le interesaban muy poco. Antón necesitaba la oscuridad como otros la luz del día y se orientaba en ella sin ningún problema, incluso por las zonas a las que no llegaba siquiera el resplandor lejano de una farola o el reflejo de la luna o las estrellas desde el cielo. Antón buscaba la noche porque lo que él quería era imaginar las vidas que se intuían tras las ventanas con luz, habituado como estaba a imaginarlo tras*

nueve años en la cárcel sin ver más que su propia ventana, cuya luz borraba la oscuridad en vez de recortarse en ella…

Desde la habitación del hotel observé la mía. La ventana era como la de Antón, sólo que él no podía asomarse a ella porque tenía una reja. También la mía era más grande, aunque el efecto de la luz era el mismo: borraba la ciudad detrás de ella al revés que desde la calle, de la que yo acababa de subir. El final de *Ventanas en la noche*, la novela de Manolo Castro que había leído todo aquel día y que terminaba ahora, me había dejado desconcertado, pues no esperaba que se cerrara de forma tan contundente. ¿Era Antón una proyección de Manolo Castro? ¿Era *Ventanas en la noche* una novela autobiográfica? La novela hablaba de la soledad, pero a la vez de la oscuridad y la luz, contradictorias ambas pero necesarias para existir. Y esa dicotomía se daba en el Vagalume de la novela perdida de Manolo, pero también en el protagonista de ésta y en todos los escritores, incluido yo. Yo buscaba también la noche para escribir, pero necesitaba la luz para iluminar mis sueños.

Me asomé a la ventana a contemplar la ciudad. Como las anteriores, la noche estaba en silencio, sólo se escuchaba el ruido de la respiración del mundo, esa respiración que componen al respirar al unísono todos los hombres y las mujeres que viven en él mientras duermen y que semeja la de un animal gigantesco, una fiera mitológica que respira como un fuelle que hace moverse la Tierra y los astros que la alumbran desde el cielo. Las luces de la ciudad, también quietas a esa hora, impedían verlos como en el campo, pero se sabía que estaban allí por su resplandor. En cambio, las de las pocas ventanas que seguían encendidas en las casas deslumbraban en la noche con su luz como si fueran cuadros pintados en vez de huecos arquitectónicos, ojos que me miraban también a mí en aquel momento. Los ojos de una madrugada en la que yo seguía despierto dándole vueltas a la figura de una persona que era un misterio, pero en la que me veía reflejado cada vez más.

Me dormí tarde y con la sensación de ser otro Vagalume en una ciudad en la que todos parecían dormir no sólo aquella noche sino desde hacía ya tiempo, el tiempo que yo llevaba fuera de ella y que ahora se me antojaba que era mucho más que el que verdaderamente había transcurrido. Mientras me dormía sentí que el tiempo se petrificaba y que las figuras que transitaban por él se quedaban quietas como esos personajes de las fotografías que permanecen ya para siempre así formando parte de la escenografía más que viviendo en

ellas. ¿Qué hacía yo persiguiendo esas sombras si ya no formaban parte del mundo?, pensé. ¿Por qué no me volvía a Madrid y me dedicaba a escribir la novela que había dejado interrumpida en mi ordenador en vez de perseguir un misterio en las de otro por más que éste fuera mi maestro? ¿Qué me retenía allí?…

En el sueño, Manolo Castro me respondió: «Yo no existí, sólo fui una creación tuya como las que pueblan tus libros y los de todos los escritores que han escrito antes que tú y que escribirán después. Yo sólo he sido una sombra en el tiempo, una ilusión de tu fantasía», me dijo mientras se alejaba hacia el puente abandonado por el río al otro lado del cual le esperaba una mujer a la que no identifiqué porque la vegetación la ocultaba casi por entero.

«¿Dónde vas?», le pregunté.

Pero Manolo no me respondió.

10

La carta

—TIENE una carta —reclamó mi atención el recepcionista del hotel cuando salía después de una noche extraña en la que me desperté numerosas veces. Los vinos con Carracedo no me habían sentado muy bien, parecía.

El recepcionista me entregó la carta, que no tenía remite, sólo mi nombre. El hombre se disculpó por no poderme decir quién la había dejado.

—Fue antes de que yo entrara a trabajar —me dijo.

Me senté en un sofá de la recepción a leerla. Estaba escrita a mano y me costó entenderla:

Hola, César, no me conoces y yo a ti tampoco, salvo por referencias. Manolo me habló mucho de ti. Supongo que sabes que te apreciaba y que siempre estuvo orgulloso de tus éxitos, tanto los periodísticos como los literarios. Decía que eras el mejor periodista que tuvo a sus órdenes y que tenías mucho talento. Además te seguía de cerca. Para él eras más que un discípulo o un amigo. Yo creo que eras el hijo escritor que le hubiese gustado tener, seguramente porque le recordabas a él cuando comenzaba. Constantemente estabas en su recuerdo y sé que sintió no despedirse de ti antes de morir, porque me lo dijo.

Soy la persona que te dejó en este hotel el ejemplar de la única novela que publicó. Me has visto, pero no sabes quién soy. Y yo tampoco te lo voy a decir ya, no merece la pena a estas alturas. Estuve a punto de hacerlo cuando Manolo murió, pero me arrepentí. Así que mejor que nunca lo sepas. Dejemos que la historia siga su curso.

Sé que has vuelto para leer unas novelas inéditas de Manolo que escribió al parecer sin decírselo a nadie. No sé lo que contará en ellas, pero sea lo que sea me gustaría que no se publicaran, puesto que su deseo fue ése. Si Manolo hubiese querido publicarlas lo habría hecho; luego, si no lo hizo, fue porque no quería. Te digo esto por si su familia te pide tu opinión, que lo hará.

Espero que me perdones por no identificarme. Quién soy yo es lo de menos.

Un saludo.

Cerré la carta y me quedé mirando la recepción del hotel, aquel vestíbulo lleno de plantas y butacones de cuero negro en cuyo centro estaba el mostrador de admisión. Tras él, el recepcionista atendía en ese momento a un par de clientes que dejaban el hotel a tenor de su conversación.

No sabía qué pensar. Ni de la carta, ni de Manolo, ni de mí mismo siquiera. Porque ¿qué hacía yo en medio de toda aquella historia? ¿Por qué no me volvía a Madrid y me dedicaba a resolver mi vida en vez de perseguir fantasmas en aquella ciudad llena de ellos, comenzando por el mío? ¿No era yo un fantasma más regresado del pasado para tratar de resolver un misterio que a cada día que pasaba se engrandecía aunque nadie pareciera darse cuenta de ello? ¿Era yo el único que se daba cuenta de que Manolo Castro, aquel hombre inteligente y familiar, el que me enseñó a escribir y a entender que el periodismo y la vida eran dos cosas distintas, el que me guio cuando comenzaba en ambos y me aconsejó que me fuera lejos para no acabar convertido en una estatua de sal (fue la expresión que usó), aquel hombre al que cuando regresaba a verlo encontraba cada vez más aislado de todo, lo cual no le impedía alegrarse de que fuera a visitarlo, escondía en su aislamiento otra vida inconfesada o cuando menos secreta para los demás?

Desde la calle llamé a Martina para contarle lo que acababa de sucederme. La encontré ya en la radio preparando su programa, que estaba a punto de comenzar.

—A ver, César, es muy fácil: tu amigo tenía una amante —me dijo sin tiempo para seguir hablando—. No sé de qué te sorprendes, no es tan extraordinario, pasa a menudo…

Colgué sin decirle más. No quería entretenerla, sabía que andaba con prisa. Ya hablaríamos en otro momento.

Pero es que, además, me había molestado su simplificación. Una

amante. Eso me parecía impropio de Manolo. Me costaba pensar que tuviera una doble vida sin más como cualquier otro, así que menos una amante. Manolo no era de ese tipo de personas. Manolo era un hombre honesto y no lo imaginaba yo engañando a su mujer sólo por entretenerse. Si tenía una doble vida era por otra razón. Cuál pudiera ser esa razón era lo que yo no sabía. Suponiendo que en efecto tuviera una doble vida, que eso no lo sabía tampoco.

En su casa, Elvira me esperaba, como todas las mañanas, con el desayuno puesto y ganas de conversación. Excepto algunas tardes, que venían a verla sus nietos y a la hora de comer de vez en cuando sus hijas, se pasaba el día sola, era lógico que quisiera hablar.

El problema es que yo no le podía decir lo que me acababa de ocurrir en el hotel. A medida que los días transcurrían, las sorpresas en torno a Manolo se sucedían, pero yo no podía compartirlas con Elvira porque heriría sus sentimientos. Bastante afectada estaba ya por el descubrimiento de los originales inéditos de su marido (y, antes, por la noticia de la existencia de un ejemplar de su única novela publicada, que yo le di sin querer, pues pensé que sabría de él) como para además hacerle cargar con la cada vez más cierta sospecha de que, además de que había seguido escribiendo, Manolo le ocultaba otras cosas. Cuáles fueran esas cosas seguramente nadie lo sabía y yo menos.

—¿Cuántos te quedan por leer? —me preguntó, por los libros pendientes, dándome a entender que le entristecía pensar que en cuanto terminara de leerlos me volvería a Madrid.

—Cuatro. Tres novelas y la obra de teatro. En dos días espero acabarlos —le dije.

—Yo tardaré mucho más —me respondió ella, enigmática.

—¿Por qué?

—No sé. Me da mucha pena… Y rabia, sobre todo rabia —añadió, mirando el salón vacío.

La mañana la pasé encerrado en el despacho de Manolo leyendo una novela de cien páginas (la más corta de todas) cuyo título me pareció muy revelador: *Cenizas de la nada*. ¿Qué mejor título, pensé, para definir la situación de aquella casa y aun la propia vida de su dueña?

La historia de la novela era la de un personaje cuya existencia se resumía en su condición (un maquinista de trenes que tras cuarenta años de trabajo se jubilaba y se quedaba sin saber qué hacer con su vida: hasta entonces había consistido en ir de un lugar a otro sin detenerse en ninguno) y que, al hacer repaso de ella, sólo veía cenizas,

las de las antiguas máquinas de carbón con las que empezó a trabajar y las de las estaciones en las que se detenía, pero su interés estaba en la forma en la que Manolo había estructurado el relato, con continuos saltos en la memoria del ferroviario, protagonista y narrador a la vez, y sobre todo en la composición del texto, un verdadero poema en prosa gracias a su ritmo interno, que lo asemejaba a un infinito viaje en tren.

Al final de la mañana había acabado de leerla. Elvira me invitó a comer como cada día, pero preferí salir a dar una vuelta por la ciudad. Tampoco llamé a Carracedo. Me apetecía pasear solo y repetir el camino que hice cuando me despedí de él la mañana siguiente al funeral de Manolo. No sabía por qué, pero necesitaba recuperar la sensación de aquel día, aquella mezcla de melancolía y vacío que me embargó cuando me subí en el tren y no me abandonó hasta que perdí de vista la ciudad, una ciudad que pensaba no volvería a visitar nunca más.

Pero esa mañana la sensación que tenía era diferente. Aunque me producía tristeza saber que ya nada me vinculaba a aquella ciudad (los contactos de esos días eran simples asideros a la nada, pues nada había ni me quedaría de ellos en cuanto me fuera), no sentía frustración, sino ganas de saber qué misterio se ocultaba realmente detrás de la figura de Manolo. Aunque Martina dijera que era muy fácil de imaginar y todo hiciera que pareciera así, yo no lo tenía tan claro; es más, cada vez me parecía más incomprensible toda aquella historia, seguramente porque me negaba a creer que Manolo Castro fuera un hombre tan simple como cualquier otro. Sus novelas no lo eran y mi recuerdo de él tampoco.

Entonces, ¿qué podía ser? Caminando por la calle principal de la ciudad, llena de gente a esa hora, rememoré el día en que lo conocí, el momento en el que el director del periódico me llevó hasta su despacho para presentarme a él. Aquí tienes a un joven periodista que va a trabajar contigo, trátalo bien que viene recomendado (algo así dijo el director antes de irse y dejarme a solas con él). Rememoré también la primera vez en la que Manolo Castro me invitó a acompañarle a la cafetería de enfrente, donde tomaba un whisky todas las tardes al salir de trabajar, y sobre todo el día en el que me invitó a su casa, algo que no solía hacer salvo con sus amigos más íntimos, que eran muy pocos. A la mañana siguiente, en la redacción del periódico, de hecho, mis compañeros lo comentaban con estupefacción, pues ninguno había gozado de tal privilegio. Y yo así lo consideré independientemente de que hubiera sido o no el único en disfrutar de él, pues la confianza que me demostró aquel día me bastó para sentirme un afortunado. Recuerdo

que, al llegar, Manolo me presentó a su mujer con estas palabras:

—Trabaja conmigo y va a ser un gran escritor.

—Pues bienvenido —me saludó Elvira con una sonrisa.

Muchas veces se repitió aquella misma escena: entrar en la casa juntos, saludar a Elvira y a quien estuviera con ella en ese momento y subir al despacho de Manolo para conversar tranquilos, algo que en la redacción del periódico no podíamos hacer, pues siempre nos interrumpía alguien. Nuestras conversaciones, no obstante, rara vez eran sobre el trabajo, siempre acababan tratando de literatura, la verdadera pasión de los dos por más que Manolo Castro hubiera abandonado su ejercicio según él. Recuerdo haberle preguntado la razón de ello, pero él no me respondió. Estaba claro que no le gustaba hablar de ese asunto y por eso yo no le volví a preguntar. Aunque recuerdo una vez en la que, hablando de otras cuestiones, se me quedó mirando de pronto y me dijo que confiaba en que yo escribiría lo que él no iba a escribir.

Aquel día aquella frase no me llamó la atención, o por lo menos no especialmente, pero ahora, tantos años después, me parecía esclarecedora y más tras haber leído la carta de la mujer que también me dejó la novela prohibida de Manolo en el hotel: «… Supongo que sabes que te apreciaba y que siempre estuvo orgulloso de tus éxitos, tanto los periodísticos como los literarios. […] Para él eras más que un discípulo o un amigo. Yo creo que eras el hijo escritor que le hubiese gustado tener, seguramente porque le recordabas a él cuando comenzaba…».

Ahora empezaba a entender por qué me había elegido para que conservara la única novela que publicó, el único ejemplar que se salvó de la guillotina y que constituía todo su legado escrito. Fuera de él sólo estaban los artículos de prensa y los libros inéditos que su mujer y sus hijas acababan de hallar y de los que yo era su primer lector. Si no era el destino el que jugaba las cartas, era la casualidad, aunque yo prefería pensar que era el destino.

Había llegado ante la estación del tren. Como siempre, me pareció irreal, un cuerpo extraño en una ciudad sin sueños salvo los de sobrevivir a su decadencia. Sobre el andén, la vieja marquesina modernista ya no protegía del sol o de las inclemencias de la lluvia o de la nieve a los viajeros, era sólo un elemento decorativo tras la reforma de la estación y el soterramiento de las vías que alguien decidió para modernizar la ciudad. En el bar de esa estación, que nunca cerraba,

acabé yo más de una noche cuando era joven, pero ahora el bar estaba también cerrado, sustituido por una moderna cafetería sin personalidad ni historia ni deseos quizá de llegar a tenerlas. Aunque tal vez fuera yo el que la veía así, añorante de aquella estación de ciudad provinciana y tranquila a la que llegué un buen día decidido a iniciar mi carrera como periodista.

—Es una lástima que la hayan dejado así. Con lo bonita que era… —musitó a mi lado un hombre, un antiguo maquinista jubilado, me dijo, que como yo miraba la estación con pena. Parecía el protagonista de la novela de Manolo, que me estuviera esperando allí para presentarse.

—Sí, cenizas de la nada —le contesté yo.

—Ni cenizas siquiera —dijo el hombre—. Ya ni los sueños quedan…

11

Cenizas de la nada

A CARRACEDO lo volví a ver esa noche. En el mismo bar de la tarde anterior, que era donde solía empezar su recorrido nocturno.

—¿Qué? ¿Sigues sin resolver el misterio? —me saludó.

Yo venía de casa de Manolo, donde había estado toda la tarde leyendo otra novela suya que había dejado a la mitad. Empezaba a desesperar ya de encontrar algo en lo que escribió que me encendiera una luz en la oscuridad.

Contra lo que venía dispuesto a hacer, no le dije a Carracedo lo de la carta de la mujer misteriosa. Aunque no había pensado en ello, al verlo en el bar lo hice: ¿y si la mujer tenía que ver con él? Porque ¿cómo sabía de la existencia de los originales inéditos de Manolo si ella misma afirmaba en su carta que ignoraba que había seguido escribiendo?

Mis propias dudas me hicieron pensar. La mujer, fuera quien fuera, tenía que conocer a alguno de los que sabían del hallazgo de los libros de Manolo, y no eran tantos, que yo supiera. Aparte de su familia, Carracedo y Santamaría, porque se lo dije yo, y la socia de María, porque se lo contaría ésta. Seguramente habría más personas, pues tanto su familia como aquéllos habrían compartido la noticia con más gente, pero en esencia ésos eran los sabedores del hallazgo. A través de quién le llegaría a la mujer de la carta la noticia era lo que me intrigaba ahora.

De repente me sentía como un detective más que como el amigo de alguien que trataba de encontrar una explicación a su comportamiento extraño y me veía empezando a sospechar de todos, incluso de Carracedo, que lo único que hacía era intentar ayudarme a encontrar esa explicación y acompañarme, entre tanto, durante mi estancia en una

ciudad en la que yo era un forastero ya.

—De momento no —respondí a su lejana pregunta sin decirle nada de lo que pensaba.

La noche transcurrió como de costumbre, visitando dos o tres bares más y cenando algo en la barra del último de ellos. Carracedo parecía feliz con esa vida, aunque se le notaba una melancolía de solitario en el fondo. Llevaba años separado. Y fuera del periódico ya no tenía con quién compartir su tiempo, pues sus amigos ya eran mayores y tenían una familia con la que quedarse en casa o salir. Así que Carracedo vagaba por la ciudad como un fantasma nocturno, un fantasma como tantos que poblaban sus viejos barrios y sus cafés. Me recordaba a mis años jóvenes, cuando cada noche se prolongaba más de lo previsible siempre, pero Carracedo ya no era un principiante en ellas, al revés: era el más veterano de todos los que nos encontrábamos en los bares, lo mismo que en el periódico. Pero a él eso no parecía importarle. Convencido o resignado a ser un fantasma más, atravesaba las noches de la ciudad como un barco sin destino ni nadie que le esperara al final de ellas. Y yo con él, acompañante ocasional por unos días en aquel mundo de supervivientes que era la noche de una ciudad en la que parecía que el tiempo se había parado cuando yo me fui, hacía ya treinta años.

—¿Tú le has hablado a alguien de los libros inéditos de Manolo? —le pregunté ya al final de la noche, antes de despedirme de él.

—Yo no —me respondió Carracedo mirándome con extrañeza—. ¿Por qué?

—Por nada —le contesté.

—Por algo será —me dijo él con razón.

Dudé si confesarle la verdad, pero me pareció imprudente. Aparte de que podía resultarle ofensiva mi sospecha. Al final, decidí darle una explicación ambigua:

—Creo que hay alguien que sabe más que nosotros de todo esto.

Carracedo ahora me miró muy serio. Sin abandonar su expresión escéptica, me miró seriamente y me preguntó:

—¿A qué te refieres?

—A que hay alguien que sabe que yo estoy leyendo esos libros y no sé quién es —le dije.

—Habrá muchos —me respondió él quitándole importancia a mi preocupación—. Yo a nadie se lo he comentado. Pero su familia, su amigo Santamaría, otros conocidos de ellos, seguro que se lo han dicho

a más personas… Tampoco es un secreto de Estado —añadió Carracedo dándole otro trago a su copa y dejándola sobre la barra.

No, no lo era. El descubrimiento de los originales inéditos de Manolo (que comportaba el de que había seguido escribiendo) no era un secreto de Estado, pero sí encerraba otro. U otros. Y ésos eran los que me interesaban a mí.

—De todos modos, me gustaría saber quién es la persona en la que yo pienso —le dije a Carracedo sin aclararle a qué me refería.

De regreso al hotel, una noche más, me demoré por las calles del centro, aquellas calles de mi juventud ahora ocupadas por jóvenes desconocidos, jóvenes que seguramente pensaban y sentían como yo entonces aunque parecieran tan diferentes por su indumentaria y su manera de hablar. Era viernes y, al contrario que las noches anteriores, la ciudad estaba muy animada, con todos los bares abiertos y concurridos, incluso las terrazas exteriores a pesar del frío que seguía haciendo. Ajenos a mis pensamientos, los jóvenes celebraban su despreocupación como yo cuando era como ellos, se besaban y abrazaban, gritaban, se reían como si el mundo fuera de ellos, porque para ellos lo era. Si alguien sobraba allí era yo y quienes al igual que yo permanecían al margen de su felicidad, de su alegría y de su libertad, por más que parecieran ficticias de tan exageradas.

Poco a poco, sin embargo, el bullicio quedó atrás y, aunque seguía cruzándome con grupos de personas por las calles, camino del hotel la noche recobró la tranquilidad de las anteriores. La ciudad, despierta aún a esa hora contra su costumbre, se dormía a la luz de las estrellas, una luz que era la luz del mundo de la novela de Manolo Castro que había dejado a medio leer en su casa esa tarde y que se titulaba de un modo muy sugerente: *Caleidoscopio*. Aún no sabía cómo seguiría (de momento era sólo un relato fragmentario de la infancia de un personaje sin nombre, posiblemente el propio Manolo), pero sí que el sentido del título, que guiaba todas las páginas y cada una de las palabras impresas en ellas, hacía honor a lo que ahora veía mientras caminaba, aquellas luces flotantes de los *vagalumes* del cielo, que tiritaban a miles, millones de kilómetros de distancia. En vez de las ventanas de otros días, eran ellas, las estrellas, las que me acompañaban aquella noche de primavera en la lejanía mientras me volvía al hotel, a aquel hotel en el que empezaba ya a sentirme, más que un viajero de paso, un residente. Al fin y al cabo, seguía sin tener billete de vuelta a Madrid…

Fue en ese instante, cuando lo avistaba ya al fondo de la avenida, su silueta inconfundible recortada contra el cielo, el letrero iluminado con

su nombre coronando la fachada: HOTEL SANTA ROSA, cuando la vi venir hacia mí. ¿Venía a mi encuentro o era puro azar? Porque era ella, de eso no tenía duda: la mujer a la que encontré en la librería de María y junto al río poco después, la que me miró al cruzarme en su orilla de una manera enigmática, la que a partir de ese momento pensé que posiblemente fuera la que me dejó en el hotel la novela prohibida de Manolo y, aquella misma mañana, una carta que aún llevaba en el bolsillo del abrigo después de leerla unas cuantas veces.

La mujer se acercó, me miró un instante (me pareció que me reconocía), por un momento creí que se iba a dirigir a mí, pero continuó andando sin detenerse en dirección al centro de la ciudad, de donde yo venía. Yo seguí andando también, pero, cuando pensé que ya estaría lejos, me volví a mirar: la vi alejarse por la avenida, una sombra entre las sombras de la noche, un fantasma en la ciudad igual que yo.

—Creo que empiezas a desvariar —me decepcionó Martina cuando la llamé desde la habitación del hotel para contarle mi encuentro.

Y quizá tenía razón.

Menos mal que ya me quedaba poco para terminar de leer los libros de Manolo y regresar a casa con ella.

12

Caleidoscopio

—SARA quiere hablar contigo —me anunció Elvira cuando llegué al día siguiente a su casa, donde me esperaba con ganas de hablar, como de costumbre—. Te llamará luego, me ha dicho.

Se refería a su hija pequeña.

Tomé un café con ella y me encerré en el despacho de Manolo decidido a acabar la lectura de los libros pendientes. Era mi quinto día allí y empezaba ya a desear volver a Madrid y a mi rutina de escritor no tanto porque creyera que lo que Martina me dijo de que estaba comenzando a desvariar fuera verdad como porque desconfiaba ya de encontrarle un sentido a todo aquello. Las novelas de Manolo ninguna luz arrojaban sobre el porqué de su ocultación y las extrañas cosas que sucedían, lejos de esclarecerlo a mis ojos, me lo oscurecían más. Así que lo mejor era que acabara de leer los libros que aún me faltaban (novela y media, además de la obra de teatro, que había dejado para el final) y regresara a Madrid y a mi vida, no sin antes aconsejarles a Elvira y a sus hijas qué hacer con los libros inéditos de Manolo. Mi opinión era que los fueran publicando poco a poco (yo las ayudaría a ello), pero dependía de su decisión. La petición de la mujer sin nombre en su carta de que quedaran inéditos para siempre que se la hiciera a ellas, no a mí.

Caleidoscopio, el relato fragmentario de la infancia de Manolo (estaba ya convencido de que la que se contaba en la novela era la suya: incluso había un padre que siempre estaba escribiendo, una luz temblorosa en la noche de una posguerra sin fin), continuaba como comenzó: con una sucesión de imágenes que al solaparse entre ellas iban cobrando sentido y dándoselo al conjunto entero hasta precipitarse en un final que resumía todo el libro en una sola: la imagen del

caleidoscopio que al niño le regaló su padre al volver de un viaje a Galicia y que debió de ser su mejor juguete, así como su principal recuerdo. No en vano sería él el que le provocaría el deseo de relatar su infancia al encontrarlo al cabo de muchos años en el desván de la casa entre otros objetos.

Le pregunté a Elvira cuando hice a media mañana un descanso, ya próximo el final de aquel relato.

—Sí, le gustaban mucho. Tenía cuatro o cinco por ahí. Se los llevaron mis hijas para los nietos cuando recogimos sus cosas.

—¿No conservaste ninguno?

—Éste —me dijo levantándose a buscarlo en una mesa del salón, donde reposaba entre fotografías y algunos otros objetos.

Lo cogí como si fuera un tesoro. Era verde, de cartón plastificado, un caleidoscopio sin mayor valor pero que para Elvira quizá lo tuviera, puesto que lo conservó cuando embalaron todas sus cosas en lugar de regalárselo a sus nietos.

—Es bonito —le dije.

—¿Te gusta?… Quédatelo si te gusta —me ofreció ella.

—No, no, es un recuerdo de Manolo… —rehusé yo su regalo devolviéndoselo.

—Pues por eso —insistió ella—. Así tienes un recuerdo de él.

—Tengo varios —le respondí, y en ese mismo instante me arrepentí de decirlo, porque de inmediato pensé en el ejemplar de la novela prohibida de Manolo y en el modo en el que llegó a mis manos. Que era lo mismo en lo que seguramente pensaba Elvira en aquel momento.

Pero no me dijo nada. Se levantó y fue a la cocina, de donde regresó con la cafetera y dos tazas.

—¿Quieres otro? —me ofreció.

—No —rechacé un nuevo café—. Ya llevo dos, son bastantes por hoy.

—Yo tomo cuatro o cinco a lo largo del día. Me ayudan a seguir viviendo —me comentó ella sirviéndose una taza.

La recordé cuando era más joven. Era menor que Manolo, cinco o seis años quizá. La verdad es que nunca supe a qué se dedicaba antes de conocer a éste. Desde que la conocí, siempre la vi al cuidado de su familia y de la casa en la que continuaba viviendo. Y en la que ahora estábamos los dos solos viendo cómo la desolación se había abatido sobre ella. Lógico que necesitara estimulantes para soportar aquel abandono, aquel silencio inquietante tras años de escuchar voces de

niños y de mayores. No me extrañaba que la casa se le cayera encima desde que se murió Manolo y se quedó sola en ella.

—¿Cómo lo conociste? —le pregunté.

—¿Cómo conocí a Manolo? —repitió ella mi pregunta posando su taza de café sobre la mesa antes de responderme—: En el periódico. Yo trabajaba en el periódico —me dijo sorprendida de que después de tantos años de conocernos no lo supiera.

—No lo sabía —le confesé.

—Bueno, es que, cuando tú llegaste, ya había dejado de trabajar para cuidar de mi primera hija. Y de mi madre, que vivía sola y había comenzado a tener síntomas de alzhéimer…

—Tampoco lo sabía —le volví a confesar recordando a aquella mujer que estaba siempre sentada en la galería y a la que, ahora que lo pensaba, nunca la escuché hablar.

—Yo trabajaba en administración —me aclaró Elvira.

La volví a recordar cuando era más joven. Era una mujer muy guapa (con casi setenta años lo seguía siendo) y tenía una elegancia natural, no muy común en aquella ciudad, que compartía con Manolo, una elegancia que le venía de los gestos y de su manera de manifestarse, siempre con inteligencia y con discreción. Hacían una buena pareja, me había parecido siempre, por eso me sorprendió el comentario de Santamaría cuando dijo que Manolo y ella eran dos mundos muy diferentes. Quizá lo fueran en sus intereses, pero no en su forma de comportarse. La verdad es que nunca había hablado mucho con Elvira hasta aquellos días cuya mayor parte pasé en su casa y a ratos en su compañía, cuando descansaba de la lectura de los libros de Manolo o, algunas veces, para comer con ella y con alguna de sus dos hijas. Por lo que vi, éstas solían turnarse para no dejarla sola demasiado tiempo.

—Cuando conociste a Manolo ¿aún escribía? —me atreví a preguntarle después de dudarlo un rato.

—No, ya no. Según él me dijo siempre, dejó de escribir el día en que le retiraron la novela y el premio que ganó con ella y gracias al cual se publicó. Yo lo conocí ya después de aquello —me dijo antes de añadir —: Pero bueno, has visto que me mintió… Nos mintió a todos…

—¿Nunca pensaste que lo estuviera haciendo? —le pregunté sin acabar de creerla.

—Nunca… Yo soy muy ingenua —me respondió Elvira no sé si con orgullo o con arrepentimiento.

Se la veía desarbolada, superada por los acontecimientos que tras el

fallecimiento de su marido habían comenzado a sucederse volteando su tranquilidad y lo que durante años había sido una vida cómoda, quizá aburrida pero muy cómoda: la propia muerte de Manolo, que estuvo precedida al parecer de un tiempo largo de enfermedad y de sufrimiento para él y para su familia, el vacío que la sucedió, la decisión de dejar la casa, el encuentro de los libros inéditos de Manolo, el descubrimiento de que nos había engañado a todos incluida a ella, que ni siquiera sabía de la existencia de un ejemplar de la única novela que publicó… Y, sobre todo, la sospecha de que su marido le ocultó algo más, algo oscuro e indescifrable que nadie sabía qué era. Como me pasaba a mí, a Elvira aquella sospecha debía de perseguirla aunque nunca hablara de ello, y eso que desconocía la carta que el día anterior me había dejado alguien en el hotel con una petición concreta: la de que no se publicaran los escritos inéditos de Manolo.

¿Cómo podía yo contarle aquello? Si ya no me atreví a revelarle mi encuentro en el río de hacía dos días con la mujer que me la dejó (a esas alturas yo daba ya por seguro que había sido ella aunque no tuviera ninguna prueba), ¿cómo contarle lo de la carta? En todo caso, a sus hijas, pero no a ella, porque la destrozaría.

Sara, su hija menor, me llamó a última hora de la mañana. No iba a venir a comer (su hijo estaba con fiebre, me dijo), pero me pidió que nos viéramos por la tarde a última hora, pues me quería contar algo que, según ella, podía arrojar cierta luz sobre el comportamiento de su padre y su opacidad. No me adelantó más, con lo que me dejó intrigado, puesto que por su voz me pareció que algo distinto sabía de lo que me habían contado en aquellos días tanto su madre como su hermana María.

—¿Sara se llevaba bien con Manolo? —le pregunté a la madre mientras comíamos (el hecho de que Sara no viniera me obligó a aceptar su invitación, pues, si no, comería ella sola).

—Era su niña mimada, la pequeña… —me respondió Elvira con cierto orgullo.

—¿Y María?

—También. Discutían, pero se llevaban bien. María, aparte de ser la mayor, tuvo siempre mucho carácter y a veces chocaban y discutían entre ellos. Pero se llevaban bien… En general —me dijo Elvira mirando su plato, que apenas si había tocado hasta ese momento—, los cuatro nos llevamos bien. Con Manolo era fácil la convivencia, aunque siempre estuviera en su mundo.

—Quizá por eso… —me atreví a sugerirle yo.

—No lo sé. Cuando te acostumbras a vivir con alguien todo te parece fácil… El problema es cuando te falta… —Se levantó Elvira de la mesa para ir a buscar a la cocina alguna cosa.

La sobremesa se prolongó hablando de su vida y de la de sus hijas (que eran lo más importante para ella, me dijo), y evocando los últimos años de Manolo, que al parecer transcurrieron en un aislamiento cada vez mayor, un aislamiento que únicamente interrumpían algunos amigos, pocos, pues Manolo, según parece, se fue alejando de todo, tanto del periodismo, que había sido su vida, como de la literatura, que dejó de interesarle también aparentemente. Aunque seguía leyendo, ya no hablaba con ella de los libros que leía como antes. Cada vez hablaba menos en realidad, según Elvira.

—¿Y eso a qué lo achacas tú? —le pregunté intentando sonsacarle detalles del pasado de Manolo, del que desde el principio noté que no quería hablar mucho.

—Pues no sé —me dijo ella—. Puede que se hubiera desengañado de todo, puede que ya no tuviera ilusión por nada al final de su vida… Tantos años trabajando en un periódico deben de cansar, supongo.

—¿Y los nietos? ¿No le gustaba ver a los nietos?

—A ellos sí. Ellos eran los únicos que le hacían salir de su ensimismamiento… Hasta que enfermó, claro. Luego tampoco —corrigió Elvira.

Me quedé pensando en Manolo. Lo imaginé encerrado en aquella casa llena de libros cada vez más aislado del mundo, cada vez más ajeno a todo, cada vez más encerrado en una pasividad de la que sólo debía de salir para escribir aquellas novelas que ahora yo podía leer en contra de su deseo, puesto que las ocultó. Quizá fueron sus últimas ilusiones, su única compañía al final de su existencia junto con la de la mujer que ahora yo tenía frente a mí, otra figura silenciosa en aquel salón lleno de recuerdos. ¿Cuántas horas no pasaría de esa manera desde que se murió Manolo, y antes, cuando éste se encerraba en su despacho a leer y a escribir?

—¿De verdad que nunca sospechaste que Manolo seguía escribiendo? —le pregunté por enésima vez a Elvira, aunque sabía ya la respuesta.

—Bueno… —Me miró ella con un brillo extraño en los ojos—. Alguna vez lo pensé, si te soy sincera. Tantas horas ahí encerrado leyendo… —Señaló la escalera que conducía al despacho de Manolo—.

Pero nunca se lo pregunté.

—¿Por qué?

—Por miedo.

—¿Por miedo…?

—Sí, por miedo —repitió ella sin aclararme a qué.

—¿Miedo a su respuesta? —le pregunté yo.

—Puede ser —me contestó.

—¿Te hubiera disgustado haber sabido que escribía?

—Que escribía no me hubiera disgustado. Que me lo ocultaba sí —me respondió.

—Pero al final lo acabaste sabiendo… —le dije.

—Sí, pero él ya no estaba aquí —me contestó mirando el salón vacío como si en cualquier momento Manolo fuera a aparecer en él.

13

Sara

TERMINÉ de leer *Caleidoscopio* (que, como sospechaba, acabó igual que empezaba: con la imagen de un caleidoscopio dibujándose y desdibujándose en la oscuridad de un desván, que era la eternidad del tiempo) y empecé la lectura de la última novela de Manolo, que tenía un título muy extraño, un título que parecía más de un ensayo o de una novela vanguardista que de una tradicional: *Apuntes para una novela que no voy a escribir*. El título era original, pero no se correspondía con el interior del libro. Porque, contra lo que sugería, el libro era una novela y estaba escrita, no eran apuntes para un relato hipotético. Su argumento era la historia de un novelista fracasado que, por temor a otro nuevo fracaso, se debatía entre terminar o abandonar la novela que había empezado a escribir pero que, a medida que avanzaba en ella, perdía interés para él. Como si se desvaneciera la historia que quería contar, las palabras se le resistían y se le volvían en contra hasta el punto de que se le hacían ininteligibles. La novela era interesante, pero tardé en conectar con ella y hacia la mitad de la tarde decidí dejar de leer. Quizá estuviera cansado o, como al protagonista de aquella novela extraña, me ocurriera que las palabras del texto también se me volvían en contra.

—¿Te vas ya? —me preguntó Elvira cuando bajé.

—Sí, por hoy ya está bien de leer —le dije.

—¿A qué hora quedaste con Sara?

—A las siete.

—Hace un rato hablé con ella —me confesó acompañándome hasta la puerta—. La llamé para saber cómo estaba el niño.

—¿Y ya está bien?

—Sí, ya está bien. Los niños tan pronto se ponen malos como se ponen buenos… —me dijo cerrando detrás de mí después de despedirse hasta el día siguiente.

Afuera la primavera se barruntaba en la luz de los castaños de Indias de la avenida principal, una luz amarilla y temblorosa que bordeaba las hojas de la arboleda y los tejados rojizos de los edificios próximos dándole a todo el paisaje un reflejo evanescente, de estación inicial y aún apuntada, de bullir de una vida que regresaba a los árboles y a la atmósfera y que invitaba a la contemplación o al sueño. Calle arriba, en dirección al centro de la ciudad, las pocas personas que me cruzaba iban paseando (ellas solas o a sus perros) y apenas si circulaban coches, con lo que la tranquilidad de la hora hacía pensar en otro momento del día, en otro lugar y no en una capital de provincia como era aquélla, por más que fuera pequeña. Aunque había crecido bastante desde que yo viví en ella gracias principalmente a los campesinos de los pueblos de su entorno, que en la ciudad buscaban refugio y oportunidades de estudio o de trabajo para sus hijos, seguía siendo un pueblo grande, una ciudad varada en el tiempo como un barco corroído por los años y el salitre de la historia. Pese a que el mar quedaba lejos de allí, su situación al borde del río y las calles que bajaban hacia él le daban cierto aire portuario, un aire que desmentían sus horizontes terrestres y cerealistas pese a que lo recordaran sus viejas tiendas de ultramarinos y sus comercios de ropa o de herramientas para el trabajo, la mayoría de ellos cerrados ya. Como tantas, la ciudad había emigrado a sus barrios nuevos y hacia el antiguo ensanche del centro, transformado como toda ella, dejando las viejas casas de labranza y las colonias de chalecitos construidas tiempo atrás semivacías. Eso las que no habían derribado ya para levantar nuevos edificios como los que rodeaban el de Manolo Castro, ahora ya también un barco absurdo, una antigualla sentimental que pronto se quedaría abandonada también y que quizá fuera derribada para alzar en su lugar otro edificio residencial o un hotel. Sentí pena por él como por Elvira, pues se puede sentir pena por una casa o por un lugar. Y más por una casa y un lugar que tanto significaron para mí en un tiempo y que aún seguían significándolo como comprobé al regresar a ellos después de años sin verlos.

En el bar en el que había quedado con Sara, un local nuevo y de decoración *vintage* (había una bicicleta antigua a la puerta y el interior estaba lleno de muebles y objetos de los setenta) que ocupaba toda la parte baja de un edificio detrás de la catedral, apenas había gente cuando llegué. Y la que había era toda muy joven. Quizá no tuviera

razón Carracedo cuando decía que aquella ciudad no era para los jóvenes, pues los había, lo que ocurría es que no frecuentaban los mismos bares que él. Por las noches, sobre todo, en el ensanche, los jóvenes invadían las calles y las terrazas frente a los suyos y lo hacían igual que en mis viejos tiempos de periodista en aquel sitio que ahora se me presentaba tan desconocido, tan ajeno a mí y a mis recuerdos de él, que como las hojas en invierno se habían secado y volaban como se secarían y volarían los suyos cuando transcurriera el tiempo. El tiempo todo lo borra, pero también lo iguala y lo desfigura como si fuera un caleidoscopio infinito.

Sara se levantó para saludarme cuando me vio entrar en el bar. Estaba ya sentada a una mesa, pero se acercó a mi encuentro.

—¿Qué tal? ¿Encontraste bien el sitio?

—Sí, sin problema. Con los datos que me diste era muy fácil —le dije acompañándola a su mesa.

—¿Qué quieres tomar? —me preguntó ella, que ya había pedido su consumición: una especie de zumo o de batido de frutas multicolor con arándanos de adorno.

Dudé qué pedir yo. No quería desentonar, pero tampoco me apetecía un zumo multicolor como el suyo.

—Una cerveza —me decidí.

—¿Con alcohol o sin alcohol? —me dijo la camarera, que esperaba sonriente mi respuesta.

—Con alcohol —le dije mirando a Sara, que seguía de pie también.

Nos sentamos y Sara miró a nuestro alrededor, quizá comprobando que no había nadie conocido cerca. Parecía que lo que me tenía que decir era lo suficientemente confidencial como para que nadie pudiera oírlo.

Aunque antes hablamos de su hijo, que ya estaba bien por suerte (se había quedado con el padre, me comentó), y de su madre y su hermana, a la que yo no había vuelto a ver desde que la acompañé a su librería. Se llevaba bien con ella, pero eran muy diferentes, me dijo Sara.

—Yo soy más como mi padre, María como mi madre —puntualizó convencida de ello.

En el parecido tenía razón. Aunque con rasgos femeninos, Sara me recordaba mucho a Manolo, especialmente en los gestos y en la manera de hablar. En cambio, su hermana era más parecida a su madre. Parecía como si entre las dos hermanas hubiera más diferencia de edad de la que tenían.

—Cuatro años —me contestó Sara a mi pregunta—. María cuarenta, y yo treinta y seis.

—Pensé que tú tenías menos —le confesé—. Como te veía tan pequeña entonces…

—Pues treinta y seis —me confirmó ella.

—Los que tenía tu padre cuando yo lo conocí —le dije.

Sara decidió ir al grano. Bebió un trago de su zumo, miró a nuestro alrededor de nuevo y, tras guardar un corto silencio, me dijo:

—Quiero contarte un secreto.

La miré a los ojos y esperé. Ella dudó antes de seguir hablando. La ayudé anticipándome a su confesión:

—¿Tuyo o de tu padre?

—De los dos —me contestó con seguridad. Y respiró hondo antes de decirme—: Por eso te pido que no lo cuentes a nadie y menos a mi madre y a mi hermana. Yo, de hecho, en veinticinco años nunca se lo conté.

—¿Y a tu padre?

—Tampoco. Aparte de Jesús, tú eres la primera persona a la que se lo cuento… Jesús es mi pareja —me aclaró.

—Ya.

Sara parecía dudar. Como si en el último momento se arrepintiera de su decisión de compartir conmigo un secreto que había guardado durante tanto tiempo. Además, ¿por qué me lo iba a contar a mí? ¿Quién era yo para confiarme lo que, según ella misma me acababa de decir, había callado durante veinticinco años? De repente quizá se arrepentía de haberme llamado y haber quedado conmigo…

—Cuando tenía diez u once años —se decidió por fin a contarme—, un día, a la salida del colegio, se me acercó una mujer a la que no conocía y me dijo bajando mucho la voz, tanto que me asustó: «Tú podrías ser hija mía». Me lo dijo y se fue apresuradamente, por lo que no me dio tiempo a retener su rostro…

Sara se quedó callada. Me miró para ver mi reacción antes de seguir:

—Nunca la había visto y nunca más volví a verla. O, si la vi, no la reconocí… Pero no olvidé aquellas palabras suyas y el tono de voz con el que me las dijo. —Sara me volvió a mirar; se la notaba nerviosa, agitada por recordar un suceso que se veía que la había torturado en un tiempo—. Yo creo que la mujer llevaba años queriendo decirme aquello, quizá vigilándome para encontrar la ocasión de hacerlo. Por eso yo no les dije nada a mis padres: para no asustarlos… —añadió.

Sara se quedó en silencio. La música del bar, muy alta, ahogaba las otras conversaciones, por lo que su confesión se quedó en suspenso, como si fuera un eco de ellas. O de lo que la mujer sin rostro le dijo antes de salir huyendo cuando tenía sólo diez años. Yo dudé qué decirle o qué comentar. Por no acrecentar su nerviosismo y porque tampoco me parecía una confesión tan reveladora.

—¿Y tú quién piensas que era? —le pregunté.

—No lo sé —me respondió ella.

—Pero ¿quién crees que podía ser?… Quiero decir —le aclaré mi pregunta—, ¿por qué razón pensaste que no debías contar aquello a tus padres?

Sara se quedó callada. Con la mirada fija en su vaso de zumo, como si la respuesta estuviera en él, guardó silencio durante unos segundos hasta que se decidió por fin a decirme:

—Supongo que porque, aunque era una niña aún, intuí que lo que aquella mujer me dijo algo tenía que ver con mi padre. Algo que no quería saber, porque a mi padre yo lo adoraba entonces.

—¿Y luego?

—¿Cómo luego?

—¿Por qué tampoco lo comentaste con nadie hasta hoy? Ni a tus padres ni a nadie salvo a tu pareja, por lo que me has dicho…

—Porque, cuando me hice mayor, entendí lo que aquella mujer me quería decir —me respondió Sara con un gesto ambiguo, un gesto que significaba que daba por hecho que yo lo entendería también.

Y lo entendía, claro. No hacía falta ser demasiado listo para entenderlo. Lo que no acababa de comprender es por qué Sara había guardado en secreto durante tantos años el descubrimiento de que su padre hubiera tenido otra relación. Salvo que hubiese sido posterior a su matrimonio, que ella no lo sabía, puesto que nunca volvió a ver a la mujer.

—A ella no —me dijo, mirándome fijamente antes de revelarme por fin lo que me quería contar de verdad—: Pero su fantasma sí.

Y se quedó así, sin moverse, sin dejar de mirarme a los ojos, como si se hubiese quitado un enorme peso de encima.

14

Carracedo

—¿Su fantasma…?

Mi pregunta quedó flotando en el aire, rebotó contra los ventiladores del techo y se disolvió en la música mezclada con las restantes voces del bar.

Sara me contó todo lo que había callado durante veinticinco años: que durante mucho tiempo tuvo miedo de ir sola por la calle por si se volvía a encontrar a la mujer desconocida; que después, al revés, la buscó sin éxito para preguntarle por qué le dijo lo que le dijo aquel día; que sus padres y su hermana jamás supieron de aquel encuentro porque ella nunca se lo contó y que, en fin, aquella historia la había perseguido toda su vida precisamente porque la ocultó.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora a mí? —le pregunté cuando terminó de hablar. No entendía por qué me contaba a mí todo aquello y no a su hermana o a algún amigo de confianza.

—Pues por dos motivos, César —me respondió Sara mirándome a los ojos; se veía que había cogido fuerzas después de su confesión—. Uno, porque sé que tú vas a guardarme el secreto, más que por mí por mi padre, al que tanto quisiste, como has vuelto a demostrarnos estos días. Y el otro, porque creo que lo que te he contado puede ayudarte a entender por qué mi padre hizo lo que hizo…

A Carracedo lo encontré en el bar de siempre, aquel en el que empezaba todas las tardes su recorrido nocturno salvo causa de fuerza mayor o algún compromiso. No le conté nada de lo que terminaba de conocer, por supuesto, pero el hecho de buscar su compañía le bastó para saber que algo me había ocurrido o había descubierto. Sobre

Manolo Castro, naturalmente, pues era mi interés allí.

Aun así, no me lo preguntó. Carracedo nunca preguntaba nada directamente; al revés que el resto de las personas, esperaba a que le contaras tú. Y, si no se lo contabas, se quedaba sin saberlo. Todo antes que mostrar curiosidad.

—Ya estoy a punto de acabar de leer los libros inéditos de Manolo —le dije por hablar de algo.

—O sea, que te irás ya… —me dijo él.

—Imagino.

—¿Imaginas? —Carracedo me miró de reojo, como si no me entendiera—. ¿Piensas quedarte a vivir aquí?

—No querría —sonreí—. Aunque tampoco se vive tan mal…

—Nos falta el mar —me dijo él con sarcasmo.

En el bar había poca gente. Para ser un sábado no se veía muy concurrido y eso que la clientela era fiel y puntual. Debía de haber algún partido de fútbol importante y allí no había televisión. Era una taberna antigua, de las que ya lo eran cuando yo vivía en la ciudad. En eso Carracedo era fiel a sus costumbres, no las había cambiado desde que yo lo conocí cuando éramos jóvenes. Lo recordaba igual que ahora, yendo de bar en bar por el casco viejo como en una procesión laica y etílica. Como Manolo Castro, se había acostumbrado a sus querencias y no necesitaba más para ser feliz. Y si lo necesitaba no lo decía, en eso era un hombre digno, de los que no les gusta dar pena.

Mientras lo miraba ahora apoyado de lado en la barra del bar según su costumbre, recordé el día en que lo conocí. Acababa de entrar a trabajar hacía poco en el periódico, pero ya parecía un veterano tal era su seguridad en sí mismo; justo al revés que los demás redactores, siempre dubitativos y necesitados de asesoramiento y de la aprobación de sus jefes. Cuando yo llegué, Carracedo estaba ya en la sección de Local, por lo que se pasaba el día escribiendo de temas municipales y provinciales que poco o nada le interesaban ni le importaban, según él mismo me confesó. El secreto del periodismo, me dijo entonces, es escribir de todo sin involucrarte en ello. Y si no sabes nada de lo que escribes, mejor.

Carracedo era un escéptico. Lo era desde muy joven, así que ahora, al borde de la jubilación, con mayor motivo. Para él nada tenía importancia verdadera y menos en la información, que a la semana de producida se había pasado de actualidad. Así que trabajaba con displicencia y vivía de parecida manera. Lo único que le importaba de

verdad era su bienestar personal y tampoco en esto era muy exigente. Independizados sus hijos ya y separado desde hacía mucho, sus necesidades las tenía cubiertas y sus aficiones eran muy pocas: tomar los vinos de media tarde al salir de trabajar y una o dos copas después de la cena (cuando cenaba; normalmente se conformaba con unos pinchos de cualquier cosa) e ir al cine y a algún concierto de música, a la que era muy aficionado, pero de la que no tenía mucha oferta en aquella pequeña ciudad de provincia. Fuera de ello, a Carracedo nada le hacía cambiar su rutina, que mantenía inamovible prácticamente desde que lo conocí.

—Cada vez veo más claro que Manolo tenía una relación secreta —le dije— y que por eso hizo algunas de las cosas que hizo, tan sorprendentes.

Carracedo me miró como buscando la intención de mi comentario. No era distinto a los que le había hecho ya alguna vez, pero la voz quizá le hizo pensar que en esta ocasión yo hablaba con más fundamento, es decir, sabía más por qué lo decía.

—¿Has averiguado algo? —me preguntó sin demostrar mayor interés.

—Sí —le respondí.

Carracedo me miró de arriba abajo. Bebió un sorbo de su vaso y se quedó en silencio, como esperando a que le contara más.

—No te voy a decir cómo —le complací—, pero he averiguado que Manolo tuvo una relación con otra mujer.

—Eso parecía evidente —me respondió Carracedo, sabedor por mí de que había sido una mujer desconocida la que me había dejado en mi hotel la novela prohibida de nuestro amigo al día siguiente de su funeral—. Lo que no sé es por qué ahora lo das por hecho… ¿Qué es lo que has descubierto, si lo puedes contar?

Le conté lo de la mujer que me siguió en mi paseo por el río, mi nuevo encuentro de hacía tres noches en mi regreso al hotel, que no me pareció casual aunque tampoco podía demostrar que no lo fuera, la sorpresa de la carta que alguien me había dejado aquel mismo día por la mañana en la recepción del hotel…

—Esto no me lo habías dicho —me interrumpió Carracedo con sorpresa.

—Te lo estoy diciendo ahora —le contesté yo.

Carracedo esperó a que yo siguiera hablando, pero no lo hice. Contra su costumbre, a la vista de ello, me preguntó:

—¿Y qué decía la carta?… Si se puede saber —se apresuró a añadir.

Se lo conté. Dejé que leyera la carta incluso, pues la llevaba conmigo.

Carracedo me la devolvió después de leerla y se quedó en silencio, mirándome, como si intentara atar cabos en su cabeza a partir de lo que la carta decía.

—Está claro —me dijo por fin— que nuestro amigo Manolo tenía más vida de lo que parecía…

Y se volvió a quedar callado, mirando a la puerta, delante de la que pasaba la gente ajena a los que estábamos en el bar.

—¿Otro vino? —le pregunté a Carracedo dispuesto a pedir uno para mí.

Como era de prever, la noche se prolongó, esa vez más que las anteriores. Tanto Carracedo como yo le dábamos vueltas en nuestras cabezas al misterio de la vida de Manolo, y eso que Carracedo no sabía lo que Sara me acababa de contar y que abría un sinfín de conjeturas a la imaginación de quien lo supiera. De hecho, yo no me quitaba de la cabeza la imagen de la mujer musitándole al oído a una niña las palabras que a Sara le dijo si es que fue así de verdad. A veces los niños engrandecen las historias como los escritores hacemos con las nuestras.

A las dos de la madrugada, Carracedo y yo ya le habíamos dado todas las vueltas posibles a la de Manolo Castro sin llegar a ninguna conclusión concreta. A Carracedo lo que le desconcertaba más era que aquél nunca había dado un motivo de sospecha. Y aquélla era una ciudad pequeña, donde todo se acaba sabiendo.

—Trabajé con él treinta y cinco años —me repitió una vez más encendiendo otro cigarrillo, el enésimo de la noche—. Y no es que no sospechara nada raro de Manolo, es que ni se me pasó por la cabeza nunca que pudiera esconder ningún secreto. Si su vida eran el periódico y su familia…

—Pues ya ves… —le dije yo—. De todos modos, lo de menos para mí es si tuvo una relación con otra mujer o no. Lo que me intriga a mí es saber si eso influyó en su actitud y en que hiciera algunas de las cosas que hizo, como escribir a escondidas.

—A saber —dijo Carracedo—. El alma humana es un pozo. Vete tú a pensar lo que había dentro de la de Manolo.

El alma humana es un pozo… Como tantas otras veces, Carracedo dejaba una frase flotando en el aire que me perseguiría durante horas, días incluso. Como aquella que pronunció la noche del funeral de

Manolo de que a partir de una edad todos éramos ya supervivientes. O como la que me dijo cuando le pregunté por primera vez si creía que Manolo pudo tener una doble vida: todos tenemos tres vidas: la pública, la privada y la secreta. Con apenas unas palabras Carracedo te dejaba pensativo mucho tiempo mientras seguía bebiendo como si con él no fueran tus pensamientos.

Nos despedimos cerca de mi hotel. Carracedo vivía en su barrio de siempre, un barrio humilde de las afueras en el que nació y seguía viviendo. No había querido mudarse de él cuando mejoró su nivel económico. No es que con el periodismo se gane mucho dinero, pero después de cuarenta años trabajando en el periódico podía habérselo permitido, pero hasta en eso Carracedo era fiel a sus principios.

—Aquí me quedo —se despidió antes de desaparecer por la calle en sombra como un sonámbulo en busca de su casa—. Si me necesitas ya sabes dónde estoy.

—Buenas noches —me despedí de él, sabedor de que lo necesitaría. Ya me había acostumbrado a su compañía después de casi una semana en la ciudad.

Una ciudad que estaba desierta a esa hora y que atravesé sin cruzarme con nadie salvo con los barrenderos y con la policía.

15

Abril

A LA mañana siguiente tardé en despertarme más de lo acostumbrado. Tras la ventana de la habitación la luz estaba ya alta, señal de que el día iba avanzado y de que el sol brillaba con fuerza superadas las turbulencias de los días anteriores, propias del paso de una estación a otra.

Me duché y me vestí y bajé a desayunar antes de que cerraran el comedor, aunque primero pasé por la recepción por si alguien me había vuelto a dejar una sorpresa. No había ninguna. Tan sólo una nota del director del hotel interesándose por mi grado de satisfacción con él. Se ve que al séptimo día de estancia te convertías en huésped de primera clase.

Demoré el camino hasta la casa de Manolo, donde me esperaban su última novela (poco más de la mitad) y la obra de teatro, que había dejado para el final, intrigado de que la hubiera escrito sin tener ninguna posibilidad de llegar a verla en escena. En aquella ciudad, tan lejos de todo, parecía una fantasía pensar en poder ver alguna vez una obra de teatro interpretada por actores de verdad. Aunque, conociendo a Manolo, quizá en lo que menos pensó al escribirla fue en verla representada. Si para sus novelas no buscó una editorial, que era más fácil, para su obra de teatro seguramente no imaginó otro destino que el de que permaneciera eternamente en el armario en el que su mujer y sus hijas la encontraron cuando él ya no estaba vivo para explicarles cuándo y por qué la escribió.

Cuándo parecía claro. Por qué ya era más difícil de imaginar. Después de tanto pensarlo, de darle vueltas al pasado de Manolo buscando una explicación a su incomprensible actitud, yo ya había

desistido de encontrarla por más que su hija Sara considerase que el secreto que guardó desde que era una niña pudiera darme la clave o al menos servirme de pista. Y más aquella mañana de primavera, con el sol iluminando una ciudad que había pasado en pocos días del gris semiinvernal con el que me recibió al llegar al azul esplendoroso de unas calles que reflejaban el cielo como si fueran espejos sobre los que circulaban los coches pisando las nubes. Fuera por ese o por otro motivo, me sentía lleno de ánimo, justo al revés que la mañana de hacía unos días, cuando la lectura de la carta que me dejó en el hotel la mujer misteriosa me llenó de turbación y de dudas. Ni siquiera la frase de Carracedo: el alma humana es un pozo, me parecía ya turbadora, al contrario, la encontraba acorde con aquel cielo bajo el que cualquier misterio perdía su razón de ser, de tan luminoso.

—¿Cómo vas? —La voz de Martina, en el teléfono, sonó también luminosa y alegre. Estaba ya en la radio, como todas las mañanas a esa hora, preparando su programa del mediodía.

—Bien. A punto de terminar ya —le dije—. Si leo hoy lo que me queda, mañana por la noche estaré ahí.

—¿Ya sabes quién fue la amante de tu amigo? —me preguntó ella sin escuchar lo que le decía.

—No —le dije—. Ni me importa —recalqué.

—Entonces —dijo Martina—, ¿qué es lo que sigues buscando?… Porque algo sigues buscando… ¿O me equivoco?

La imaginé en la radio, en la redacción, con la mesa llena de papeles y de vasos de café de plástico vacíos o con restos de café con leche. Llegaba pronto y hasta que finalizaba su programa pasaban unas cuantas horas.

—Ya nada —le contesté—. Lo que me interesaba saber ya lo sé. Ahora, lo único que quiero es acabar de leer los dos libros que me quedan para decirle a la familia de Manolo mi opinión sobre ellos. Por si les sirve para tomar una decisión.

—¿Y cuál es tu opinión?

—Que Manolo Castro fue un magnífico escritor.

—¿Y aparte de eso?… Porque eso ya lo sabías.

—Que merecía más suerte de la que tuvo.

—La suerte también hay que buscarla —dijo Martina—. Tú lo hiciste y él no, ésa fue la diferencia entre vosotros.

—¿Tú crees?

—Por supuesto que lo creo. En la vida, además de talento, hay que

tener fortuna. Y la fortuna hay que perseguirla, no cae del cielo… Tú mismo me lo has dicho muchas veces.

—Pues ya no lo tengo tan claro —le respondí antes de que se despidiera, pues la buscaba alguien para algún asunto.

Guardé el teléfono y continué andando. Recordaba las veces en las que en compañía de Manolo había hecho ese mismo camino cuando trabajábamos juntos en el periódico, que entonces estaba cerca de mi actual hotel. Él ya tenía mujer y dos hijas y yo empezaba a vivir, pero nuestra común afición a leer nos unía. Manolo tenía una biblioteca fruto de años de coleccionar libros, parte de ellos heredados de su padre y otros comprados por él o enviados por sus autores, que desde el primer día puso a mi disposición y que para mí supuso un fabuloso regalo no sólo por los libros, sino también por la oportunidad que me procuraba de poder leer con tranquilidad (por entonces yo compartía un piso con otros dos compañeros que siempre estaba lleno de gente). Así que la de Manolo fue mi segunda casa y, dentro de ella, su biblioteca mi salvación. Aunque trabajábamos muchas horas y yo salía todas las noches, el tiempo libre en aquella ciudad se me habría hecho infinito de no ser por Manolo y su biblioteca, que con generosidad me ofreció junto con sus conocimientos de literatura, que eran amplísimos. Había leído mucho y tenía un gran criterio, algo que a mí me sirvió para leer lo que tenía que leer sin perder el tiempo en lecturas superfluas. Bajo el magisterio de Manolo, que ejercía sin ninguna presunción (al contrario: a veces me hacía sentir como si el que le enseñaba a él fuera yo), conocí y leí a muchos autores que para mí eran desconocidos entonces y que me marcarían como escritor. Autores extranjeros sobre todo (Albert Camus, Hermann Hesse, Frank Yerby, Lajos Zilahy, Jean Giono, Dino Buzzati, Alberto Moravia, Sergiusz Piasecki, Carson McCullers, Somerset Maugham, Françoise Sagan, John Steinbeck…) que me descubrieron mundos y maneras de escribir muy diferentes a los que conocía hasta aquel momento. A mis veintipocos años, recién salido de la universidad, yo, que creía saberlo todo ya de la literatura y de la vida, de repente descubría que sabía muy poco de ambas y que lo que sabía era insuficiente para empezar a escribir una obra mínimamente sólida. Me faltaba mucho oficio y los conocimientos que a Manolo le sobraban después de años de lectura y de haber escrito al menos una novela. Aunque hubiera abandonado la escritura, seguía siendo un escritor y se le notaba en todo: en cómo redactaba, en cómo contaba las cosas, en la forma en que abordaba tanto un artículo como una conversación… A sus conocimientos literarios sumaba una inteligencia nada común y una

imaginación portentosa, lo que le convertía en un contador de historias y en un pensador a la vez. Porque Manolo, aunque ya en aquel tiempo negaba su condición de escritor, continuaba siéndolo para los que lo conocían. Y el tiempo les daría la razón como a mí la ocasión de comprobar que el hombre del que tanto aprendí y al que tanto admiré lo merecía pese a que mi mujer y su hija mayor le consideraran un fracasado. O precisamente por eso. Porque si fracasó como escritor fue porque él lo decidió, no la fortuna, y porque quizá su triunfo fue ése: ser capaz de renunciar a lo que muy pocos son capaces de hacerlo y no arrepentirse de ello.

Aunque, pensándolo bien, quizá esto último no fuera cierto del todo. Porque ¿por qué imaginaba yo que Manolo nunca se arrepintió de su decisión si no tenía ningún dato para suponerlo así? Lo único que yo sabía de Manolo era que decidió dejar de escribir en un momento dado de su vida y que, cuando traicionó esa decisión, lo hizo sin que nadie lo supiera, que es una forma de mantener la promesa. Que fue lo que Manolo llevó a cabo con esos libros que yo estaba leyendo aquellos días como el arqueólogo que accede a un tesoro oculto encontrado por casualidad. Un tesoro del que me quedaba ya poco por descubrir y cuya verdadera dimensión ignoraba aún mientras tocaba el timbre de la casa en la que permanecía custodiado por una mujer que ignoró su existencia durante muchos años y que ahora no sabía qué hacer con él.

—Hoy te dormiste… —me saludó Elvira en la puerta mirando el jardín vacío.

—Sí. Y me entretuve al venir hacia aquí… Llegó ya la primavera y está la ciudad preciosa —le contesté.

—Sí, por fin llegó la primavera…

La frase de Elvira era curiosamente la misma en la que yo había dejado la lectura de la última novela de Manolo, lo que me hizo dudar de si no estaría leyéndola también ella. Pero no lo parecía. Tampoco era una frase muy original, al revés: era la que en aquel momento seguramente estarían diciendo muchas personas felices de que por fin el invierno hubiese puesto fin a su trayectoria. En aquella ciudad era demasiado largo y los vecinos agradecían que la oscuridad y el frío se fueran después de meses de omnipresencia. Recordé el verso de Machado: *La primavera tarda, ¡pero es tan bella y dulce cuando llega!*… Cuánta razón tenía el poeta. Recordaba los años vividos allí y lo interminable que se hacía el invierno, que comenzaba en noviembre y ya no se acababa hasta el mes de abril.

Por fin llegó la primavera, pensó mientras desde la ventana de su despacho veía las primeras hojas de la catalpa y de los aligustres y rosales del jardín, verdes como pintados por un pintor caprichoso. Desde su despacho el mundo parecía brotar, pero muy lejos de él, que estaba fuera y al margen, separado por la pantalla de unos cristales que amortiguaban el ruido como si la habitación fuera una burbuja de aire, un cuarto estanco y sellado desde el que mirar sin oír la vida. La vida estaba fuera y tras los cristales de la ventana él era un espectador que ni participaba de ella ni podía participar. Como si el mundo siguiera su rumbo ajeno a él y a sus pensamientos, veía pasar los días, los amaneceres y los atardeceres, las estaciones, sin diferenciar unos de otros, convertidos en un film de cine mudo al que nadie ponía voz. Desde que decidió apartarse del mundo cansado de adaptarse a él se había convertido en una luciérnaga cuya luz sólo le alumbraba a él. Al revés que su padre, que se la devolvía a la gente a través de las novelas que escribía, él no iluminaba a nadie, sólo la mesa en la que escribía y su sombra. Era un fantasma, un topo, un tumbado, un outsider cuya luz nadie veía en la noche, ni siquiera su familia, para la que se había vuelto invisible…

Me detuve a releer aquellas líneas. Distraído como estaba en la lectura (al contrario que las anteriores, aquella última novela de Manolo no había logrado captar mi interés, por lo que discurría por ella sin demasiada atención), el párrafo que acababa de leer a punto estuvo de pasarme inadvertido de no ser por su final. Aquella alusión explícita al padre que escribía por las noches y a la luciérnaga en la que se veía convertido el protagonista de la novela, un outsider que desde el principio me recordó a otros, escritores famosos algunos de ellos, provocó en mí un sobresalto, como una descarga eléctrica en medio de la grisura de toda la narración. Allí estaba Vagalume nuevamente, la obsesión literaria de Manolo y su alter ego, y allí estaba él mismo contándose por vez primera, una luciérnaga sin luz real convertida en un fantasma y en un escritor invisible. Todo lo que había leído hasta entonces de él, tanto sus novelas como sus relatos cortos, hablaba de otras personas, reales o imaginadas, pero en el párrafo que acababa de leer estaba él autorretratado como el pintor que se pinta a sí mismo entre las demás figuras:

… Era un fantasma, un topo, un tumbado, un outsider cuya luz nadie veía en la noche, ni siquiera su familia, para la que se había vuelto invisible…

A partir de ahí empecé a leer la novela con mucha más atención. Seguramente hasta ese momento me había perdido otras alusiones a la personalidad de Manolo, incluso a su vida misma, y no quería que me volviera a ocurrir. Pero no encontré más párrafos como el que me obligó a detenerme ni más alusiones al narrador de verdad. El de la ficción hablaba continuamente de sí mismo, pero nada de lo que contaba me recordaba a Manolo. Sólo aquel párrafo y la añoranza de la vida, una constante en todos sus libros, y que también impregnaba aquella novela que se interrumpió de pronto haciendo justicia a su título.

¿Se trataba de un final? ¿Era un final o una rendición? ¿Se había arrepentido Manolo de contar por escrito sus sentimientos como pareció que iba a hacer cuando se describió a sí mismo mirando pasar la vida desde la ventana de su despacho sin participar de ella?…

Me levanté del sofá y me acerqué a la ventana desde la que Manolo miraba pasar la vida y las estaciones. Lo imaginé ya mayor contemplando la catalpa y los rosales del jardín brotar como ahora un año más después de superar otro largo invierno que para él habría pasado sin gloria, encerrado en aquella casa de la que sólo salía para pasear o para visitar a sus pocos amigos. Según Santamaría, Manolo y él quedaban una tarde por semana en una cafetería del centro para asegurarse de que seguían vivos. Fue la expresión que utilizó el pintor: asegurarse de que seguían vivos. Fuera de ello, según Elvira, Manolo apenas salía de casa y, cuando lo hacía, era por poco tiempo. Así que lo imaginé leyendo y escribiendo durante horas y asomándose a mirar de vez en cuando por la ventana el mundo que quedaba fuera: el jardín y el muro que lo cerraba y por encima de éste los árboles de la calle y los tejados de los edificios próximos. ¡Cuántas horas no pasaría contemplándolos mientras imaginaba lo que escribiría después o pensaba en lo que acababa de escribir! Como él, yo lo hacía también en aquel momento dándole vueltas al final de su última novela, esa que ya lo anunciaba en el título, pero que yo no tomé en serio hasta que comprobé que en efecto era así. El título decía la verdad: la novela no se acababa, se interrumpía. Así, sin explicación. Pero ¿por qué Manolo decidió no terminar de escribirla? ¿O es que no lo decidió él realmente y fue la propia novela la que se lo ordenó? ¡Cuántas veces la vida y no nosotros nos impone el final de un camino o de una historia pese a que creamos que somos nosotros los que lo decidimos! Quizá la vida se lo sugirió a Manolo y no fue él quien le puso fin a aquella novela cuando se precipitaba hacia una confesión personal demorada durante mucho

tiempo. Y en ese final que nunca llegó a escribir estaba implícito su secreto, ese que se llevó con él pero que cada vez pesaba más y se hacía más grande precisamente por su negación. A esas alturas, yo al menos sabía ya que aquellos libros de Manolo eran la carta de presentación de un hombre que decidió guardar su intimidad y su ambición en un armario mientras desaparecía sin hacer ruido, al contrario que otros escritores.

¿Qué no sentiría él aquella última primavera de su vida en la que fechó y firmó sin finalizarla la novela que yo acababa de leer contemplando como ahora yo el jardín de su chalet teñirse de verde y sabiendo, como ya debía de saber, que aquella primavera y aquel libro serían los últimos de su vida, una vida que se resumía en un cuadro, el de la ventana desde la que la vio pasar?

16

El puente perdido

EN LA ribera el río estallaba, más que de agua, de luz verdosa, la misma del jardín de la casa de Manolo y de los demás jardines de los chalets que había dejado detrás de mí ensimismados tras los altos muros. Caído el mediodía, la calma en la ribera era total, sólo turbada por el rumor de los motores de los vehículos que cruzaban el lejano puente que comunicaba los barrios y pueblos de la otra orilla con la ciudad. Su reflejo en la superficie del río unía ciudad y puente como si fueran una continuación la una del otro, algo que yo sabía que no era así pero que me gustó pensar mientras caminaba. Iba entre juncos y espadañales, lejos ya de las casas y de las viejas fábricas molineras (todas abandonadas y en ruinas) que jalonaban la orilla del río, sintiendo en el rostro la fuerza del viento y en el corazón un pálpito: que cualquier respuesta al enigma de la vida de Manolo, ese que yo rastreaba desde hacía días, quizá desde hacía mucho más tiempo, desde que leí su único libro publicado (por la manera en la que llegó a mis manos), no debía buscarla en sus libros inéditos sino en el único lugar que él me enseñó fuera de su casa y del bar en el que paraba siempre antes de volver a ella al salir del periódico cada día: aquel puente abandonado y cubierto por la vegetación al que me llevó una mañana, la última que pasamos juntos, y que para él era más que un puente. Era su propia imagen, según me dijo en una confesión que me sorprendió. Porque Manolo no solía expresar sus sentimientos y mucho menos sus preocupaciones; estaba educado en la discreción y en el disimulo de lo que le atormentaba. Pero aquella mañana se sinceró. Seguramente había tirado la toalla y me confesó su pena, esa que determinó su vida y que me confirmaría cuando volvimos del río para comer: como el

personaje de la novela de William Faulkner, entre la pena y la nada elegí la pena, me dijo.

Pero ¿a qué pena se refería en concreto? ¿A la de haber renunciado a intentar realizar sus sueños? ¿A la que le producía haber dejado voluntariamente de escribir (o renunciado a publicar, como se descubriría después)? ¿A la de quedarse a vivir en una ciudad que a mí me aconsejó dejar si quería llegar a ser algo en la literatura? Mientras me acercaba al puente iba haciéndome preguntas y no encontraba respuesta. Solamente, como el día en el que me lo enseñó Manolo, me asaltaban algunas intuiciones, ninguna de ellas basada en nada objetivo. Porque seguía sin conocer la verdadera razón por la que Manolo decidió quedarse al margen del mundo y esconder su talento a los demás. En eso el puente perdido cuya estructura ya adivinaba entre la maleza le representaba como ninguna otra imagen y él fue consciente de ello cuando me lo dijo. Debía de haberlo pensado muchas veces cuando al final de cada paseo se detenía ante él y lo veía cada vez más oculto por la vegetación, que allí, en la ribera del río, era voraz como el tiempo. De hecho, el puente apenas se veía ya, al contrario de cuando me lo enseñó Manolo, que todavía asomaba entre la maleza como un gigante de hierro herido en combate pero erguido en su agonía con la valentía del que decide sucumbir de pie. En la distancia sólo se adivinaba su forma, un óvalo que la vegetación no había logrado borrar del todo, pero desde cerca se veían asomando entre ésta algunos hierros llenos de óxido que indicaban su presencia en aquel lugar extrañísimo. Porque sin río el puente no tenía ningún sentido, como tampoco lo tenía el camino que conducía hasta él, perdida su continuación al otro lado por la vegetación que lo borraba junto con el puente, tras el cual ya todo eran chopos, maleza de ribera que cerraba el horizonte, convertido en una cortina verde en la que se terminaba el mundo. Ante ella durante años Manolo daba por finalizado su paseo y ahora era yo el que hacía lo mismo sintiendo como él que aquel lugar y aquel puente eran la radiografía de mi alma en ese momento, una radiografía en la que me veía más como una proyección que como un hombre. Había llegado hasta allí buscando el espíritu de Manolo, aquel espíritu que me mostró una vez, la única en toda su vida, y sin querer había encontrado el mío, un espíritu oscuro y desconcertado después de días buscando una explicación a un misterio que no era sólo el de Manolo Castro, mi amigo y mi maestro en la literatura y en la vida por delante de cualquier otro, sino el de la propia esencia del escritor, esa que yo compartía con él pero que se manifestó de distinta manera en los dos: él negándola ante

el mundo y yo haciendo de ella mi profesión. Como el padre de Manolo, yo vivía de escribir mientras que éste se había negado a intentarlo. ¿Cuál de los dos era más escritor?, pensé mientras contemplaba el puente, en el que sólo los pájaros parecían estar vivos. Entre el rumor de la vegetación (y el eco del río cercano) sus cantos se escuchaban en la fronda, interminables sus vuelos sobre ella, quizá porque tenían sus nidos en el interior, entre los hierros del puente abandonado y oxidado por el tiempo y las hojas que lo ocultaban a las miradas de los curiosos. Que era yo sólo en aquel momento, o eso pensaba hasta que la vi acercarse sin hacer ruido como si fuera una aparición.

—¿Buscas algo en este sitio? —me preguntó deteniéndose a mi lado para mirar el puente como hacía yo.

Era ella, la mujer de la otra tarde, la que yo estaba convencido ya de que me seguía, quizá la misma que me escribió la carta y me dejó la novela prohibida de Manolo en el hotel. Vestía de verde y negro y se confundía con la vegetación, quién sabe si premeditadamente.

—Yo nada. ¿Y tú? —le respondí.

—Yo tampoco —me contestó la mujer sin mirarme, como si no lo necesitara para saber mi expresión de sorpresa.

Durante unos segundos permanecimos así, el uno al lado del otro, mirando el puente perdido, sabiendo cada uno que el otro estaba pensando lo mismo, los dos callados y sin movernos. Los pájaros pasaban por encima de nosotros sin asustarse por nuestra presencia, tal era nuestro silencio.

Fui yo el que lo rompí cuando ya empezó a pesarme tanto el silencio como nuestra inmovilidad:

—¿Vienes aquí a menudo?

La mujer siguió como estaba, como yo al hacerle la pregunta. Parecía formar parte del paisaje, verde y negro su vestido como éste.

—A veces —me respondió.

—O sea —me atreví a decirle yo en ese momento—, que el otro día no me seguiste…

Me miró como si la hubiera ofendido. Girada la cabeza, sus ojos me atravesaron, tan negros eran.

—Por supuesto que no —me respondió.

Empezaba a sentirme incómodo. De repente empezaba a pensar que quizá la mujer no estuviera bien, por la forma de mirarme sobre todo. Tenía una mirada dura, como si hubiera sufrido mucho en la vida. Pensé que debía irme, alejarme de ella y de aquel lugar.

—Bueno, yo me voy, hasta luego —le dije, y eché a andar por el camino dejándola sola.

Ella no respondió. Siguió mirando el puente sin moverse, como si le importara poco no haber podido seguir la conversación.

17

Carácter y destino

—LA CONOZCO, claro que la conozco. La he visto muchas veces por ahí.

Elvira me sorprendió con su indiferencia, pues pensaba que la mujer del río, por la que le pregunté al volver, debería inquietarla cuando menos, convencido como yo estaba de que algo tenía que ver con Manolo. Y ahora más después de saber que bastantes días iba a visitar el puente, que era el lugar preferido de éste.

—Anda mucho por ahí —me explicó Elvira—. La verdad es que no sé quién es —dijo sin darle más importancia.

Me dispuse a leer el último libro inédito de Manolo. Era la obra de teatro, cuyo título me conmovió cuando lo leí la primera vez. Y ahora igual, pese a que no me cogía ya por sorpresa. *Carácter y destino* era toda una declaración. Más que un título parecía una confesión de intenciones y más después de leer la cita con la que comenzaba, de Heráclito: «El carácter es el destino».

Cuando hojeé el manuscrito aquel primer día me pareció que iba a ser una adaptación teatral de *Vagalume*, la novela prohibida de Manolo, porque el nombre aparecía varias veces en el texto, pero en cuanto comencé a leer me di cuenta de que era una historia diferente. Era la historia del padre de Manolo, pero también la de éste, entremezcladas ambas en una conversación en la que padre e hijo se iban contando lo que pensaban uno del otro y su idea de la vida y la escritura, tan diferentes para cada uno de ellos. Situada en escenarios reconocibles y fáciles de identificar: la residencia de ancianos que en la novela de Manolo servía de marco a la narración, las calles de una ciudad que eran las que yo veía al ir y venir cada día a su casa, la redacción de un

periódico que podía ser aquella en la que Manolo Castro y yo trabajamos juntos…, la acción iba punteada por continuos flashbacks y saltos hacia delante en el tiempo que recorrían la vida del protagonista, un periodista y escritor frustrado que admiró siempre a su padre, que no era ni una cosa ni la otra, pero que fue un ejemplo para él. Por su constancia y su determinación. Pues, al contrario que el hijo, domeñó su destino con su carácter sin dejar que fuera el azar el que determinara su vida. En cambio, el hijo dejó que la suya la condicionara el tiempo, ese óxido invisible pero mortal que todo lo va royendo sin que nos demos cuenta hasta que ya es tarde. Así, a priori, parecía claro que lo que *Carácter y destino* contaba era la propia historia de Manolo, sólo que disimulada detrás de un seudónimo. Curiosamente el mismo que el de su padre, de quien lo tomó prestado y que a ambos los unió por encima de otros vínculos, pues era su definición: dos luces encendidas en la noche mientras los demás dormían. Vagalume no era sólo un nombre, era su imagen. Y que se dijera en gallego no era casual, pues, aparte de homenajear al padre, cuyo origen siempre llevó con orgullo, se ajustaba más a su condición. No eran sólo dos luces en la noche, eran luces que vagaban aunque nunca se movieran del mismo lugar.

CARÁCTER Y DESTINO

Acto primero

Jardín de una residencia de ancianos. Es de día.

Dos hombres, PADRE e HIJO, hablan sentados en un banco. Están solos en el jardín. Por su aspecto, éste tiene algo de irreal, como los personajes.

HIJO

Me ha dicho el director que te pasas el día aquí solo leyendo.

PADRE

Sí, es donde mejor estoy.

HIJO

Y que no hablas nunca con nadie…

PADRE

No tengo nada que decir.

HIJO

¿Y no te interesa nada de lo que hablan los otros?

PADRE

A estas alturas de mi vida no.

HIJO

(Mirando al padre). *Ojalá tuviera yo la seguridad que tú tienes en ti, padre.*

PADRE

(Mirando al hijo). *Yo no tengo ninguna seguridad en mí, no te equivoques. Lo mío es sólo desencanto.*

PADRE e HIJO guardan silencio. Se oyen los pájaros cantar. Se ve que los dos personajes ya se han dicho casi todo, que los paseos por el jardín de la residencia del PADRE, que se repiten a cada visita del HIJO, se han convertido ya en una rueda de palabras repetidas como las vidas de los residentes…

En pequeñas escenas intercaladas con otras correspondientes a la vida de los dos personajes, padre e hijo, *Carácter y destino* iba contando la historia de su relación a la vez que relataba la peripecia vital de cada uno de ellos, las dos condicionadas por las circunstancias, la guerra y sus consecuencias en el caso del padre y el trabajo y la familia en el del hijo. En realidad, el trabajo fue para los dos su vida. Para el padre porque a él le dedicó muchas horas de su existencia dadas las

condiciones en las que tenía que trabajar (durmiendo por el día y escribiendo por las noches para poder concentrarse en ello) y para el hijo porque la dirección del periódico le exigía toda su dedicación. De ello hablaban en otro momento de la obra los dos hombres a la vez que se arrepentían de no haber dedicado más tiempo a sus hijos. Su empeño por sacarlos adelante hizo que se olvidaran de ellos, lo cual era una contradicción:

PADRE e HIJO siguen sentados en el banco del jardín de la residencia. Los dos continúan solos en él.

HIJO

¿Sabes, padre? Yo siempre te vi como una luciérnaga, una luz que se encendía en la noche y que desaparecía cuando me dormía…

PADRE

Pues no, no era una luciérnaga, era un hombre de carne y hueso…

HIJO

Lo sé.

PADRE

… Un hombre que tenía que escribir por las noches para poder sacar adelante a su familia porque por el día no podía hacerlo. Éramos muchos en la casa.

HIJO

También lo sé. (Mirando al PADRE, que se ha quedado muy serio). *Y que lo conseguiste. A pesar de las dificultades. Siempre te admiré por ello.*

PADRE

(Sorprendido, mirando al HIJO). *¿Admirar…? No se puede admirar a*

nadie por lo que yo hice. Tú hubieras hecho lo mismo. Y mejor. Porque tú sabes escribir.

HIJO

No es verdad. Yo no he hecho nada que merezca la pena. Teniéndolo mucho más fácil que tú.

PADRE

(Contemplando abstraído el jardín). *Cada uno en la vida hace lo que puede. Y lo que le toca hacer…*

La lectura de *Carácter y destino* me fue interesando cada vez más a pesar de mi falta de experiencia en leer teatro, que exige otro tipo de entendimiento que la novela. Por fin, en aquella última obra, Manolo Castro parecía hablar de él, siempre en conversación con su padre, aquel Vagalume ausente al que dedicó su única novela publicada, que no pudo leer porque ya había muerto, y lo hacía con claridad, amparado únicamente en el seudónimo que tomó prestado de él y que no alcanzaba a encubrir, para quien conociera a Manolo un poco, la verdadera personalidad del protagonista de aquella historia en la que se confrontaban dos formas de enfrentarse a la escritura y a la vida: la de un hombre que se sobrepuso a la adversidad escribiendo y la de otro que dejó de escribir al primer contratiempo que tuvo siendo su auténtica vocación. Pero ahí no terminaba la confesión de Manolo. Más allá de su relación con la escritura, entraba en aquella obra en su dimensión más íntima dejando al aire sus miedos, sus dudas y sus preocupaciones. Incluso, ya cerca del final del primer acto, hacía una confesión que, si no era fantasía (mucho en aquella obra lo era, comenzando por la historia del padre, que no terminó sus días en un asilo de ancianos, puesto que murió en su casa todavía joven), suponía abrir la puerta de su verdadera historia: la de alguien que nunca fue feliz porque toda su vida cargó con un resentimiento heredado y con una culpa propia de los que no logró desprenderse porque nunca los compartió con nadie. El resentimiento era contra una sociedad entera, la que maltrató a su padre y a su familia indirectamente y la que la sucedió, tan culpable como aquélla de no haberles resarcido de sus penas, y la culpa era suya por su cobardía al no atreverse a decidir su

vida. Qué vida hubiera querido llevar es lo que no acababa de decir:

PADRE e HIJO pasean ahora por el jardín de la residencia. El PADRE va agarrado del brazo del HIJO, se ve que anda con dificultad.

PADRE

¿Sabes, hijo, de lo único que me arrepiento?

HIJO

¿De qué?

PADRE

De no haber podido dedicaros más tiempo a vosotros.

HIJO

(Mirando al PADRE). *Nos dedicaste tu vida entera, padre.*

PADRE

No es verdad, tú mismo me lo acabas de decir: creías que era una luciérnaga…

HIJO

Es que eso es un escritor para sus hijos: una luz encendida en la noche. Seguramente mis hijas piensan lo mismo de mí…

Se hace el silencio entre ellos. PADRE e HIJO parecen recordar.

PADRE

(Al cabo de un rato, señalando las glicinias del jardín, que lo tiñen de malva con sus flores). *Mira, ¿ves esas flores? Así es la vida de hermosa*

y de breve. Cuando te das cuenta se ha ido.

HIJO

(Mirando al PADRE). *La tuya aún no se ha ido… del todo.*

PADRE

(Mirando al HIJO). *Se ha ido. Lo único que queda es el aroma…*

PADRE e HIJO se alejan andando entre las glicinias. Es abril, el mes más cruel.

18

La confesión

—ABRIL es el mes más cruel: engendra / lilas de la tierra muerta, mezcla / recuerdos y anhelos, despierta / inertes raíces con lluvias primaverales. / El invierno nos mantenía calientes, cubriendo / tierra con nieve olvidadiza, nutriendo / un poco de vida con tubérculos secos…

Mi voz resonó en el despacho formando eco contra las paredes, cuya desnudez las hacía reverberar. Los versos de T. S. Eliot, que aprendí de memoria cuando era joven, retumbaron como extraños salmos en el silencio de aquel despacho lleno de él. Ni siquiera, desde hacía rato, se oía a Elvira trajinando por la casa embalando los últimos enseres para la mudanza que se produciría en muy pocos días. Yo sí que era un superviviente en aquel barco sin tripulación.

A media tarde hice un alto para descansar un poco. Ya no me quedaba mucho por leer, pero me estaba interesando tanto aquella última obra de Manolo, la única que no era una novela, que no me quería perder una palabra de ella. Tenía la esperanza de que en cualquier momento Manolo se desnudaría del todo.

Su mujer estaba ahora en el jardín podando y abonando los rosales para dejarlos listos y preparados en tanto llegaba otro dueño que se ocupara de ellos. ¡Quién sabía cuánto tardaría en pasar!

—¿Cómo van esos rosales? —la saludé abriendo la ventana para que se diera cuenta de que estaba allí.

—Bien —me contestó ella levantando la cabeza para verme—. Parece que han aguantado bien el invierno.

—Como nosotros —le sonreí.

—Querrás decir como tú…

Elvira prosiguió con su labor y yo me quedé mirándola intentando imaginar qué cruzaría por su cabeza en aquellos días, cuando estaba a punto de dejar la casa en la que pasó casi toda su vida junto a su marido. Debía de ser muy triste, por más que fuera su decisión, abandonar su casa y hacerlo sola, puesto que la persona con la que la compartiste ya no está. Las hijas y, sobre todo, los nietos, la ayudarían a sobrellevarlo, pero la carga sentimental la iba a soportar ella.

Me dieron ganas de preguntarle cómo se sentía, qué pensaba a medida que se acercaba la fecha en la que dejaría atrás su casa y con ella el recuerdo de Manolo, tan presente entre aquellas paredes. Sin duda, su recuerdo la acompañaría allá a donde fuera, pero sería un recuerdo distinto, no tan real como en el que fue su hogar durante años. Me dieron ganas de preguntárselo, pero no lo hice no fuera a ser que despertara en ella la melancolía del tiempo ahora que la veía más animada con la llegada de la primavera y el despertar de los pájaros y de las plantas de su jardín. Sobre su cabeza la enorme catalpa parecía una sombrilla vegetal, sin hojas aún pero preparada ya para recibirlas. De repente todo parecía brotar, anunciar un futuro nuevo, incluso para mí, que estaba allí de paso.

—A Manolo le encantaba este jardín —me dijo Elvira alzando la voz para que la oyera.

—Sí. Me acuerdo de que me hablaba de él a menudo en sus cartas. Me contaba cómo estaba, cómo iba cambiando con las estaciones —le dije yo.

—Decía que había cambiado la escritura por esto… —me contestó ella—. Pero ya ves que mentía.

La conversación se terminó ahí. Elvira siguió con su trabajo y yo cerré la ventana y volví a la mesa para continuar con la lectura de *Carácter y destino*, en la que la conversación entre los dos Vagalumes, padre e hijo, proseguía donde la dejé, con los personajes contándose lo mismo que ya se habrían contado cientos de veces. Aunque de repente la conversación dio un inesperado giro. Fue el padre el que lo provocó sorprendiendo al hijo —y a mí de paso—, pues no esperaba una pregunta así:

PADRE

Nunca me dijiste qué fue de aquella mujer. Te lo pregunté una vez, pero cambiaste de conversación…

HIJO

¿Qué mujer?

PADRE

Sabes bien a qué mujer me refiero…

HIJO

(Después de dudarlo un poco). *Se fue.*

PADRE

¿Se fue o la abandonaste tú?

HIJO

(Mirando al PADRE). *¿Por qué me preguntas ahora eso? ¿Sabes los años que han pasado desde entonces, padre?*

PADRE

(Parándose para mirar al HIJO). *Da igual los años que hayan pasado. Sé que no fue una mujer más para ti. Por eso te lo pregunto.*

HIJO

(Poniendo cara de contrariedad). *No me gusta hablar del pasado, padre.*

PADRE

(Echando a andar de nuevo entre los parterres). *Te comprendo, hijo,*

te comprendo. A mí tampoco me gusta hablar del pasado. Pero aquí es lo único de lo que se habla…

La conversación entre el padre y el hijo continuaba, pero de repente yo dejé de escuchar sus voces. En su lugar empecé a oír otras diferentes al otro lado de la ventana, en el jardín, donde la mujer de Manolo seguía con sus labores, ahora en compañía de una vecina que había llegado para traerle unas matas de calas que plantaría pero que no vería crecer. Ficción y realidad se mezclaron así como en un caleidoscopio, uno de aquellos caleidoscopios que coleccionaba Manolo y que ahora tenían sus nietos a excepción del que a mí me regaló su mujer, y que en la luz de la tarde, en el despacho en el que yo leía, parecía transformarlo todo. Tanto que comencé a tener la impresión de que los personajes de *Carácter y destino* no estaban ya dentro de la obra sino en el jardín de la casa de Manolo, detrás de la ventana desde la que tantas veces lo miró haciendo un alto en sus ocupaciones:

Empieza a oscurecer en el jardín.

HIJO

(Mirando al PADRE mientras pasean). *Padre, te voy a hacer una confesión. Te voy a contar algo que nunca he contado a nadie. Te voy a contar por qué volví a escribir después de decidir no hacerlo más…*

La voz sonaba difuminada, confundida con los ruidos y sonidos de la tarde. En el despacho en el que Manolo Castro pasó tantas horas en su vida, en el que escribió al amparo de la noche todos aquellos libros inéditos que yo había estado leyendo aquellos días, su voz sonaba como en otro espacio, como si llegara de un lugar distinto en vez de brotar del papel en el que quedara impresa. Porque era yo el que la decía en voz alta, no él, como decía también la del viejo Vagalume y antes los versos de T. S. Eliot. Era yo y no los personajes el que hablaba, aunque dijera lo que ellos pensaban y que Manolo había puesto en sus bocas hacía ya mucho tiempo:

HIJO

Yo nunca abandoné a aquella mujer, padre. Fue ella la que me

abandonó a mí. Porque no tuve el coraje suficiente para dejar a mi familia y mi trabajo en el periódico y huir con ella de esta ciudad que nos atrapó a los dos como a dos insectos en la tela de araña de su mediocridad. Como a ti, padre, esta ciudad me atrapó y me condenó a vivir en la pena. Por eso volví a escribir: para sobrevivir a la pena… (Recapacitando). *Bueno, por eso y porque en un momento dado necesité, como tú, ganar más dinero…*

PADRE

(Sorprendido). *¿Y eso?*

HIJO

Es muy largo de explicar.

PADRE e HIJO se quedan en silencio. En el jardín está oscureciendo y apenas se distinguen bien ya sus siluetas.

HIJO

(Rompiendo el silencio, al cabo de un rato). *Tú escribiste para mantener a tu familia. Yo hice lo mismo que tú, pero sin que se supiera…*

El HIJO vuelve a guardar silencio. Se ve que le cuesta confesarle al PADRE la verdad que ha ocultado tanto tiempo. Y eso que el PADRE no dice nada. Al revés, le escucha como si lo hiciera por primera vez.

De repente suena un timbre dentro de la residencia. Su sonido se oye amortiguado en el jardín.

HIJO

(Al PADRE). *Te llaman para cenar.*

PADRE

Sí, me tengo que ir. (Se encamina hacia la puerta que da al vestíbulo de la residencia sin soltar del brazo a su hijo). *Ya acabarás otro día de contarme.*

HIJO

(Entrando con él en el vestíbulo de la residencia). *Sí, padre, otro día…*

—¡Hola, María! —escuché a Elvira saludar a su hija al mismo tiempo en el jardín. También en la casa había sonado un timbre.

—¡Hola, mamá!

El sonido de la puerta ahogó las siguientes palabras de María. Sólo distinguí su voz.

—Está arriba, en el despacho —dijo su madre a continuación.

19

La despedida

MARÍA, la hija mayor de Manolo Castro y Elvira, apareció en el despacho al cabo de unos minutos, justo cuando yo acababa de leer el primer acto de la obra de teatro de su padre esperando que su confesión concluyera en él. Pero no fue así. El primer acto se terminó sin que el padre y el hijo volvieran a estar juntos en escena (la conversación entre ambos dio paso a una canción que se disolvió en la noche, lo mismo que el escenario), y en el siguiente la historia cambió de época y pasó a desarrollarse en un café en el que el Vagalume hijo del primer acto, mucho más joven, hablaba con una mujer de su relación:

Acto segundo

Un café antiguo. En una esquina, lejos de las miradas de los demás clientes, un HOMBRE (el HIJO del primer acto con muchos años menos) y una MUJER de su edad hablan bajando la voz. Se ve que es ya de noche tras las cristaleras.

HOMBRE

No puedo. Lo siento, pero no puedo hacerlo.

La MUJER tiene la mirada baja. Tarda en responder.

MUJER

Pues se terminó.

El HOMBRE la mira sin hablar. Se ve que no sabe qué decir.

MUJER

(Mirándole con pena). *Tú sabrás lo que haces con tu vida.*

El HOMBRE sigue sin decir nada. En la cafetería las voces suenan ininteligibles. El local está lleno de humo.

En un momento dado, la MUJER se levanta y se va.

—Hola —me saludó María desde la puerta.

—Hola.

—¿Puedo pasar?

—Claro, es tu casa.

—¿Terminas ya? —me preguntó entrando en la habitación.

—Sí, ya me queda poco —le contesté.

—¿Y…?

La miré fingiendo no entender bien su pregunta. La entendía a medias, pero fingí que no comprendía qué era lo que me quería decir.

María se sentó en el sofá. Miró a su alrededor y luego a mí. Me preguntó:

—¿Qué te parecen?

—Que son muy interesantes —le respondí señalando los manuscritos apilados sobre la mesa.

—¿Crees que deberíamos publicarlos todos?

—Eso ya depende de vosotras. Yo no soy nadie para deciros lo que debéis hacer.

—Mi hermana dice —me confesó María— que deberíamos volver a guardarlos y respetar la voluntad de papá, que era la de que quedaran inéditos. Ella dice que los escondió por eso.

—¿Y tú qué opinas?

—No sé…

María miró los manuscritos apilados en la mesa, al lado del que yo leía. Parecía indecisa, no como cuando la acompañé a la librería, que se la veía enfadada.

—¿Tú crees que la voluntad de tu padre era no publicar estos libros?

—Pues no lo sé —me reconoció María—. ¿Tú qué crees? —me devolvió ella la pregunta.

—Yo creo que le habría gustado verlos publicados —me sinceré.

—¿Entonces por qué los escondió sin decirnos a nosotras que existían?

—¿Te digo lo que pienso de verdad? —le pregunté a María mirándola a los ojos para ver su reacción. Ella me devolvió la mirada, pero en seguida la desvió. Se notaba que no estaba muy segura de sí misma.

—¿Qué es lo que piensas tú? —me preguntó.

—Yo creo que tu padre no escribía para dejar los libros sin publicar.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo pienso —le contesté escuetamente para no tener que contarle lo que había averiguado de él en aquellos días. Y lo que el propio Manolo decía en su obra de teatro, que no dejaba de ser una confesión.

María guardó silencio. Se ve que no se atrevía a seguir preguntándome para no tener que afrontar una respuesta que quizá no le iba a gustar. En cierto modo debía de intuir que algo extraño había en torno a su padre y que quizá lo mejor era no llegar a saberlo. Por eso seguramente no había leído sus libros tampoco hasta aquel momento, que yo supiera.

Su madre apareció también en el despacho. Se veía que el final de aquella historia que había comenzado con el descubrimiento de los originales inéditos de Manolo y que se terminaba ese día con mi lectura de todos ellos las intrigaba tanto como a mí conocer qué había detrás de su aparición. Porque yo ya no sabía qué había de verdad en todo aquello, en la confesión del secreto de Sara y en las palabras de Santamaría, el principal amigo de Manolo, en la aparente ignorancia de su familia sobre lo que fue su vida realmente, en la enigmática carta que recibí en el hotel… Todo eran conjeturas para mí, misterios que se solapaban unos con otros y que más que aclararme su significado lo oscurecían confundiéndome aún más en mis deducciones. Quizá la única respuesta de verdad la tuviera aquella obra de la que me faltaban aún dos actos por leer, pero cuyo primero se me antojaba revelador salvo que su autor quisiera confundirme también.

—Luego cenas con nosotras —me invitó Elvira—. De despedida —me dijo.

—Te agradecemos mucho que hayas venido a ayudarnos —dijo

María sin esperar mi respuesta levantándose y yéndose con su madre.

Sara, su hermana, apareció también esa noche. Se veía que Elvira les había pedido a las dos que fueran a cenar para despedirme. Para cuando Sara llegó, yo había acabado de leer el tercer acto de *Carácter y destino*, que se desarrollaba en la redacción de un periódico, sin duda aquel en el que yo coincidí con su padre y que fue mi primer trabajo como periodista. En la escena, entre el fragor de las máquinas de escribir y el ruido de los teléfonos, el hijo del primer acto, con muchos años menos, hablaba con un periodista joven recién llegado a la redacción sobre las dos pasiones que compartían: el periodismo y la literatura; un diálogo que a mí me recordó las muchas conversaciones que tuve con Manolo sobre lo mismo. Me emocionó reconocerme en la escena y en el personaje que me representaba en una redacción en la que todos parecían formar parte ya de otro tiempo:

Acto tercero

Redacción de un periódico provincial. Varios periodistas trabajan en sus mesas. Ruido de máquinas de escribir y sonido de teléfonos. Hay luz artificial. No se sabe si es de día o de noche.

En primer plano, en la mesa doble que comparten, están dos periodistas, uno de mediana edad que es el HIJO del primer acto y el HOMBRE del segundo, y un PERIODISTA JOVEN que acaba de empezar a trabajar en el periódico.

PERIODISTA MAYOR

¿Te gusta escribir?

PERIODISTA JOVEN

Sí, por eso estudié Periodismo.

PERIODISTA MAYOR

Son dos cosas diferentes, el periodismo y la literatura.

PERIODISTA JOVEN

¿Tú crees?

PERIODISTA MAYOR

No es que lo crea, lo sé.

PERIODISTA JOVEN

¿Y por qué lo sabes?

El PERIODISTA MAYOR guarda silencio durante unos instantes. Parece no saber qué contestar. Por delante de él pasa un redactor que le oculta a la vista del público brevemente.

PERIODISTA MAYOR

(Cuando se le vuelve a ver). *Porque yo también escribí cuando era más joven.*

PERIODISTA JOVEN

¿Y ya no?

PERIODISTA MAYOR

Ya no.

PERIODISTA JOVEN

¿Y eso por qué?

PERIODISTA MAYOR

Es una larga historia…

La conversación entre los dos periodistas ocupaba el tercer acto de la obra, que se sumergía en él en las concordancias y las disimilitudes

entre el periodismo y la literatura hasta convertirse en una reflexión sobre el oficio de escribir, algo que estaba presente en toda aquella obra que cada vez se me antojaba más autobiográfica y no sólo en lo que se refería a su autor. Yo también me veía reflejado en aquel joven periodista que hablaba con él y para cuya composición seguramente Manolo se inspiró en mí. Como para nosotros, para los dos periodistas de su obra de teatro escribir era más que una vocación, era una forma de sobrevivir al tiempo, al vacío sucesivo de los días y a su irreparable pérdida. Escribir, algo absurdo y sin sentido para la mayoría de las personas, que se van de este mundo sin dejar testimonio de su existencia, para los dos periodistas de la obra de Manolo era una tabla de salvación como lo seguía siendo para mí aún. Así se lo confesé a su mujer y sus hijas mientras cenábamos comentándoles la última obra de Manolo.

—Sin escribir yo sería un desgraciado.

La mujer y sus hijas me escuchaban como si lo que les contaba fuera la explicación de por qué su marido y padre había seguido escribiendo y de que lo hubiera hecho en total secreto, tanto como para que ni siquiera ellas supieran que lo hacía, viviendo con él. Pero yo no tenía tan claro que ésa fuese la auténtica explicación, puesto que ni siquiera a mí me bastaba. Yo escribía para sobrevivir, es cierto, pero, además, lo hacía por otras razones, ninguna de las cuales explicaba por sí sola tanto esfuerzo, tanta dedicación a un trabajo cuyo objetivo final no es más que el de llenar con palabras el vacío existencial que a todas las personas nos angustia y que cada uno llena de una manera.

—¿Tú crees que mi padre volvió a escribir por esa razón?

La pregunta de María me sorprendió. No porque no tuviera sentido, sino porque se atreviera a hacérmela delante de su madre. Por lo demás, concordaba con lo que yo acababa de decir.

—No lo sé. Nadie sabe por qué escribe cada escritor —le respondí—. Pero lo que sí sé es que tu padre era un escritor de verdad. Por eso se murió escribiendo.

—¿Y por qué lo hizo a escondidas? —intervino Elvira mirándome—. Ahora que ya has leído todos los libros que dejó a su muerte quizá tengas una idea…

—Eso el único que lo podría decir es Manolo —le dije—. Yo no puedo contestar por él.

Sara, la hija pequeña, escuchaba sin intervenir. De vez en cuando me miraba como recordándome que compartíamos un secreto que no

podía revelar, pero desde que comenzamos a cenar guardaba silencio escuchando lo que los demás decíamos. Seguramente su cabeza estaba lejos de nosotros, quizá rememorando el encuentro con la mujer que le susurró al oído que podía ser su hija. Estábamos cenando en la cocina de la casa, en la mesa de madera en la que ellas comían y cenaban salvo cuando tenían algún invitado, señal de que a mí no me consideraban así. Lo cual les agradecía. Después de tantos años de conocernos, que me trataran como si fuera de la familia me congraciaba con aquella casa que tan desconocida se me había vuelto después de todo lo descubierto. La casa y la ciudad, que para mí eran ya lo mismo tras pasar tantas horas leyendo en la primera.

—¿A qué hora te vas mañana? —me preguntó Elvira a los postres. Había preparado una tarta de manzana y comprado algunos dulces para mí.

—No lo sé. Aún no he sacado el billete. ¿Por qué?

—Por nada, por saber —me respondió.

Se acercaba el momento de la despedida y a los cuatro nos producía tristeza. Después de varios días allí, yo me había acostumbrado a ellas y ellas a mí, en especial Elvira, que de lo contrario habría estado sola la mayor parte de aquel tiempo. Pero mi despedida no era la única que se aproximaba. También la suya de aquella casa que tantos recuerdos guardaba y que se quedarían allí, como los libros inéditos de Manolo, sin ver la luz de la realidad. Incluidos los que éste había ocultado a su mujer y a sus dos hijas y que yo había entrevisto en aquéllos, principalmente en el último, del que aún me faltaba el epílogo por leer.

—Me lo llevo para acabar de leerlo en el hotel. Mañana te lo devuelvo —le dije a Elvira antes de despedirme de sus dos hijas—. Así no me despido de ti ahora…

—Mejor —me dijo ella acompañándome al jardín, que ya olía a primavera aquella noche.

María y Sara también lo hicieron. Desde la puerta, me miraron marchar con pena, la misma pena que yo sentía por ellas sin saber por qué.

20

Epílogo

ACARRACEDO lo encontré donde sabía que estaría a esa hora. Con él no era difícil acertar. Bastaba con ir al bar al que a partir de las once acudía siempre con la misma fidelidad que le guardaba al periódico al que también volvería al día siguiente.

Lo encontré apoyado en la barra, solo, como una esfinge que vigilara el discurrir de la noche, una noche que parecía más solitaria que otras, quizá porque yo la veía así. Sentía que no había sido leal con Elvira y con sus hijas al no atreverme a contarles lo que en su última obra Manolo confesaba: que había ocultado toda su vida que su verdadero amor no era su mujer, sino otra que lo abandonó. De hecho, había dejado sin leer el epílogo final para hacerlo en el hotel a solas, no fuera a ser que me deparara alguna sorpresa más.

Carracedo me vio entrar como si imaginara ya que iba a aparecer. Sabía que me iba al día siguiente y que no lo haría sin despedirme de él. Me saludó con un gesto (aquel gesto suyo ambiguo con el que saludaba siempre) al tiempo que me preguntaba qué iba a querer beber.

—Un gin-tonic —le dije—. ¿Tú tomas otro?

—Claro. No te voy a dejar que bebas solo —me respondió él con una sonrisa.

El camarero nos puso las dos copas y yo me acodé en la barra dispuesto a confesarme con Carracedo. Tras la lectura de *Carácter y destino*, que aún no había concluido pero que ya me había dado mucha información, yo no albergaba ya duda alguna de que Manolo Castro había tenido un amor secreto que por la razón que fuera le condicionó la vida. Un amor cuya pérdida nunca superó y que quizá fue la causa de que volviera a escribir. Para llenar el vacío y para sobrevivir a la pena.

Una pena que se llevó con él.

—Ya sé la verdad sobre Manolo Castro —le dije a Carracedo, que me miró con escepticismo. No era la primera vez que se lo decía.

—¿Estás seguro? —me dijo.

—Ya sí —le respondí, y le mostré el texto escrito a máquina de la obra de teatro, que llevaba en una carpeta.

—¿Qué es? —me preguntó él.

—Su confesión —le dije.

Carracedo miró el libro con curiosidad.

—*Carácter y destino* —leyó en voz alta—. Qué título tan extraño, ¿no?

—A mí me gusta.

—Y a mí —reconoció él—. ¿Y por qué dices que es su confesión?

—Porque lo es.

Le conté de qué trataba la obra, las tres escenas que la componían, el diálogo con el padre muerto y con la mujer secreta, las confesiones literarias y vitales que me hacía (yo era el periodista joven) en aquella redacción que recordaba a la nuestra, aquella en la que tanto Carracedo como yo empezamos a trabajar con Manolo. Él me escuchó interesado, aunque no hizo ningún comentario, según su costumbre.

—Me faltan por leer las tres últimas páginas. Lo haré en el hotel cuando vuelva.

—¿Y se lo has contado a su mujer? —me preguntó.

—No, ni a las hijas. Ni se lo voy a contar —le respondí—. Que lo descubran ellas cuando lean la obra —dije guardando el original en la carpeta y dejándola sobre la barra del bar.

—¿Y si te la quedas? —me dijo Carracedo observando la carpeta.

—¿Quedármela? —le pregunté yo, sorprendido.

—Para que no se enteren —me dijo él.

Le miré con desconfianza, no esperaba una sugerencia así y menos de Carracedo, cuya integridad estaba fuera de toda duda. De hecho, le había causado muchos problemas tanto en la vida como en el periodismo.

—Total, si han vivido hasta ahora en la ignorancia… —se justificó.

No le faltaba razón. Si tanto Elvira como sus hijas habían ignorado toda su vida el secreto que Manolo les ocultó, ¿qué sentido tenía que lo supieran ahora, suponiendo que realmente lo que contaba en aquella obra fuera verdad? Porque tampoco esto era evidente. Podía ser otra

fantasía suya como la conversación con su padre muerto en la residencia de ancianos en la que nunca estuvo.

Pero que lo decidieran ellas. ¿Quién era yo para decidir por ellas y menos en algo tan personal? Les devolvería el libro y que lo leyeran junto con los otros y que sacaran ellas las conclusiones que tuvieran que sacar. Yo no iba a hacer de censor como aquellos que a Manolo le condenaron al ostracismo y a la tristeza cuando era joven.

—Después de muerto Manolo, ¿qué más les da ya lo que hiciera? —le dije a Carracedo, que me miró sin responder esta vez.

Como todas las noches anteriores, el bar se había llenado de gente que buscaba como nosotros un salvavidas al que aferrarse o simplemente compañía. La mayoría de los clientes eran habituales y salvo una pareja todos parecían estar solos. Pensé en que no había ninguna diferencia entre ellos y las personas que como Manolo o yo convertimos la soledad en un refugio en el que poder vivir nuestros sueños. Como había dicho Santamaría, la soledad no era una maldición, sino un lugar en el que protegerse del mundo cuando no te gusta. Y a la vez un observatorio desde el que interpretarlo. Era lo que él hacía en aquel estudio en el que pintaba paisajes y naturalezas muertas mientras escuchaba música clásica durante horas y era también lo que hizo Manolo en el despacho en el que escribió en secreto todos aquellos libros que yo acababa de leer. Como en las bibliotecas, en él los muertos hablaban, en su caso su padre y en el mío él. O, mejor dicho, sus almas, que eran las sombras que yo intuía mientras leía en silencio y, después, por las calles de aquella ciudad extraña que era la misma en la que viví pero a la vez tan distinta. Como Carracedo y yo y como los clientes del bar en el que bebíamos sin hablar, todo era irreal y real a la vez, todo parecía soñado como en las novelas, o como en las obras de teatro, que no dejan de ser sueños aunque cuenten nuestras propias vidas.

—Hay algo que no acabo de entender.

La voz de Carracedo me sacó de mi ensimismamiento, me devolvió al lugar en el que seguía estando, aquel bar lleno de fantasmas o de figuras insomnes que parecían desaparecidas ya.

Le contesté sin hablar, con una expresión.

—De acuerdo con que Manolo tuvo una relación secreta que le marcó la vida según me dices… Pero ¿por qué escribió todos esos libros? Quiero decir: ¿con qué intención? Porque alguna intención tendría… —se sinceró Carracedo bajando la voz para que no nos oyeran.

—No necesariamente —le respondí.

—Siempre se escribe con una intención —dijo él—. Tú lo sabes como yo.

Tenía razón en lo que decía. Aunque haya escritores que lo nieguen, todos escribimos por algo, o, mejor dicho, para alguien, aunque ese alguien nunca llegue a saber que es así. Está en el imaginario del escritor, sea consciente o no de ello.

—Yo creo que Manolo escribía para él… O, en todo caso, para su padre —me corregí a mí mismo mientras lo decía.

Carracedo me miró con expresión de no estar de acuerdo. Pero no me contradijo. En lugar de ello, apuró su copa, que ya tenía casi acabada, antes de pedirle otra al dueño del bar.

Le acompañé con un segundo gin-tonic. Él llevaría ya más aparte de las cervezas o de los vinos de media tarde, pero se le veía lúcido, sin rastro de haber bebido más que cualquiera de los clientes que nos acompañaban en el bar esa noche, que eran pocos, al ser domingo. Dentro de la irrealidad del bar, todos parecían desdibujados como nosotros.

¿Para quién escribía Manolo? La pregunta me sobresaltó. Nunca se me había ocurrido pensar en ello y ahora que lo hacía me parecía imposible no haberlo hecho hasta aquel momento. Porque lo que estaba claro es que Manolo escribía para alguien como todos por más que él decidiera dejar sus libros sin publicar. Cuando en la oscuridad de la noche encendía su lámpara y la pantalla de su ordenador, pensaba en alguien seguro y ese alguien lo sabía, ya fuera porque se lo dijera él, ya fuera por intuición, que son las dos formas de saber que alguien piensa en nosotros. En mi caso, pensé, eran mis hijos (y en menor grado Martina, especialmente desde que dejó de leerme con el interés de los primeros años) y en el de Manolo serían sus hijas, aunque las mantuviera al margen de lo que escribía. O quizá no. Quizá no fueran ellas y fuera otra persona (su padre o la mujer que le dejó marcado como al primero la cárcel y la condena a escribir a sueldo toda su vida).

¿Y si Manolo también hacía lo que él? ¿No podía ser que también Manolo escribiera a sueldo como su padre hizo durante tantos años? En su obra de teatro, él mismo se lo decía, si bien no llegara a confesárselo completamente porque aquél se tuvo que ir: «Y porque de repente necesité ganar más dinero…». ¿Podía ser que Manolo Castro, el hombre que dejó voluntariamente de escribir desengañado por lo que les tocó vivir a su padre y a él mismo, aquel que siempre me dijo que escribir

era el acto más hermoso que podía realizar una persona pero también el más arriesgado porque era una confesión pública, escribiera por necesidad y por eso lo hiciera en secreto? Las preguntas se me agolpaban en la cabeza y el alcohol no me ayudaba a aclararlas, al revés. Necesitaba salir a la calle y respirar el aire de la noche y no aquel viciado del bar que parecía no haberse renovado en muchos años.

—Me voy a ir —le dije a Carracedo, que seguía callado bebiendo.

—Me voy yo también, te acompaño —me contestó él apurando su copa.

En la calle, la noche nos recibió con el silencio habitual a aquella hora avanzada pero con un aire fresco que olía ya a primavera y no a invierno como las anteriores noches. De un día para otro la temperatura había subido algún grado y olía a lilas en floración. Por la calle, mientras caminábamos, Carracedo y yo íbamos sintiendo aquel olor que llegaba de los jardines y de los parques cercanos y que nos transportaba lejos, a los tiempos de nuestra juventud. A mí al menos me traía el recuerdo de la universidad, cuando al llegar abril el campus de la Complutense se llenaba de aromas nuevos que renovaban la sangre de los estudiantes y de todos los que por allí pasaban, y también las noches de mi primera estancia en la ciudad de Carracedo y Manolo, aquella ciudad remota que había sido sustituida por la de ahora, que se parecía a ella pero que nada tenía ya que ver con la de mi memoria. Como entonces, sentía que la vida resucitaba de nuevo después del invierno y que la naturaleza lo celebraba volviendo a brotar y a echar hojas y flores incluso en aquella ciudad desierta en la que todos parecían dormir excepto Carracedo y yo. Por las callejas de su casco viejo parecíamos dos sombras, dos fantasmas silenciosos que cruzábamos la noche en busca de nuestro destino, pues tanto el pasado como el futuro habían dejado de existir para nosotros; el pasado arrastrado por el tiempo y el futuro desvanecido como una ilusión óptica cuando la luz la ilumina como aquella madrugada las farolas callejeras a nosotros. Quien nos viera pensaría que éramos sombras y se dormiría con esa visión sin imaginar que éramos dos seres vivos que nos acompañábamos para no dejar de serlo. Porque una persona sola en la oscuridad de la noche no existe, como tampoco existen esos *vagalumes* cuya luz se pierde sin iluminar a nadie. Sólo la luz de los escritores ilumina el mundo sin existir.

—¿Tú crees que el carácter es el destino? —le pregunté a Carracedo cuando llegamos al lugar en el que nuestros caminos se separaban antes de despedirme de él.

—Yo creo que el destino es una imaginación nuestra. El destino no existe, César, somos nosotros los que lo inventamos.

—¿Y la vida?

—Igual.

En la oscuridad de la noche Carracedo se me acercó, me dio un abrazo y empezó a andar. Cuídate, me dijo por toda despedida, y yo me quedé mirándolo hasta que se perdió en la noche entre las sombras del callejón que bajaba hacia su casa, aquella casa que yo nunca conocí y que ahora empezaba a pensar que quizá no existiera.

Me dormí con una sensación extraña. Después de acabar de leer la obra de teatro de Manolo ya nada me quedaba por saber de él, pero tenía la sensación de que algo faltaba en el puzzle. Algo que no sabría decir qué era, pero que me desasosegaba tanto como para tardar en dormirme más que otras noches y como para que al despertarme lo hiciera sintiendo que seguía estando, como la primera, perdido en una ciudad en la que nada era como lo recordaba pese a su apariencia de inmutabilidad. Y como la ciudad las personas que la habitaban, todas sombras que vagaban por sus calles sin saberse si eran reales o imaginarias. Como en la obra de teatro de Manolo, nada era lo que parecía:

Epílogo

La redacción del periódico ha cambiado mucho. Han pasado treinta años y, en lugar de máquinas de escribir, ahora hay ordenadores en las mesas y todo tiene un aspecto diferente, más moderno.

En su despacho de director del periódico, el PERIODISTA MAYOR del acto tercero (el HOMBRE del segundo y el HIJO del primero, cuya edad vuelve a tener) escribe a la luz de una lámpara de mesa, la única luz que ilumina la escena junto con la de la pantalla de su ordenador. Del cenicero que tiene a su izquierda sube el humo de un cigarrillo encendido y detrás se ve la redacción vacía a través de los cristales del despacho.

DIRECTOR

(Leyendo lo que ha escrito en la pantalla del ordenador, que le ilumina el rostro). *Yo no existí, sólo fui una creación como las que pueblan*

los libros de todos los escritores que han escrito antes de mí y como las que poblarán los de los que escribirán después. Como mi padre, yo también he sido una sombra, una ilusión de mi fantasía, un fantasma en la inmensidad del mundo cuya oscuridad ilumina apenas una pequeña luciérnaga que vaga por mi imaginación y que con su luz engrandece y hace hermosas las palabras, tanto como para que sienta que me acompañan más que las propias personas con las que vivo, que a veces ni siquiera saben que estoy aquí. Todas salvo aquella niña por la que volví a escribir y a la que nunca olvidé ni puedo olvidar…

Por el fondo de la escena pasa una niña despacio, andando como si flotara. Apenas se la distingue en la oscuridad de la redacción.

El DIRECTOR del periódico apaga su ordenador y la lámpara de su mesa y todo se queda a oscuras.

Final

EL ÚLTIMO día amaneció con un sol espléndido, un sol brillante y lleno de luz que iluminó la ciudad con su resplandor creciente aunque todavía no tenía fuerzas para calentar las calles. Aún le faltaba crecer como a las hojas de los castaños y de las enredaderas y arbustos de los jardines.

Dejé la maleta en la recepción y pedí un taxi para ir a casa de Manolo a devolverle la obra de teatro a su mujer. Aunque ése no era mi primer destino. Me había despertado con una idea fija en la cabeza, que era la de ir a ver a Santamaría a su estudio, porque en sueños recordé el comentario de Carracedo volviendo de verlo con el que me dejó caer que él creía que el pintor sabía más de Manolo de lo que me contó. La carretera hasta su pueblo era estrecha y cruzaba campos de cereal que estaban brotando en aquellos días, lo que convertía el campo en un océano verde solamente salpicado por los postes de la luz y algunos árboles entre las fincas, también verdes como ellas. Nada que ver aquel paisaje de abril con el del verano, que era de amarillo puro, ni con el del invierno, terroso y pardo como una manta de pastor. Mientras lo contemplaba sentía que todo se repetía alrededor de mí, que tanto el paisaje como mi mirada eran dos caras del mismo espejo, un gran espejo pintado por el tiempo y por la mano del hombre con su perseverancia de generaciones. En él yo me reflejaba sintiendo que aquel paisaje era mío también, pues durante varios años lo contemplé cada día al volver del sueño de la noche (desde la ventana de mi habitación se veían a lo lejos aquellos campos que ahora cruzaba en el taxi). Su olor, su color, sus líneas irregulares y definidas formaban parte de mí como de los que como Santamaría los veían y sentían cada día, quizá con menos intensidad que yo por el hábito.

Santamaría me vio llegar sorprendido a través de la cristalera de su taller, que daba a la carretera por detrás. Eran las diez y media y ya

estaba allí pintando o imaginando lo que después pintaría durante días con la perseverancia de un agricultor. En cierto modo, entre su trabajo y el de los agricultores no había tanta diferencia, se trataba de crear sobre un paisaje, que en el caso del pintor es el lienzo o el soporte que utilice y en el del agricultor la tierra.

—Buenos días —saludé a Santamaría, que había salido a recibirme hasta la puerta, después de pedirle al taxista que me esperara para volver. Era una forma de decirle a aquél que mi visita iba a ser rápida, que no le quitaría mucho tiempo.

Santamaría me invitó a pasar a su estudio mientras el taxista se quedaba esperándome en el coche. A aquella hora el taller resplandecía con el sol de abril, nada que ver con el de la tarde que fui con Carracedo, que parecía una mancha de sangre difusa en el horizonte.

Fui directamente al grano, a la pregunta que le quería hacer al pintor y que él recibió con sorpresa:

—¿Manolo tuvo otra hija fuera de su matrimonio?

El pintor dudó antes de responderme:

—¿Cómo lo has sabido?

Le expliqué el final de la última obra de Manolo, aquella obra teatral en la que éste se sinceraba con un lector que nunca imaginó que llegaría a tener, y la confesión de Sara sin decir su nombre (podía ser una de las dos hermanas). Santamaría me escuchó con atención y después se sentó en su silla y me ordenó con un gesto que me sentara en otra.

Me contó lo que a esas alturas yo sabía ya: que Manolo estuvo siempre enamorado de una mujer que no era con la que se casó, que nunca se atrevió a irse con ella porque tanto su familia como su madre dependían de él y no tuvo el arrojo necesario para abandonarlas y que hasta que se murió mantuvo económicamente a la hija que tuvo con su amor secreto, que sin duda fue la que me dejó el paquete con la novela prohibida de Manolo en el hotel al día siguiente de su funeral, en el que, según el pintor, estuvo. Y añadió encendiendo un cigarro, quizá el primero de aquella mañana:

—Por eso Manolo volvió a escribir. Y por eso lo hizo en secreto: para que su familia no lo supiera. Los libros que aparecieron en su despacho deben de ser los que no pudo publicar.

—¿Cómo? —La revelación de Santamaría me sorprendió aún más que todas las anteriores—. ¿Qué quieres decir con que los libros que dejó inéditos fue porque no pudo publicarlos?

—Es muy sencillo —me dijo Santamaría mirando su taller mientras

fumaba—. Manolo publicaba con seudónimo para con el dinero que ganaba con sus novelas poder mantener a su hija secreta. Igual que su padre, vamos. Y esos libros que encontró su familia ahora deben de ser los que no le dio tiempo a publicar porque enfermó.

Santamaría se quedó en silencio y yo le imité, no sabía qué podía preguntarle más. Parecía claro que todo lo que había callado durante tanto tiempo por lealtad a su amigo el viejo pintor me lo había contado y que ya no guardaba nada para él. Así que le di la mano y me levanté y salí de su estudio agradeciéndole con un gesto su confianza en mí. Sabía que yo no traicionaría a Manolo.

—Tranquilo, que esto sólo lo sabré yo —me despedí de él a pesar de todo. Aunque, antes de subir al taxi, me volví para hacerle otra pregunta—: ¿Con qué seudónimo publicó Manolo esas novelas?

—Vagalume.

El camino de vuelta se me pasó muy rápido. Iba pensando en lo que acababa de conocer de labios de Santamaría e imaginando la vida de Manolo Castro, sumido en una mentira que él convirtió en un misterio como haría su padre antes que él, sólo que en su caso para que no se conociera aquélla. Frente al parabrisas del taxi la ciudad se acercaba a toda velocidad, a la misma velocidad con la que se alejaba de mí la que yo recordaba de cuando era joven. Eran dos movimientos opuestos.

De Elvira me despedí en la puerta. Ya lo había hecho la noche anterior, así que le di la carpeta con la obra de teatro de Manolo y volví a subir al taxi para ir hasta el hotel en busca de mi maleta. Pero a los pocos metros me arrepentí. Mandé parar al taxista y, tras pagarle lo que le debía, me bajé del coche. El taxista se fue y yo eché a andar en dirección al río, que estaba cerca, detrás de los edificios que lo ocultaban del resto de la ciudad.

Volví a hacer el camino del puente abandonado por el río. No sabía por qué sentía que no debía irme sin visitarlo pese a que ya lo había hecho dos veces desde que estaba allí. Era una especie de atracción lo que me empujaba hacia él y lo que me hacía sentir un furtivo en aquel bosque de vegetación fluvial que rodeaba el cauce en aquella zona. Cuando llegué, el sol flotaba sobre ella dándole una luz misteriosa, irreal, como si se tratara del escenario de un teatro en el que se desarrollase una extraña representación. Una representación en la que el único personaje era un hombre ya muerto, aquel Manolo *Vagalume* con el que descubrí el lugar.

Recordé el final de *Carácter y destino*, su última obra: «Yo no existí,

sólo fui una creación como las que pueblan los libros de todos los escritores que han escrito antes de mí y como las que poblarán los de los que escribirán después. Como mi padre, yo también he sido una sombra, una ilusión de mi fantasía, un fantasma en la inmensidad del mundo cuya oscuridad ilumina apenas una pequeña luciérnaga que vaga por mi imaginación y que con su luz engrandece y hace hermosas las palabras, tanto como para que sienta que me acompañan más que las propias personas con las que vivo, que a veces ni siquiera saben que estoy aquí. Todas salvo aquella niña por la que volví a escribir…». Lo dije en alto para que lo escuchara el puente, el espejo y confidente de Manolo durante tantos años y tantos días. Y sentí una gran tranquilidad, como si por fin los dos pudiéramos descansar en paz.

Entre la pena y la nada eligió la pena, dije en voz alta también, y el puente me devolvió aquellas palabras con su eco.

Nota biográfica

Julio Llamazares nació en Vegamián (León) en 1955. Su obra abarca prácticamente todos los registros literarios, desde la poesía *La lentitud de los bueyes* (1979) y *Memoria de la nieve* (1982) a la literatura de viajes *El río del olvido* (1990); Alfaguara, (2006), *Trás-os-Montes* (Alfaguara, 1998), *Cuaderno del Duero* (1999), *Las rosas de piedra* (Alfaguara, 2008),

volumen que da inicio al recorrido sin precedentes por España a través de sus catedrales que cierra *Las rosas del sur* (Alfaguara, 2018), *Atlas de la España imaginaria* (2015) y *El viaje de don Quijote* (Alfaguara, 2016), pasando por la crónica *El entierro de Genarín* (1981; Alfaguara, 2015), el relato corto *En mitad de ninguna parte* (1995; Alfaguara 2014) y *Tanta pasión para nada* (Alfaguara, 2011), el guión cinematográfico y la novela *Luna de lobos* (1985), *La lluvia amarilla* (1988), *Escenas de cine mudo* (1994; Alfaguara, 2006), *El cielo de Madrid* (Alfaguara, 2005), *Las lágrimas de San Lorenzo* (Alfaguara, 2013) y *Distintas formas de mirar el agua* (Alfaguara, 2015). Sus artículos periodísticos, que reflejan en todos sus términos las obsesiones propias de un narrador extraordinario, han sido recogidos en los libros *En Babia* (1991), *Nadie escucha* (Alfaguara, 1995) y *Entre perro y lobo* (Alfaguara, 2008).

Primera edición: abril de 2023
© 2023, Julio Llamazares
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47 − 49. 08021 Barcelona
© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué
Imaggen de portada: © Karolina Trapp, *Squaring the circle*
ISBN: 9788420461847
Compuesto en Arca Edinet S. L.